La Prensa Argentina

NUMERO UNICO

PRECIO: 10 CENTAVOS — Buenos Aires, Setiembre 22 de 1888 — PRECIO: 10 CENTAVOS

HOMENAJE A LA MEMORIA DE DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

Al lector

Los que suscriben, honrados por sus compañeros de la prensa de Buenos Aires con el encargo de dirigir la publicacion de esta hoja, destinada á llevar al conocimiento público los hechos relacionados con la muerte del gran ciudadano Domingo Faustino Sarmiento, se han ceñido estrictamente en el desempeño de su cometido á las reglas para este establecidas en la reunion de la cual arranca su mandato.

Ajustáronse dichas reglas al pensamiento dominante en la expresada reunion: no hacer de la publicacion acordada el vehículo de determinados juicios, sentimientos, impresiones ó aspiraciones, sinó el reflejo fiel del movimiento que la muerte de Sarmiento ha determinado en toda la república y fuera de ella, con tan simultánea espontaneidad que presentar los hechos que la patentizan, es demostrar, sin necesidad de comentarios, que el homenaje ha estado á la altura del merecimiento.

Las oraciones pronunciadas ante su féretro; la crónica detallada de sus exequias, principiadas en el Paraguay, bajo los auspicios generosos de un pueblo hermano, y terminadas en Buenos Aires, corazon del pueblo argentino hoy más que nunca; las adhesiones de todo el país y las de los que desde afuera nos acompañan en nuestro duelo: hé ahí los elementos fundamentales de la demostracion escrita,—completada por algunas páginas tomadas al acaso de su brillante historia, y otras recogidas en el umbral de su tumba, ó relacionadas con los últimos dias de su vida.

Mucho bueno y noble que le ha sido enviado á la direccion de LA PRENSA ARGENTINA, ha debido quedar necesariamente sin publicacion, por falta de espacio, no permitiendo el tiempo de que se dispone para hacer un tiraje de cien mil ejemplares, agregar más páginas.

Todo ello tendrá cabida en la corona fúnebre, que no tardará en publicarse, destinándose el producido de su venta á la suscricion para el monumento.—*Alberto Blancas—Daniel Escalada—B. Mitre y Vedia.*

Dos cartas inéditas de Sarmiento

QUE EXPLICAN UN MOMENTO PSICOLÓGICO DE SU VIDA POLÍTICA, FORMULADO POR EL MISMO EN ESTE DILEMA: «¿BUENOS AIRES Ó LAS PROVINCIAS? ¿LAS PROVINCIAS Ó BUENOS AIRES?»—Y RESUELTO POR EL MISMO CON ESTA FÓRMULA «ARGENTINOS EN BUENOS AIRES: PORTEÑOS EN LAS PROVINCIAS.»

Sr. coronel D. Bartolomé Mitre.

Santiago, julio 31 de 1854.

Mi querido amigo: le escribo á V. para anunciarle que irá un panfleto en que me dirijo á los electores de Buenos Aires. Nadie es más sabio y elocuente que aquel que dice precisamente lo que sabemos ó deseamos. Yo deberé perder estas buenas cualidades para con el público de Buenos Aires; pero para V. seré siempre el mismo.

Temo poco á Urquiza, y creo que Vd. le teme menos que yo; ambos lo hemos probado, yo tratándolo como acostumbro, y Vd. recibiéndolo á cañonazos. Lo que debemos temer se el entronizamiento en Buenos Aires, como en Paris, de una tirania, que tiene por cuartel general una ciudad populosa encadenada.—Que no venga Urquiza á Buenos Aires, sin que jamás sea esta ciudad sede del gobierno. Buenos Aires no tiene derecho á pedir más. La segregacion temporal me espanta, porque no veo cuando habrá de cesar. ¿Será cuando Buenos Aires pueda imponer las condiciones? Esto es insostenible. Pero, nombrado diputado por la legislatura de aquella provincia argentina antes, hoy estado extraño, no he podido resolverme á romper con todos mis antecedentes.

A Buenos Aires le sobran hombres y renunciar yo á mi calidad de provinciano, cuando las provincias corren el riesgo de verse forzadas á formar un estado aparte, me ha parecido que no debia hacerlo sin reflexion. Es probable que vaya yo á residir definitivamente á Buenos Aires. Si tal sucediese, como vecino, como domiciliado, tomaré parte en sus cosas. Pero ahora ¿porqué me echaria yo la responsabilidad de actos que no son argentinos, sinó puramente locales de Buenos Aires?

He tenido el gusto de ver en sus artículos de *El Nacional*, cuanto se reprime V. para no estallar en la situacion embarazosa en que se han colocado. El escrito que le envio trata de abrir una salida á ese *cul-de-sac*.

Perdida fuera la causa nuestra si Buenos Aires no tuviese más que decir, que tiene antipatía á Urquiza, cuando este conserva una posicion oficial. Pero Buenos Aires puede decir: he resistido á despojarme de mis instituciones propias, para hacer lugar al dominio de los poderes nacionales. Condenada la poblacion más importante de la república á carecer de gobierno electivo, el resto queda igualmente entregado al arbitrario. Esto es lo que ha defendido, lo que ha conquistado Buenos Aires; su gobierno interno. Sobre esta única base puede tratarse de reorganizar la nacion. La sede del gobierno, en el Paraná; si es posible, en Salta.

Cuanto deseara estar allá para hablar con V. y los amigos sobre este punto capital! Todos necesitamos rehacer nuestras ideas sobre capital. Los porteños, los unitarios, los federales, los provincianos, los tiranos todos creen hallar su cuenta en que Buenos Aires sea la capital. Solo el que ama la libertad, solo el que quiere ver establecida una verdadera federacion, trabaja por que en Buenos Aires no esté la capital gubernativa... jamás... jamás...! Esta es mi última conclusion.

He llegado al fin á proponerme este problema: ¿es compatible la existencia y la dignidad de un congreso, en el seno de una poblacion lo más numerosa, lo más ilustrada? No. O el congreso manda, y entonces esa poblacion pierde sus derechos políticos; ó la poblacion lo domina, y entónces es ella quien gobierna.

¿Puede existir un gobierno en la ciudad más populosa de una nacion, sin concluir por maniatarla, por establecer la dictadura sobre todo el país ya indefenso? La república francesa de 1800 ¿cómo sucumbió? Por un golpe de mano. ¿Dado dónde? En la capital. El resto siguió la suerte de la capital. En 1851, el mismo desastre. Excuso ejemplos.

Veamos el reverso. Buenos Aires fuera del dominio del poder central se hace inespugnable defendiendo sus lares. Creo, pues, que la ventaja del gobierno federal está en que residiendo en puntos sin influencia por su falta de derechos, ó de riqueza, ó de fuerza, deja en poder de los gobernados los medios de oponer resistencia á los desmanes. La separacion de Buenos Aires ha tenido un efecto saludable sobre Urquiza y es servirle de oposicion *garantida*. Incorporado, hará el mismo efecto y en pocos años todas las provincias se le unirán por las ideas liberales, para oponerse á los avances. Buenos Aires será el modelo, el modelo, el campeon, el guia, el jurisperito. Pero Buenos Aires, estado independiente, desligándose de la union, hasta que le convenga unirse, dejando al porvenir la solucion de una lucha que él inició eso es indigno de hombres de pró. Yo por mí, no me atrevo á seguirlo. *C'est trop fort.* Para porteños, pase; pero uno de San Juan, aceptarlo, es mucho. Si Vv. están libres, razon para dejarlos y acudir á la parte del suelo que aun queda abandonada á merced de los malvados. Yo me quedaria, pues, con mis sanjuaninos, que los pobres luchan hasta hoy, sin poder siquiera simpatizar con Buenos Aires, pues este antiguo amigo y deudo se ha establecido en casa aparte, y echado barda en la pared divisoria. ¿De qué vale decir que es temporal la separacion? ¿Son dueños esos hombres del porvenir?

Estudie, mi querido amigo, mi plan y empápese en los autores norte-americanos, única guia segura en cuestiones de libertad y de república federal. Este sistema tiene la ventaja de cerrar la puerta al arbitrario, que en Chile falsea todos los principios, y en la Confederacion bizo cometer tantas faltas.

Nos ahorra las experiencias de nuestro aprendizaje. Así, pues, debemos trabajar por acercarnos en las instituciones á Norte América. Capital en un rincon para que hayan cuestiones entre los Estados y los Estados Unidos que se decidirán conforme á derecho.

Por poco preparadas que allí esten para aceptar un *compromiso*, no temo aventurar mucho al decir que es la cosa más hacedera. Todo queda en el *statu quo*; el ejército, la marina, etc., y por pactos que pueden traer artículos secretos de *compromiso de union*, estipularse las cortapisas puestas á esta ó á la otra atribucion del presidente, ó la manera de usarla en tales lugares, ó la persona que haya de ser nombrada á tal empleo. Busque V., invente los casos que admitan esta solucion y verá que son poquísimos, si es que hay algunos. Por ejemplo: el poder dispone de la fuerza armada. Nada mas justo; pero es tan bueno el poder que á mas de haber nombrado inspector general de armas á un tal general Paz, las fuerzas que guarnecen la frontera del sud de Buenos Aires ha dispuesto que estén á las órdenes de su provincia, mientras se arregla la planta del ejército.

Pudiera abusar del empleo de las rentas; pero á fin de dejar satisfechas las susceptibilidades de ciertas gentes muy quisquillosas, ha nombrado por ministro de hacienda precisamente la persona que aquellas habrian querido. Como en los Estados federales ejerce mucha influencia la Corte federal, tuvo la atencion de formarla de acuerdo con Buenos Aires, y, aún creo, poner de presidente á Velez Sarsfield; y como debe haber una corte de distrito en Buenos Aires, llevó su complacencia hasta pedir que le indicasen quienes debian componerla.

Excuso entrar en pormenores. Precisamente hoy debiamos incorporarnos por cuanto tenemos fresco y brillante aún el prestigio de nuestros triunfos. Más tarde entraremos alicaidos, ó dejando traslucir que nos aqueja la necesidad.

Me dirá V. lo que yo me digo á mí mismo, que no comprendo una evolucion que se hace en la política y en los hombres de Buenos Aires.

Sea, por ello es que me atengo á lo que yo comprendo y veo, á saber hechos consumados históricamente é instituciones que de ellas emanan en conformidad con las de los países libres, únicos que lo son hoy. Veo garantías para esa libertad, dejando á los grandes centros de poblacion asegurados contra los golpes de mano, contra el 24 de junio, contra los embastillamientos. ¿Qué hará Urquiza ahora? Y cuando digo Urquiza, adopto el lenguaje convencional de Buenos Aires. Carril, Gutierrez, cuanto haragan encuentre la ocasion, hará lo mismo.

Supongamos una medida arbitraria del presidente.

¿Es un acto clandestino? No se obedece, y se denuncia al público. ¿Es un decreto atentario? Se reclama y discute. ¿Es un proyecto de ley? Doce diputados de Buenos Aires á los que se han agregado diez de las provincias lo combaten, la prensa libre en Buenos Aires los sostiene; si la medida es inconstitucional, la corte suprema lo declara, en despecho del congreso mismo. ¿Se lleva adelante? ¿Pero cómo? ¿En el Paraná? Hoy mismo está la confederacion montada en este pié; y si Zuviria, Ferré, Peña y tantos otros hubieran tenido detrás de sí una base como diputados, la mitad de los escándalos se habrian ahorrado. Pero Buenos Aires independiente, Buenos Aires dando vueltas.

Me he extendido demasiado. Más me extendiera sino temiese ser indiscreto. Dígame V. francamente su opinion, ó muéstrela por la prensa. Mi proyecto traerá, creo, la ventaja de acercar lo que se separa, de familiarizar la opinion con estas ideas á los quisquillosos.

Saldrá un buque luego, por el que le mando dos volúmenes del *Monitor*, y el primero de *Bibliotecas Populares*, en las que he persistido hasta dejar un modelo. Despues nada queda que hacer.

Están tán profundamente descaminados todos nuestros pueblos, que no hay medio de traerlos á buen camino. Tiemblo de lo racional, sencillo y justo, porque basta que lo sea para que no tenga eco. Lo absurdo, lo monstruoso, hé aquí el secreto. Papel moneda sin garantía. Buenos Aires, estado independiente etc., este hará deramar mucha sangre. Si amigo, tengo ratos muy malos! Estos dos últimos años me han envejecido moral y físicamente. ¡Hay un depósito insondable de tristeza en mi alma! Si me dieran á escojer ir á vivir á Buenos Aires ó á San Juan, prefiriria este último.

Mil recuerdos á todos los que fueron mis amigos, y tan poco se acuerdan de los que están lejos. En este verano pudiera ser que fuese por allá. Como me dicen que no hay correo de Buenos Aires para las provincias, no contesto al gobierno oficialmente. Lo haré por mar.

Mil recuerdos á su familia.

D. SARMIENTO.

Sr. coronel D. Bartolomé Mitre.

Yungai, octubre 1° de 1854.

Mi querido amigo:

Recibí su carta de 1° de julio por Sarratea cuando ya habia partido el correo, pues llega hoy y sale mañana; por lo que no pude contestarle.

La alocucion *á los electores* que habia mandado ya, su renuncia q ue viene hoy, y la situacion vidriosa que Arcos y los diarios me pintan, me excusan de responder á muchos de los puntos que su carta encierra. Los hechos han hablado.

He vivido de la fé por tantos años de mi vida, que estas situaciones anómalas que atravesamos me desconciertan completamente, y me abaten por momentos. Hago alto para orientarme, y como en la Pampa veo que vamos haciendo zig-zags porque no llevamos como los hebreos en el desierto un fanal que nos alumbre.

Es una de las pocas consolaciones que me alcanzan en esta época tan fatigosa, ver que V. y yo, marchamos por instinto y convencimiento siempre de acuerdo, y es ya mucho para creer que hay una verdad en el fondo de las cosas en que dos ecos se repiten unísonos, á cada vez que allá ó acá, V. ó yo, golpeamos el metal de los acontecimientos para juzgar de su calidad. Sonidos argentinos siempre.

He aplaudido su conducta en la espinosa coyuntura en que la acusacion del fiscal lo puso. Sacrificar el poder, y quedarse con la palabra.

Arcos me repite lo que V. me dice en su carta, que he debido, que debo ir á Buenos Aires. Por lo pasado es inútil hablar. El hábito adquirido en catorce años de poner el oido á los imperceptibles rumores de las cosas que vienen, me ha creado una especie de instinto, de conciencia anticipada de las situaciones.

Mi razon, mi interés, mi deseo, me decian que debia ir á Buenos Aires; pero una fuerza interior me repetia que iba á hallarme en una situacion difícil, delicada, que el espíritu de *barrio* iba á exaltarse y dejarme á los primeros pasos como pez sin agua.

No pude vencerme jamás, y acosado por Sarratea para que escribiese, para que hiciese algo, con el ánimo de escribir otra cosa, escribí ese discurso á los electores, que iba á ponerme al lado de V. renunciando la inspeccion general de armas, para quedar exento de sujeciones.

Si alguna vez he deseado volar á Buenos Aires, es esta vez, en que veo la opinion inquieta, el gobierno asustadizo, para trabajar por restablecer la confianza mostrándoles que es la magnitud del triunfo, la grandeza de los bienes adquiridos solo lo que les pone miedo. Pero no quedará por mí el no hacerlo cuanto más pronto pueda, cuando no me lleve otro interés que dar á V. y otros pocos amigos un abrazo.

Nos llega recien el decreto del gobierno de la confederacion haciendo forzosa la circulacion del papel, y desmonetizando los metales, y estoy todavia azorado de tanta audacia; no por el error que haya en la medida, sinó por provocar un conflicto, y ponerse en abierta pugna con todos los intereses. La verdad es que ningun rumor llega de las provincias. Estos pobres pueblos han perdido toda sensibilidad y no se mueven si no los hieren púas como los bueyes. Me asombra esto.

En San Juan han luchado en las elecciones. Las ganaron sin disputa y las anularon sin pudor. Alteraron la ley de elecciones para segundo ensayo y les echaron los presidiarios y los soldados sin velo y los vencieron. Al fin San Juan está tranquilo, porque no tiene esperanza de cambiar de situacion. Dábanse por bien servidos, cuando llega el decreto de circulacion forzosa del papel y vuelve á comenzar la lucha.

Estas nuevas peripecias y lo que en Buenos Aires se pasa, muestran lo imposible de la situacion, y la proximidad de un desenlace pacífico, como lo desearíamos, violento como los producen los hechos sin direccion.

Deseo recibir cartas de V. instruyéndome de la situacion suya, y del rumbo que toman los negocios.

No deje de escribirme; sus cartas, me despiertan del letargo en que he caido. Mil cariños á su señora y hermanos, A. Alsina, Velez, Guerrico, Paz y los demás amigos, y disponga V. del afecto invariable de su amigo y servidor.

D. F. SARMIENTO.

Una preocupacion de Sarmiento

SU ÚLTIMA MORADA

Publicamos á continuacion los párrafos de una carta carta que el general Sarmiento dirigió al Sr. D. José M. Muñiz con motivo del ofrecimiento que este caballero le hizo de un terreno en el cementerio del Norte, contiguo al panteon que ocupa su hijo Domingo.

Esta carta viene á revelar un hecho de que no se tenia conocimiento: Sarmiento no queria ser enterrado en el sepulcro que guarda los restos de su hijo, por las razones que da.

Es una manifestacion de voluntad, emitida de una manera tan terminante, que no puede dudarse será cumplida.

He aquí los párrafos á que nos referimos:

.....

Otra cosa contiene su carta que me parece providencial.

¿Como ha sido inducido á ocuparse de mi morada en el cementerio, cuando yo estaba preocupado de lo mismo, sin saber qué podria hacer para salir de la dificultad?

El otro dia estuvo D. Torcuato Alvear que habia donado espontáneamente el local del sepulcro de Dominguito.

Es el caso que éste simboliza con su columna trunca, un jóven de esperanzas, de porvenir, como decimos, *malogrado*.

¡Vaya Vd. á encerrar bajo esa columna rota, los restos de un viejo que dió todo lo que tenia que dar, bueno ó malo, que llenó todos los destinos humanos y vivió hasta alcanzar las consecuencias remotas de sus primeros actos! Sería una cruel ironia y una burla que él mismo se habria preparado, honrando la memoria de su hijo; y como eso podia de provisorio pasar á estable, así encontrarian parodiada, mi memoria los que preguntaran dentro de veinte años por la tumba de quien tanto ocupó la atencion pública en vida.

V. ha tenido, pues, una inspiracion feliz acaso comprendiendo estas incongruencias, al ocuparse del asunto y ofrecerme sus buenos oficios para buscarme un local que no sea provisorio, porque lo provisorio, provisorio se quedará, y ahorrarme el desagrado que me trae constante: mente esa preocupacion. ¿Dónde me meterán? y ¿cómo dejar dicho por testamento que no gustaria de verme revestido de los trajes mortuorios de los jovenzuelos: una obra interrumpida, ó una flor quebrado el tallo?

Ya comprende V. que acepto con gusto sus ofrecimientos, tanto más valiosos que son espontáneos, y yo no podria suplirlo por mi accion propia.

Con mil recuerdos para su compañera y esperando verlo todavia antes de mi partida, tengo el gusto de suscribirme

Su afmo. amigo—

D. F. SARMIENTO.

¡Sursum corda!

Señores de la comision directora de LA PRENSA ARGENTINA:

Motivos personales,—mis vinculaciones durante veinte años con Sarmiento,—me hacen anhelar que, en el número que la prensa argentina, en que he militado tanto, consagra á su memoria, vaya el artículo que acompaño á Vv.

Si esta excepcion á la generalidad de los materiales que formarán ese periódico, fuese posible, agradecerá á Vv. sinceramente esta atencion—

LUIS V. VARELA.

Setiembre 21 de 1888.

¡Hoy solo vive tu recuerdo amado!...
¡Hoy solo hay lágrimas,
Con que acompaña, el alma conmovida,
El tránsito de tu alma!

L. V. V. *(A Victor Hugo.)*

Nos habíamos acostumbrado á considerar aquella vida, como un elemento indispensable de la existencia nacional.

La inmortalidad que su gloria le aseguraba, tal vez nos convencia de la posible inmortalidad de la materia que servia de frágil cárcel á su espíritu selecto.

¡Qué naturaleza tan complexa!

Le veíamos cruzar por las calles ágil, jovial, alegre, descuidado en el vestir, y, sin embargo, siempre correcto en su traje; cargado de hombros, como si el peso de aquel cerebro, que encerraba tanto génio, agobiase su organismo,—y nunca la idea de la proximidad de su muerte, se atrevió á turbar las corrientes del cariño con que seguíamos sus pasos.

Escuchábamos su palabra fácil y persuasiva; le mirábamos detenerse, como un paseante curioso, delante de los escaparates que exhibian libros nuevos ó bellezas del arte moderno,—y jamás nos ocurrió que fuese posible llegara un dia en que no volviésemos á encontrarle en nuestro camino.

Asistíamos á sus alegrias infantiles, cuando el éxito coronaba algun esfuerzo atrevido; compartíamos sus lágrimas, cuando los inmensos tesoros de su ternura se derramaban, para dar salida al sentimiento que le ahogaba,—y hoy, es solo llanto lo que el alma vierte delante de su cadáver!

Ha resistido ménos que los cedros del Líbano. Las borrascosas tempestades que le azotaron en los dias de la tormenta airada, no pudieron doblarle ni troncharle. y ha caido cuando solo brisas perfumadas del Oriente acariciaban cariñosas su follaje siempre fresco.

Cuando se le contemplaba con estudio, parecia una encarnacion tangible de lo infinito y de lo eterno, porque, de su frente luminosa, solo irradiaban destellos inmortales.

Diríase de él que era un astro errante en los cielos de la vida humana; porque así como en el mundo sideral, solo preceden y suceden auroras infinitas en la marcha de los soles, los pasos de Sarmiento sobre el mundo están solo señalados por irradiaciones de gloria.

Parecia un descendiente retardado de la raza de los gigantes que lucharon con el Olimpo, ó, acaso, el último vástago dejado en la tierra por el Prometeo de la leyenda pagana.

Como Juan el Bautista, predicó largo tiempo en el desierto, convencido de la verdad de su doctrina, y anunciando, con la fé del profeta, el dia de la redencion de la patria esclavizada. Hoy, en la hora de su apoteósis, su palabra, escrita en sus libros, queda ya consagrada como un evangelio político de la República Argentina.

Batallador infatigable, su brazo, nunca vencido, solo ha encontrado reposo, cuando la muerte le acechó por sorpresa.

¡A haberlo él sospechado, habria luchado con la omnipotencia mismu!

Más que un simple ciudadano argentino, Sarmiento era un aerolito que algun viajero celeste dejó caer sobre la tierra americana, para que nos hiciese revelaciones de todo lo que es grande, lo que es noble y lo que es bello.

Por eso lloran sobre su féretro las repúblicas de América, y envuelven su cadáver querido, como triple sudario, las banderas de Chile, del Paraguay, de la República Argentina, la cuna, el abrigo y la tumba del grande hombre desaparecido!!

Pasarán los tiempos, y cuando, un dia, vengan los pobladores futuros de la Pampa, hoy desierta, á buscar en nuestras populosas ciudades los orígenes de su civilizacion; cuando los habitantes de los pueblos que se levantarán mañana sobre las laderas de los Andes, lleguen á pedirnos la historia de su propia existencia,—entónces como hoy, y como siempre, los argentinos les llevarán al pié de la estátua de Sarmiento, entregando su memoria al culto de todas las generaciones.

Vencedor de los siglos, deja su obra como pedestal eterno de su propia gloria. Si la ingratitud de sus conciudadanos no levantas e el monumento, no faltaria algun agradecido que grabase su nombre sobre un peñasco granítico de la cordillera andina, para que los condores, al levantar su vuelo, fueran á repetirlo por el mundo...

Hagan otros su biografia, y cuenten con la fria calma del narrador las peripecias de esta vida agitada que empieza en los albores de la revolucion de Mayo y termina en los apogeos de la grandeza nacional.

Digan otros á los contemporáneos, para que ellos lo refieran á sus descendientes, cuántos fueron los combates librados por el atleta indomable; cuántas las vicisitudes de esa existencia, nunca tranquila; cuantos los lauros conquistados, despues de cada jornada. A nosotros, nos basta con haberle seguido de cerca, para admirarle y conocerle.

Trapense de esta inmensa cartuja que forman las naciones, nunca se creyó con derecho al descanso. No cavaba su propia tumba, como los monjes legendarios; abria sobre la tierra extraña, los surcos donde se fecundó la semilla que él sin cesar arrojaba.

¿En qué direccion moveremos la planta, que no encuentren nuestros pasos la huella precursora de Sarmiento?

La historia de nuestras instituciones, podria casi escribirse por la existencia propia del prócer venerando.

Cada uno de sus escritos es un jalon que señala en los anales contemporáneos de la república, una nueva institucion cimentada, ó una vieja tirania vencida.

Cada uno de sus discursos, es una alocucion de patricio clásico, en que se defiende siempre el derecho, y en que brilla siempre la justicia.

Poseido de su mision de apóstol, su palabra tenia toda la uncion del Verbo. Le escuchaban los niños, con la sorpresa que produce á la infancia todo lo que es maravilloso; le admiraban los hombres, con el encanto que produce la revelacion de la verdad eterna é inmutable.

Siempre ejercia prestigio.

Cuando no alcanzaba á convencer, deslumbraba; porque su talento tenia el raro privilegio de los génios. Era el rayo de luz que domina y atrae hasta el suicidio, á la pintada mariposa que quema sus alas en la llama...

Hemos podido apreciarle en muy diversas situaciones de esa vida, múltiple en sus fases, como el diamante hábilmente pulido, que reverbera en cada uno de sus cortes las cambiantes, siempre distintas, ¡ah! pero tambien siempre intensas.

Un dia,—era allá en las horas de nuestra pubertad,—las muchedumbres alarmadas en esta ciudad sitiada seguian los pasos de un hombre, que corria por las calles, más que caminaba. De pronto se detuvo frente á una casa, á una de cuyas ventanas estaba asegurada el asta de una bandera que flameaba, ostentando los colores de la Francia.

Esperó un momento como si escuchase el consejo secreto de alguna voz interna.

Diríase que era el genio de la patria que hablaba á su oido, y le impulsaba al cumplimiento de un deber difícil.

No esperó más. Atravesó violento la multitud que le rodeaba; trepó con la agilidad de un niño por las rejas de aquella ventana que atraia sus miradas, y arrancó, con mano atrevida, aquel pabellon amigo que la cobardia colocara como dosel protector del edificio que lo ostentaba.

Estábamos nosotros confundidos entre la muchedumbre, y una mezcla de admiracion y de temor nos hacia mudos espectadores de aquella escena.

—¿Quién es? nos atrevimos á preguntar tímidamente.

—Es el *loco* Sarmiento, nos contestó algun vecino indiferente, tal vez en medio de una carcajada, muy semejante á la ofensa.

Llegamos conmovidos al hogar.

Referimos, con la ingenuidad de los catorce años, el episodio de que habíamos sido testigos involuntarios, y entónces, los nuestros, los ancianos y los jóvenes, abrieron por primera vez á nuestros ojos las páginas de ese glorioso libro que solo Dios pudo escribir, y que ha corrido por el mundo con el nombre de Domingo Faustino Sarmiento. Fué entónces que la patricia á quien debemos la vida nos reveló quien era este *loco sublime*, eterno peregrino de la idea, especie de aventurero de la democracia y de la libertad, que fué recorriendo todas las zonas y todos los países, buscando simpatias y protecciones para la República Argentina, dominada entónces por el tirano.

Era el émulo de Colon, el otro *loco* á quien burlaba la soldadesca que sitiaba á Granada, cuando recorria la tierra mendigando de los reyes que le hiciesen el favor de aceptarle el regalo de un mundo desconocido...

Aquella primera escena, en que apareció Sarmiento á nuestra vista, es todavia, casi treinta años más tarde, el epítome que condensa todas las manifestaciones de su existencia.

El general Urquiza, vencedor en Cepeda, habia puesto sitio á Buenos Aires. Era en los primeros dias de noviembre de 1859, y en la plaza sitiada corria el rumor de un próximo ataque, cuyo éxito apénas si era dudoso.

El pánico dominaba á la masa de la poblacion asediada; los extranjeros habian levantado sus banderas procurando amparar sus hogares ó sus intereses, á la sombra de los colores de sus respectivos pabellones;...pero, no fueron solo los extranjeros los que esto hicieron.

Un hombre rico, de esos que deben su bienestar y su fortuna al capital heredado, y no al esfuerzo propio, de esos que nunca hicieron nada por la patria ni por la sociedad en que viven,—poderoso y cobarde en el momento de la angustia suprema para los sitiados, escuchó solo la voz del egoismo, y levantó la bandera francesa en su casa, olvidando que su deber de ciudadano le llamaba á las trincheras donde se batian sus compatriotas.

Fué esa la bandera que vimos á Sarmiento arrancar indignado, en el dia en que por primera vez le encontramos en nuestra senda y en que le oimos llamar con el legendario mote que le ha acompañado hasta su tumba: *loco!!*

¡Benditos son del Señor los pueblos que tienen en su seno locos como Sarmiento! Locos que conquistan instituciones para la patria; que agigantan el pensamiento, y revolucionan las sociedades con su enseñanza; que abren cátedra de patriotismo y de virtudes cívicas, donde quiera que aparecen; que no se doblegan ante el temor de los que mandan, ni se corrompen con la dádiva de los poderosos!!

Locos que han pasado el límite señalado al talento humano, que vislumbran las omnipotencias del genio, que viven y se agitan en una insaciable aspiracion de infinito, y que, en el dia en que se extinguen, conmueven á todo un continente, porque parece que hay ménos luz en el cielo y ménos oxígeno en el aire!...

Despues de entónces le hemos visto, hemos procurado verle siempre.

¡Cuántas lecciones nos dieron sus labios! Cuántas veces le vimos indignarse en frente de una injusticia; cuántas otras reparar el daño causado sin su voluntad, y cuántas conmoverse hasta las lágrimas, por episodios ajenos á su propia existencia.

Sarmiento tenia esa faz desconocida para los que no le trataron en la intimidad.

Aquella naturaleza robusta, aquella constante virilidad de sus actos, aquel carácter que multiplicaba los elementos de la lucha en el interminable combate de su existencia,—ese hombre adusto, severo, inflexible, tenia dotada su alma de ternuras tan infinitas, que casi podrian compararse con las ductilidades femeninas.

El público no sabe esa faz de su grande hombre. Apénas si recuerda, cuando de él se habla, aquel discurso pronunciado en Córdoba sobre la tumba de una niña amiga, la hija de Velez, especie de plegaria del patriarca antiguo ante el cadáver de la vírgen de la tribu.

Durante su vida, estuvo constantemente en la pelea. Abrió anchas heridas sobre el cuerpo de sus adversarios, y las recibió valiente en medio del pecho desnudo y sin coraza.

Hizo *obra de varon*, y el porvenir, que recogerá la fecunda cosecha de su labor, repetirá su nombre en todos los tiempos, al lado de Rivadavia, el único de nuestros estadistas pasados que podríamos colocar junto á Sarmiento.

Maestro de escuela, y presidente de la República Argentina,—leñador y jefe de la nacion americana.— Sarmiento y Lincoln, presentan el modelo del *self made man*.

Ha recorrido, siempre batallando, todas las posiciones con que los pueblos republicanos honran á sus elegidos.

La ascension ha sido difícil. Más de una vez ha dejado girones del alma, afectos queridos, recuerdos y esperanzas, enredados en las zarzas que bordaban la áspera pendiente. Nunca hizo el sacrificio de una conviccion ó de un principio!!

En los últimos dias, parecia presentir que llegaba al término de su jornada. Como á las golondrinas amadas, le veíamos partir, hace pocos meses, buscando el abrigo cariñoso de los climas tropicales.

Iba «al Paraguay, á carenar la vieja nave que tantas tempestades resistió, y que empezaba á hacer agua, sin que se abriera rumbo alguno en el roble» (1).

Ha muerto allí, lejos de la patria; pero en un mundo poblado de recuerdos para su alma.

Ha muerto en el Paraguay como Dominguito; ha muerto en setiembre como su hijo.

Cuentan los que rodeaban su lecho, en la hora del tránsito, que la muerte le sorprendió en la plenitud de sus facultades, como si lo desconocido hubiese temido ofender á Dios apagando la luz de aquella inteligencia prodigiosa, antes que el cuerpo hubiera sentido extinguida su vitalidad.

Los que han seguido su cadáver hasta traerle á nuestras playas, nos narran la mezcla de funeral y de apoteósis que ha acompañado al féretro en su viaje.

Honores y lágrimas se confundian. Pueblos que vitoreaban, y multitudes que doblaban la rodilla, saludando con recogimiento religioso el cuerpo inanimado del tribuno que iba á buscar, en el seno de la patria, el reposo á que tenia tanto derecho.

Ha muerto en edad provecta, y sin embargo estaba en luz plenaria. Es un faro que se extingue!

Ya en vano buscarán los navegantes cómo señalar su ruta en los mares procelosos. Nos queda su genio, impreso en sus obras durante 60 años!

Ellas nos servirán de estímulo y de ejemplo en la ruda batalla; y cuando el ánimo desfallezca, podremos todavia llegar á su tumba, golpear sobre la lápida, y pedir á sus despojos que reanimen nuestro espíritu y retemplen nuestras fuerzas para continuar en la tarea.

La gratitud y el respeto se confunden en nosotros, al despedirnos del que fué consuelo en los azares de la vida, fanal en medio de la borrasca y apóstol en la patria.

Delante de su cadáver solo vemos gloria, que todo lo invade y que nos alcanza como argentinos.

¿Cometió errores?...

Los astrónomos, que se empeñan en descubrir las manchas del sol, necesitan emplear el telescopio, usando las lentes teñidas de colores sombrios, á fin de que las irradiaciones del astro rey no quemen la pupila audaz que se atreve á ir á buscarle sus defectos.

Los políticos que pretenden encontrar sombras en la gloria que irradia el nombre de Sarmiento, tendrán que teñir con negros colores el telescopio de sus observaciones, á fin de que la luz reverberante que se ha encendido hoy sobre esa tumba, no ciegue la mirada de los ingratos!!

LUIS V. VARELA.

Setiembre 19 de 1888.

(1) Carta de Sarmiento al autor.

Sarmiento

SU ESTÁTUA Y LA JUVENTUD

Un grupo numeroso de jóvenes distinguidos ha lanzado la idea de erigir un monumento nacional, que perpetúe al través de los siglos la esclarecida memoria del general Domingo Faustino Sarmiento, costeado por una suscricion popular.

Ha sido repartido con profusion, el dia de la apoteósis, un manifiesto al pueblo, con mil firmas de jóvenes al pié, que se fijará despues en todos los parajes públicos y se hará llegar á los últimos confines de la república.

La loable iniciativa ha sido aplaudida sin reserva, la Asociacion de la Prensa la acepta, y todo hace esperar que esa asociacion le tributará el aplauso, prestándole el apoyo de su valioso concurso.

Comprendemos perfectamente que sea en el elemento jóven y estudioso, en su mayor parte, donde haya nacido la idea.

El general Sarmiento ha sido en la república y aun fuera de ella, el apóstol más esclarecido y más tenaz de la educacion popular. Encontró en la ignorancia de las masas, la causa y el secreto de nuestra marcha, lenta un dia en el progreso de nuestras sangrientas luchas intestinas, de nuestra inconciencia política, de nuestra impericia en el manejo de la cosa pública y del contraste entre el desarrollo rápido y asombroso de las colonias inglesas de la América del Norte y la vida endémica y raquítica de las españolas del Sud.

Dominado por la preocupacion genial, la hizo el objeto constante de su asombrosa actividad, se entregó en cuerpo y alma á propagar la instruccion elemental y puso al servicio de su triunfo las admirables facultades de inteligencia y de carácter con que la naturaleza lo dotó. Abrió á los ojos del pueblo, ignorante y rudo, la cartilla, la modesta cartilla que es la base más sólida de la grandeza de los pueblos libres! Nos hizo comprender, en su prédica incesante, que era ese y no otro el principal factor de la prosperidad y la riqueza; que el oro es solo su símbolo; que los ferrocarriles son apénas su motor; cuando, enseñándonos el Perú, tan grandioso mientras le duraron sus metales preciosos, ahora ignorante y pobre, con los restos apénas de su pasada opulencia, nos decia: *El Perú no vale hoy un Perú*, por más que el adagio lo diga.

Los jóvenes que se educan en nuestros colegios y en nuestras universidades, han sentido su obra, han gozado las facilidades del camino abierto, han visto su labor de gigante y han llenado su alma noble y sana con un sentimiento de espontánea admiracion que hoy manifiestan.

Y aunque así no fuera, la figura de Sarmiento por los perfiles originalísimos que la dibujan y por sus intensos caracteres debia producir necesariamente un profundo sentimiento de entusiasmo en la juventud. ¡Sarmiento fué siempre jóven! No le han faltado nunca, ni en la más avanzada edad á que llegó, esos impulsos ardorosos de los primeros años, esos arrebatos vehementes de pasion, esos ardientes anhelos que caracterizan la primera edad. Ese fenómeno extraordinario se explica por los elementos que contribuyeron á impresionar su naturaleza y á caracterizar su génio.

Nacido en la provincia de San Juan, en la falda de los Andes, allá donde la exhuberante naturaleza americana es más grandiosa en sus manifestaciones y más soberbia en sus fenómenos; donde se escucha el grito herido del torrente y el rumor de la cascada; donde al lado del abismo más profundo se iergue altiva la más enhiesta cumbre; reflejó en su alma el cuadro de aquella naturaleza, en sus caracteres más audaces. ¡Como la gigantesca cordillera, así era la *tabula rasa* de su espíritu!

Llevado despues por la fortuna, á la Europa y á los Estados Unidos, presenció las relaciones del hombre con la naturaleza, en su lucha eterna para dominarlas, donde es más elocuente su poder; donde primero sintió la inteligencia humana las fuerzas nuevas de la electricidad y del vapor; donde está trazada la red más ámplia de ferrocarriles de la tierra; donde el estado en vez de construir la iglesia suntuosa del fanático, levanta la sencilla escuela del pueblo! Y ese espectáculo debió influir violentamente en su espíritu, formado en las grandezas naturales. Vió al hombre dominar la naturaleza que él conocia tan poderosa y en la idea elevada de la inteligencia humana, acercóse á Dios!

Nacido en la raza latina, bajo el sol de los trópicos, tenia todo el nervio de su actividad y su carácter; educado su espíritu en los

el cariño. Ni una sola lágrima se derramó en su tumba. Parece que el desarrollo extraordinario de las dos facultades del alma, la voluntad y la inteligencia, hubieran atrofiado la tercera, el sentimiento. ¡Toda la sangre del corazon le afluia á la cabeza! Nunca tuvo en las escuelas que tanto visitó, el más débil impulso de cariño. Es que para construir una eminencia hay que cavar un foso.

¡Honor á la juventud que inicia el simpático movimiento de opinion! Ojalá el pueblo argentino acuda á su llamado; y acudirá, que el sentimiento de patriotismo no ha desfallecido nunca en él y ha sabido siempre honrar con exceso á sus hombres eminentes!

Y manos á la obra, ahora que la última palada de tierra ha entregado sus restos gloriosos á las leyes inflexibles de la evolucion de la materia. Alcemos su estátua, no para darle vida al recuerdo, que su memoria resistirá más al tiempo que el mismo duro bronce; sinó como un símbolo material de su inmortalidad y de la gratitud hácia el hombre grande de la América latina, cuya tumba no se cerrará nunca, para eterna enseñanza de las generaciones por venir!

— C. Rodriguez Larreta.

LA ÚLTIMA ÉPOCA

La enfermedad—En busca de salud—Instalacion—Agravacion—Sin esperanzas—Agonía y muerte—Digna actitud del pueblo paraguayo—Los primeros honores—Hácia la patria—Demostraciones en el trayecto.

Los primeros sintomas

Hacia más de cuatro años que el Dr. Cárlos Lloveras habia notado la primera alteracion en el pulso de Sarmiento, causada por un exceso de trabajo. Sarmiento habia estado seis dias escribiendo continuamente, para *El Nacional*, material por quince dias, que pensaba pasar en el campo. No tuvo este primer síntoma de su enfermedad ninguna consecuencia de importancia y hasta los últimos años continuó bien, con solo los achaques consiguientes á su edad avanzada. Ultimamente la ronquera se pronunció mayormente á causa de una bronquitis y el corazon comenzó á cansarse en sus funciones de impulsion de la sangre. Fué entónces cuando se aconsejó á Sarmiento huir de los inviernos de Buenos Aires, buscando reposo en el clima suave del Paraguay.

Partida al Paraguay

El 23 del mes de mayo del corriente año partió en el Cosmos para la Asuncion el general Sarmiento, en busca de calórico que restaurase sus quebrantadas fuerzas, como ya lo habia hecho el año pasado. Este año, sin embargo, su cuerpo se encontraba más abatido y su voz, ronca, apénas podia articular las palabras en el momento de partir.

No salió de su camarote sino despues de pasar el pueblo de La Paz, provincia de Entre Rios. Salió á cubierta entónces y desde ese momento se manifestó alegre y conversador.

La ronquera casi habia desaparecido por completo.

Al detenerse el Cosmos en Bella Vista, dirigióse á saludar al general Sarmiento un colegio de niños, todos vestidos de uniforme y armados de pequeñas lanzas y escopetas Monte-Cristo. En el salon del buque y frente al antiguo educacionista hicieron algunos ejercicios. El general los saludó afectuosamente y les dirigió la palabra en tono familiar durante media hora, haciendo de paso al maestro algunas observaciones acerca de la mejor manera de dirigir los ejercicios militares, con mejor provecho y menores gastos. Tomó al más pequeño y hermoso de los niños y lo tuvo largo rato entre sus rodillas, acariciándole los cabellos y palmoteándole la espalda.

El viaje siguió siendo feliz, tanto para el general como para las personas de su familia que lo acompañaban.

Al desembarcar en la Asuncion fué objeto de una viva demostracion de simpatia por parte de la poblacion paraguaya. Instalóse en seguida el ilustre anciano enfermo en cuatro habitaciones del hotel de la Cancha Sociedad, situado en la Recoleta, uno de los puntos de los alrededores de la Asuncion. Los naranjos, los bananos, y toda clase de plantas de flores olorosas embalsaman el aire, mientras que las ondulaciones del terreno, cubierto en todas partes por una vegetacion espléndida, presentan á la vista un paisaje de singular belleza.

El chalet isotérmico

Muy cerca del hotel se estaba armando un chalet de hierro, importado de Bélgica, y en una área de terreno regalada por sus amigos de la Asuncion.

El chalet constaba de cinco habitaciones, reducidas pero confortables; una salita, un cuarto de estudio, comedor y dos pequeños dormitorios.

El general Sarmiento despues de estériles tentativas habia conseguido, por fin, que diese los mejores resultados un sistema ideado por él para excavar pozos en la arena sin que corriese peligro la vida de los operarios que se ocupasen de la excavacion. Para su vivienda, hizo cavar un pozo, empleando su sistema, y cuando eran más intensos sus dolores durante la enfermedad, pidió una tarjeta y le comunicó á su amigo el Sr. ministro Decoud que el método de excavacion por él ideado era inmejorable.

Frente al chalet se ve un parque rodeado de palmeras, y todo en torno de la eminencia en que se levanta, las plantas y árboles más variados engalanan el terreno.

Los últimos dias

Vivia el general Sarmiento en esa atmósfera impregnada de los perfumes más delicados, tibia y suave, admirablemente propicia para su vieja armazon de luchador, en la que el tiempo asestaba sus más rudos golpes; vivia entregado al estudio y al ejercicio físico, practicando este último con grandes paseos á pié, acompañado ordinariamente por su nieta Maria Luisa.

En el fondo de su mirada, sin embargo, habia un destello de tristeza, pues él mejor que ninguno presentia su cercano fin. El 5 del corriente, sin embargo, fué uno de los dias que se encontró mejor. Acababa de encontrar agua á treinta varas de profundidad, en el fondo de un pozo que estaba haciendo cavar en su casa, y esto lo llenó de júbilo.

Izó una bandera argentina y otra francesa, segun dijo, por su semejanza con la paraguaya.

Ese mismo dia habia recibido cartas de Buenos Aires, preguntándole por la situacion del Paraguay y si seria conveniente llevar allí algunas empresas de importancia.

Sarmiento se apresuró á irá casa del Sr. Decoud á comunicarle el contenido de esas cartas y este paseo le fué fatal, pués no encontrando tramway se trasladó á pié por la arena y regresó muy fatigado, ya entrada la noche, sintiendo escalofrios.

Esa noche la pasó muy mal. Al dia siguiente llovió mucho y se puso peor. Entónces avisaron lo que ocurria al ministro argentino, quien veia diariamente al general y que por el mal tiempo no lo habia visitado. Al llegar éste la fatiga continuaba. El general estaba sentado en un sillon de lectura que preferia para reclinarse. A la entrada del ministro le dijo: «He estado un poco mal pero ya voy mejor.

He impedido que los médicos cometan una barbaridad; ellos iban descaminados examinando el pulmon, pero yo les hice observar que mi mal está en el estómago.» (Textual.)

Un poco despues añadió: «Le recomiendo se fije en el mecanismo de este sillon. Es admirable, deja á salvo los riñones.»

La fatiga le impedia hablar y lo hacia con suma dificultad. Le dieron un remedio y exclamó:

«Ya pasó este mal trago; ahora falta el otro.»

Quizá se referia á la muerte, que debia temer aunque siempre lo sostenian la esperanza de su mejoria y su inquebrantable voluntad.

Desde ese momento se hicieron consultas médicas cuatro y cinco veces por dia.

Se llamó á un médico argentino de paso por la Asuncion, el Dr. Alejandro Candelon, que unido al Dr. Hassler, de la facultad de Zurich, y el Dr. Andreussi, italiano, lo cuidaron hasta sus últimos momentos.

Todos los médicos coincidieron en que se trataba de una antigua afeccion orgánica del corazon; una caquexia cardiaca en que la muerte podia sobrevenir de un momento á otro. La circulacion se hacia cada vez más difícil y la sangre no alcanzaba á bañar las extremidades. Tenia los piés y las manos heladas. En realidad, lo único que sobrevivia en aquel organismo de 78 años era la fuerza intelectual cada vez más vigorosa y el deseo indomable de la vida sobreponiéndose á la decadencia de la materia gastada.

Todos los argentinos residentes en la Asuncion se apresuraron á rodear con sus atenciones el lecho del general Sarmiento.

La enfermedad, con pequeñas alternativas, siguió agravándose hasta el 10. Durante ese tiempo no lo veian sinó su familia, el Dr. Garcia Mérou, el Sr. Sinforiano Alcorta, viejo amigo de Sarmiento, y el Sr. José Macias, argentino establecido hace tiempo en el Paraguay y gerente de la empresa del tramway Conductor universal.

Ese dia, el 10 por la mañana, al estar con el ministro argentino le dijo en un momento de lucidez estas palabras, que fueron las últimas que pronunció: «Ya lo ve V. Sus atenciones me van ayudando á vivir.» Ese mismo dia habia llamado á uno de los sirvientes del Sr. Garcia Mérou, un vasquito á quien el general queria mucho, y le estrechó la mano en silencio.

A medio dia pareció recobrar un poco de fuerza; pero su estado de abatimiento era completo. Estaba muy demacrado y tenia las orejas transparentes.

De cuando en cuando esputaba un poco de sangre. Sentado en el sillon no podia hacer ningun movimiento. Las piernas se le hinchaban poco á poco, lo mismo que el vientre. La respiracion era cada vez más difícil y angustiosa. Entónces se llamaron en consulta á todos los principales médicos de la Asuncion. Asistieron los Dres. Candelon, Andreussi, Hassler, Morra, Sofruscion, Valdory, Hoskins, y otros, y despues de un detenido exámen dieron un boletin sanitario que fué trasmitido por telégrafo al Dr. Juarez Celman. El diagnóstico era: lesion orgánica del corazon; el pronóstico: gravísimo; siendo la opinion de los médicos que el general se sobrevivia á sí mismo. Nadie que no tuviera su constitucion hubiera resistido tan largo tiempo.

Por la noche la fatiga continuaba, si bien parecia más calmado. A las 10 de la noche pidió á los que le rodeaban que le cortaran una tira de papel y que trazaran un triángulo en ella.

Divagaba por momentos y hablaba con suma dificultad. El oido le habia vuelto. Tenia la mirada fija y vidriosa y permanecia encorvado sobre su silla, dirigiendo una mirada interrogante á todos los que lo rodeaban.

Un poco despues dijo: He escrito un libro tres veces y lo he vuelto á romper. ¡Tenia cosas muy buenas!

Probablemente se referia al libro «Conflictos y armonias».

Agonía y muerte

A las 11 pidió que lo trasladaran á la cama: un catrecito de hierro donde reposaba.

Quedó tranquilo dormitando, cuidado por el sirviente vasco. Cerca de las dos de la mañana éste avisó á la familia del general, que estaba en el cuarto próximo velándolo, que aquel se encontraba mal. Al mismo tiempo su hija Faustina hizo llamar un sacerdote.

Sarmiento pidió que lo dieran vuelta del lado izquierdo, y al estar en la posicion que deseaba abrió los ojos con un movimiento espasmódico y quedó muerto.

Minutos despues llegaron el ministro argentino, el Sr. Alcorta y el Sr. Macias.

Al pié del lecho, arrodillada y sosteniendo la mano del general, estaba su nieta Maria Luisa desfallecida, sobre un sillon la hija del general Dª. Faustina Sarmiento de Belin, rodeada de la Sra. viuda de Mármol y la Sra. y Sta. de Jurado, que vivian al lado del cuarto del general. Este expiró á las 2.15 minutos de la madrugada del 11.

El general parecia dormido. Una expresion de serenidad inalterable se habia extendido sobre su rostro, como si fuera la del reposo necesario despues de tantas fatigas.

Todos los circunstantes se arrodillaron á tiempo que entraba un sacerdote que leyó el oficio de difuntos y roció con agua bendita el cuerpo del viejo publicista. Se destacaba entre aquel grupo conmovedor, alumbrado por una vela que daba resplandores intermitentes, la severa figura de la Sra. de Jurado que sostenia á la nieta del general ahogada por las lágrimas y los sollozos.

Terminada la ceremonia fúnebre, esa niña que durante seis dias no se separó del lecho de su abuelo prodigándole solícitos cuidados, tomó la mano del Sr. Garcia Mérou y delante del cadáver le dió las gracias por todo el cariño con que habia tratado á aquel que ella llamaba su padre.

Con muchos esfuerzos se logró apartar á la niña quedando el cadáver velado por los señores nombrados.

El general Sarmiento espiró en una humilde habitacion de madera, que media dos varas cuadradas, con un techo sumamente bajo.

Tenia por único mobiliario un pequeño catre de hierro, el sillon de estudio, una mesita de cedro cargada de libros y papeles; debajo de ella un cajon de vino de San Juan lleno hasta la mitad por ejemplares de la «Vida de Dominguito». En uno de los ángulos de la habitacion se veia una mesita con un tintero representando á Washington.

Sarmiento se disgustaba visiblemente cuando algun distraido colocaba su sombrero sobre el busto del grande hombre norte-americano.

De las paredes colgaban algunas fotografias de familia y cuadros al óleo de su nieta Eugenia. Además veíase una paleta representando una japonesa y un espejo con el marco pintado á mano.

Tal fué el humilde recinto en donde exhaló su postrimer aliento el ex-presidente de la república, pobre, desnudo de las pompas y de las grandezas humanas.

El embalsamamiento

En seguida se procedió á embalsamar el cadáver.

Despues de una discusion prévia sobre el método que debia emplearse, se resolvió hacer uso del fluido conservador de Wickershaim, complementando su inyeccion intravascular con una abundante irrigacion del tubo gastro-intestinal practicada con glicerina y sublimado corrosivo.

Para el efecto se mandó preparar un pedestal sobre el cual se colocó un recipiente de barro á cuya llave de salida se habia previamente unido un tubo de goma de un centímetro de diámetro, que á su vez terminaba en una cánula de transfusion; la altura de la columna líquida era de dos metros.

Colocado el cadáver en decúbito toraxabdominal, se buscó la arteria poplítea izquierda por medio de una diseccion prolija, se ligaron las venículas que estorbaban y despues de practicar una ligera incision en la arteria nombrada se introdujo en ella la cánula de transfusion en el sentido centrípeto.

El calor era sofocante (36º9 centígrados) y hacia 15 horas que la muerte se habia producido cuando se empezó la operacion; y á pesar de las lociones desinfectantes que se habian hecho en hora oportuna, la fetidez del cuerpo era notable y apreciables los primeros signos de descomposicion cadavérica.

A las 4 horas 55 minutos p. m. del 11 de setiembre se abrieron las llaves del tubo y el líquido empezó á descender; cinco minutos despues, una ligera coloracion rosada invadia el rostro que poco á poco subia en color hasta volverse amoratado.

La inyeccion del líquido se hizo con intermitencias para dar lugar á su diseminacion intravascular, y las primeras partes del cuero que revelaron signos exteriores cromáticos fueron, segun su órden: la cabeza, el torax en su parte declive, el tronco en general, las extremidades superiores y finalmente los miembros abdominales; la duracion de la inyeccion fué de una hora y 33 minutos.

Terminada esta faz de la operacion se la complementó con una abundante irrigacion intra-intestinal de glicerina con bicloruro de mercurio; se hicieron lociones generales de la piel por el mismo líquido y se finalizó la operacion con un *toilette* general externo.

Los médicos que intervinieron en el embalsamamiento del cuerpo del general Sarmiento, fueron el Dr. Alejandro Candelon, el Dr. Andreussi y el Dr. Emilio Hassler, que tambien habia embalsamado el cadáver del Dr. Avellaneda, á bordo del Congo.

La operacion, terminada con toda felicidad, fué asimismo inmejorable en resultados, pues desde el momento en que se efectuó la transfusion cesó de notarse el olor cadavérico que despedia minutos antes el cuerpo.

Capilla ardiente en la Asuncion

La noche de ese mismo dia el cadáver del general Sarmiento fué visitado por más de doscientas personas. Lo velaban dos guardias, una nombrada por la comision popular y otra militar de honor, enviada por el gobierno paraguayo, desde la primera hora en que espiró.

Los caballeros de guardia de la comision velaban en la puerta de la sala en que estaba la capilla ardiente.

Las conversaciones de los visitantes se reducian á recordar al anciano general en los dias en que el pueblo lo habia visto dirigiendo y trabajando personalmente en su casa y su jardin.

Recordaban á aquellas gentes del pueblo que se le allegaban y á las cuales solia decir:—«De esta manera se trabaja. El trabajo es un deber y una necesidad. Pero antes deben mandar los niños á la escuéla.—¿Los mandarán?»

Mil otros recuerdos, frescos aun, cruzaban por la memoria de los que contemplaban con respeto y ternura el cadáver del ilustre anciano.

Honras en el Paraguay

Al dia siguiente se reunia en la Cancha Sociedad, nombre que lleva el lugar en que está la casa que habitó Sarmiento, una infinidad de caballeros distinguidos, presididos por el ministro de relaciones exteriores del Paraguay, Sr. José S. Decoud, con el fin de acordar ideas sobre la mejor manera de tributar honores al extinto cuando se trasladase el cadáver de la casa mortuoria al buque que debia traerlo á nuestras playas.

Además del ya nombrado, se encontraban allí: los Dres. Candelon, Hassler, Andreussi y Morra: el cónsul argentino Sr. Molino Torres, el cónsul chileno Sr. Gonzalez, S. Alcorta, Sanfeliú, Cecilio Baez por *La Democracia*, Manuel Avila por *El Independiente*, Teodoro Chacon por *La Nacion*, José Mernes, Sr. Martinez de Hoz, José Castillo, Angel Vargas, Narciso Acuña, Inocencio Frontanilla, Vicente R. d'Oliveira, cónsul norte americano Mr. Frank Hill, Emilio Acebal, Ismael Billordo, Basiliano Ramirez, Joaquin L. Carreras, José Mascias y varios otros.

Se acordó que en nombre de esta comision el Sr. Decoud pronunciara una oracion en el acto de embarcarse el cadáver del general.

Se nombraron comisiones de seis personas cada una para velar constantemente, pero por turno, el féretro.

Se acordó nombrar al Sr. Decoud como presidente de la reunion y dirigir una carta de condolencia, en nombre de ella, á la familia del ilustre finado.

Se eligió una comision especial que dispusiera todo cuanto debia hacerse en su honor cuando se verificara la traslacion del cadáver.

Se la autorizó tambien para invitar á todas las corporaciones civiles, colegios y escuelas para dicho acto.

Se nombró, finalmente, otra comision especial que arreglase con La Platense las condiciones del embarque y conduccion del féretro, cuyo acto se verificaria el dia siguiente á las 7 a. m.

La comision especial mencionada pasó invitaciones á las cámaras legislativas, al poder judicial, á los cuerpos diplomático y consular, á la municipalidad, al colegio y escuelas nacionales y particulares, á las sociedades de socorros mútuos y corales, á las sociedades de beneficencia, al Seminario conciliar y al pueblo en general.

Debian reunirse al convoy fúnebre en la estacion central del ferrocarril.

La comision popular estaba compuesta por los siguientes señores:

Sinforiano Alcorta, Silvio Andreussi, Alejandro Candelon, Emilio Hassler, Juan G. Gonzalez, José Mascias, Teodoro Chacon, Joaquin Carreras, Angel Vargas, Julian del Molino Torres, José Castillo, José Segundo Decoud, Adolfo Sanfeliú, Ismael Billordo, Basiliano Ramirez, Inocencio Frontanilla, Pericles Alcorta, Dr. Amancio Pardo, Clementino Billordo, Manuel Billordo, Pedro Saguier, Cárlos Saguier, Rodolfo Saguier, Francisco Bibolini, Rafael Augusti, José Nicolás Gonzalez, Santiago Zambonini, Dr. Francisco Morra, Angel D. Peña, Ignacio Ibarra, Eduardo B. Anaya, Dr. R. d'Oliveira, Ramon Perez, Manuel Avila.

Se nombró una junta directiva de la comision popular, recayendo el puesto de presidente en el Sr. José Segundo Decoud, ministro de relaciones exteriores, los de secretario en los Sres. Ismael Billordo y Joaquin L. Carreras, éste último miembro de la redaccion de *El Diario*, y los vocales en los Sres. Molino Torres, cónsul argentino, Canstatt y Mernes.

En aquella asamblea popular se designaron como oradores, para despedir los restos en el momento del embarque, á los Sres. José S. Decoud y Joaquin L. Carreras.

La despedida

El dia 13 al amanecer la casa en que se hallaba el cadáver comenzó á ser rodeada por una inmensa multitud. Hé aquí cómo *La Prensa* de la Asuncion narra la despedida:

«Ya son las 6 de la mañana del dia viérnes, dia señalado para la marcha fúnebre. Ya los miembros de la comision espontánea se hallan reunidos y el inmenso gentio se agolpa sobre el féretro en la sala mortuoria, examinando con cuidado piadoso aquel cadáver. Procesion de coronas funerarias con inscripciones tristes. —«A la memoria de Sarmiento», se lee en una y otra corona de rosas y de jazmines con crespones negros enlazados.

Ahí llegan el presidente de la república y sus ministros de guerra y marina, de hacienda y de justicia, culto é instruccion pública y los jefes y oficiales del ejército.

A las 7 de la mañana el ataud sale de la capilla ardiente, cargado por los miembros de la comision espontánea que llevan crespones negros en el brazo izquierdo. El Sr. Decoud, su presidente, le precede llevando en sus manos, como el presidente de la república, ministros y otras personas, cintas de los colores de las banderas argentina y paraguaya. Un carruaje fúnebre tirado por seis corceles enjaezados con penachos negros y mantenidos de las bridas por palafreneros, condujo el cadáver con mesurada y lenta marcha hácia la ciudad, desde la Cancha. Llegada la procesion frente á San Roque, en el centro de la ciudad, precedida de los coches de tramway en que venia la gente, se hizo alto. El presidente de la comision de honores se colocó en primer lugar, siguiéndole en órden el presidente de la república que llevaba á su izquierda á Julio Belin Sarmiento. La comision de honores y los ministros secretarios de estado le seguian; en tanto los Sres. Mascias José, Zambonini Santiago, Acebal Emilio, Ruiz Félix, Ramirez Basiliano, Jurado J., Soler Víctor y Acuña Narciso llevaban las cintas con colores de banderas paraguaya y argentina que pendian del féretro.

Frente á la estacion del ferrocarril, formadas en batalla, se hallaban dos compañias de infanteria al mando del mayor Gonzalez. Al llegar á este punto, una descarga de fusileria dió la señal y la banda entonó una marcha fúnebre.

Formados en columna salieron al encuentro del féretro, los alumnos del colegio nacional y escuelas públicas de niños y niñas, mientras acrecia la multitud formando larga columna. Las damas de la Sociedad de beneficencia y caridad salieron en corporacion; su presidenta, la señora de Castillo, mandó colocar sobre el fúnebre ataud una hermosa corona de cuentas negras y blancas, con una dedicatoria á nombre de las damas de aquella pia asociacion.

Al llegar á la calle Loreto, el Sr. D. Juan G. Gonzalez hizo parar el convoy y colocó sobre el féretro una hermosísima corona de diamelas y jazmines á nombre del C. S. de educacion. Siguió la procesion fúnebre por la calle Libertad doblando por la de Uruguay á Palma que siguió hasta la de Colon, bajando á la plazoleta del puerto, donde el ataud bajó del carruaje en un ancho cuadro formado por los acompañantes.

Discurso del ministro Decont

Los oradores ocupan su puesto y el Sr. Decoud, ministro de relaciones exteriores, orador designado por la comision de honores, pronuncia con voz vibrante y sentida la siguiente oracion:

Señores:

Vengo con el alma conmovida á expresar el eco de dolor que todos los buenos corazones sienten ante la muerte de uno de los prohombres más distinguidos de la República Argentina.

Si me fuera dado interpretar genuinamente los sentimientos de esta imponente manifestacion de duelo, yo diria, señores, que el triste suceso que lamentamos, será igualmente deplorado por todos los hombres de bien que por doquiera rinden culto á las virtudes cívicas de un eminente ciudadano.

El infatigable luchador en las lides pacíficas de la democracia—ya no existe.

La patria argentina ha perdido á uno de sus más preclaros hijos y la América á un noble apóstol de la libertad.

Se ha dicho muy bien que los desastres de una batalla pueden repararse fácilmente; pero ¿cómo llenar el inmenso vacio que deja en las filas la pérdida de un grande hombre?

Es que en la vida de los pueblos cada época se caracteriza por la aparicion de ciertas personalidades que cual meteoros brillantes alumbran sus destinos, imprimiendo á la direccion de los acontecimientos el sello extraordinario de su génio, aun á través de las barreras y obstáculos que le opone el espíritu retardatario del oscurantismo.

Sarmiento pertenece á esa generacion de ilustres argentinos que retemplaron su espíritu en medio de las duras y amargas vicisitudes de la proscripcion.

Desde Chile emprende aquella heróica y patriótica propaganda contra la ominosa tiranía que deshonraba á su patria; echa los primeros cimientos de la organizacion de las escuelas, y despues de operar con su pluma una revolucion literaria, preparando así el espíritu nuevo de la inteligente juventud chilena en la luminosa senda de las letras, dejando en pos de sí el recuerdo imperecedero grabado en el corazon de un pueblo agradecido, asiste á la memorable batalla que dió para siempre por tierra con el sanguinario tirano que oprimia su país por tan largos años.

Desde entónces comienza la árdua y difícil tarea de la organizacion política de aquella república hermana, en la que tomaran tan prominente parte Sarmiento, Mitre y tantos otros esclarecidos ciudadanos.

¿Cómo condensar en breves líneas ese período fecundo de labor que ha traido por resultado el afianzamiento de la paz y de las instituciones, el desarrollo portentoso de la prosperidad y engrandecimiento de la República Argentina?

Podeis estar satisfecho de vuestra obra, digno héroe del progreso y de la civilizacion. Si la espada es la almohada de los fuertes, ninguno ha luchado tan persistente y valientemente durante toda su vida por el triunfo de los principios democráticos que constituyen el dogma sagrado de los pueblos libres.

Hombres como Sarmiento honran á su patria y son la gloria de la humanidad:

Ninguno como él ha perseverado tanto en la obra del bien, ni alimentado tan intensa y ardiente fé en el poder incontrastable de las instituciones libres.

Convencido íntimamente de que la educacion es la base más sólida para asegurar el gobierno del pueblo por el pueblo, convirtiendo á cada ciudadano en celoso guardian de las libertades públicas, propendió constantemente por la realizacion de tan sublime ideal, siguiendo las huellas trazadas por Rivadavia; y multiplicó las escuelas como único medio para crear y mantener esa fuerza moral capaz de combatir el atraso y la ignorancia y concluir con los últimos restos del caudillaje que cimentaba su poder en las masas bárbaras é inconscientes de la sociedad. Más feliz que aquel gran patriota y prócer de la independencia que murió en el destierro, amargado por el olvido y la ingratitud, ha recogido el fruto de la simiente del progreso que ha arrojado abundantemente por el espacio de medio siglo y baja á la tumba dejando á su patria grande, próspera y feliz. Las generaciones de la posteridad bendecirán estas dos figuras históricas que tanto han hecho en favor de la regeneracion moral é intelectual del pueblo argentino.

Ese noble afan por la difusion de la educacion popular; ese espíritu vigoroso manifestado en su brillante y fecundo pensamiento para exponer, comentar y defender los grandes principios de la constitucion republicana; ese coraje cívico que evidenció continuamente para combatir las preocupaciones y resabios del pasado, y la honestidad que fué el rasgo distintivo en su larga carrera política, constituirán el más bello timbre de su vida pública, inmortalizando su nombre á la par de los grandes fundadores de la república.

Un dia llegaba á estas playas el venerable anciano, buscando el dulce reposo á sus rudas y penosas fatigas, y encontróse rodeado del cariño, del respeto y de las simpatias de todo un pueblo que no podia permanecer insensible ni indiferente en presencia del virtuoso ciudadano y eminente educacionista americano. Desde entónces formáronse íntimas vinculaciones de amistad entre él y los hombres de este país. El Paraguay honrábase con la visita de huésped tan distinguido, á quien le habia dado una cordial bienvenida, ofreciéndole la más digna y sincera hospitalidad que correspondia en el caso.

Habia pensado fundar su hogar en un lugar retirado y silencioso, buscando en la suavidad de nuestro hermoso clima y en el ambiente puro y perfumado de nuestras selvas primitivas, nuevo vigor á su salud decaida y fortaleza á su espíritu siempre activo y batallador, cuando empeñado en ese propósito, la muerte desapiadada acaba de poner fin á su existencia.

Y ved ahora en torno de su féretro esta inmensa agrupacion popular conmovida profundamente por el sentimiento del dolor y la aflicion. Asistimos á la hora suprema de la despedida, del momento solemne y triste del último adios.

Van á reposar sus restos en el seno de su patria, reclamados con justicia por un pueblo magnánimo y generoso que sabe honrar la memoria de sus grandes hombres y que aceptará este homenaje sencillo pero grande del pueblo paraguayo, como una demostracion afectuosa de confraternidad americana y como elocuente tributo de admiracion hácia el ilustre muerto.

He dicho.

Discurso del Sr. J. L. Carreras

Siguióle en la palabra el otro orador, tambien designado por la comision, D. Joaquin L. Carreras, que pronunció su oracion fúnebre con sentimiento profundo.

Héla aquí.

Señores:

La carne, la envoltura de aquel espíritu soberano que se llamó Sarmiento, está aquí próxima á dejar la tierra paraguaya y próxima tambien á confundirse con la madre tierra.

Este cadáver no pertenece á los paraguayos, y sin embargo, le colman de bendiciones, le tributan frases de cariño, de admiracion y de respeto; le tejen guirnaldas de flores y dejan que su corazon manifieste en cada latido el sentimiento noble y patriótico que Sarmiento les inspira.

¿Y por qué no les pertenece este cuerpo inanimado? ¿No les ha pertenecido acaso su espíritu? ¿No les han pertenecido sus pensamientos, sus aspiraciones, sus ideales, sus esperanzas y sus desencantos?

No hace mucho tiempo se le recibió aquí con festejos públicos, como se recibe á los grandes apóstoles de la civilizacion, y hace muy pocos meses que tomando de las manos de un niño de escuela la bandera paraguaya, derramó dulces lágrimas de ternura, pidiendo á la posteridad que cuando él muriese envolviera su cuerpo en la bandera de su patria, en el estandarte de Chile y en el pabellon que en aquel momento apretaba contra su pecho.

Sarmiento ha luchado con el Paraguay; ha sentido al unísono con los paraguayos, y como ellos, ha deseado el engrandecimiento de este hermoso país, tierra prometida, paraiso de la América, y cuna del heroismo y de la desgracia.

Ha pertenecido al Paraguay en cuerpo y alma; pero hoy reclama su cuerpo aquella tierra que lo vió nacer, y los paraguayos, acallando sus sentimientos, le dan el último adios y se consuelan pensando que aquí queda el alma de Sarmiento.

¡Y con cuanto cariño, con cuánta veneracion, con cuánto respeto, no se hubieran guardado aquí sus queridos restos!... Allá en su hermosa patria serán depositados con más pompa, con más brillo, con más magnificencia; pero no con más amor que en el Paraguay.

Cuando se supo su muerte, el gobierno, el pueblo, todos los habitantes de la Asuncion, rodearon su lecho, le tributaron honores, le mandaron coronas de jazmines y siempreviva, le hicieron guardias caballerescas, le estrecharon, en fin, entre sus brazos y proclamaron orgullosos su gloria y deploraron sollozantes su muerte.

Proclamaron su gloria porque el nombre de Sarmiento ha resonado en todos los ámbitos del mundo; porque ha derramado torrentes de luz, allí donde quiera que haya estado, y porque ha estrangulado el fanatismo religioso, y ha hecho pedazos el trono del despotismo, y ha reducido á escombros el templo de la ignorancia, y ha roto las cadenas de la tiranía que aplastaban á su patria, y ha esgrimido su espada por el bien, por la libertad, por la justicia, por la civilizacion, por Dios!... No por ese Dios de las venganzas y de los castigos, sinó por ese Dios de la bondad y del perdon.

Han sollozado con su muerte, porque con Sarmiento muere una fuerza civilizadora, un motor de creaciones sublimes, una fábrica de ideas luminosas; algo así como una fábrica de estrellas.

Pero Sarmiento no ha muerto; vive en sus obras, vive en su «Facundo», vive en el bien que ha hecho, vive en los ferrocarriles que cruzan las pampas argentinas y que él mandó construir durante su gobierno; vive en las escuelas por él levantadas; vive en las juveniles inteligencias que en esas escuelas se educan; vive en las páginas de la historia; vive en el corazon de los americanos, y, sobre todo, vive en el corazon de todos los paraguayos y de todos los argentinos.

No hay más que decir:—Se va la materia, pero queda el espíritu; se va el cuerpo, se va el cráneo del que han brotado tantas ideas, pero quedan aquí las ideas.

Demos un adios, el último adios á esta envoltura, y recordemos que deben enorgullecerse siempre los chilenos, los paraguayos y los argentinos, de que su bandera sirva de mortaja á una gloria americana.

He dicho.

Discurso del ministro de Bolivia

El Dr. Claudio Pinilla, encargado de negocios de la república de Bolivia, habló en nombre y en representacion del cuerpo diplomático: expresándose de esta manera:

Señores:

Hé aquí una de esas tumbas cuyo inmenso abismo solo se mide por la inmensidad del duelo que producen; una existencia de labor y de fatiga, apagada en la tarde de la vida y que parece, no obstante, haberse hundido en el ocaso, arrebatándonos las esperanzas é ilusiones matinales: y es porque el génio, no envejeciendo nunca, no parece sinó que jamás colmara su mision sobre la tierra.

Era aquella hora de pavor y de duelo en que el enajenado esfuerzo de los hijos iba á arrancar la independencia secuestrada por la madre, eran los dias en que las armas independientes se aprestaban á cruenta y obstinada lucha, cuando vino al mundo aquel á quien unánimemente hemos dado en llamar el más grande y porfiado luchador de la América, como si el destino hubiese querido templar su viril carácter desde aquella hora en que las madres oprimian sus hijos contra su seno, oyendo despavoridas el estampido del cañon, y el vertiginoso galopar en la desierta pampa.

.....

Pretender seguirle en su carrera múltiple de hombre público, es querer estudiar la marcha y desenvolvimiento de la sociabilidad americana, al través de los tiempos y de los acontecimientos, pasando por el glorioso período de la emancipacion, para narrar en seguida las sombrias horas de la tirania, los turbulentos dias de nuestra infancia democrática, y por fin la serena etapa de la paz y del progreso.

A cada una de esas diversas situaciones corresponde una faz especial de la vida de Sarmiento;—proscrito y perseguido; caudillo y general; polemista y tribuno, se le encuentra siempre avanzando en las líneas del combate, tendida al viento su progresista enseña, y esgrimiendo el arma con potente brío.

Empero, ni hay tiempo ni es ocasion de acometer esa tarea que, poniendo de relieve la grandeza del patricio que lloramos, solo conseguiria añadir una nota á este amargo duelo.

.....

Con dificultad la tierra americana producirá una personalidad más laboriosa y artística que la de Sarmiento. Su larga vida, que le ha hecho descender al sepulcro coronado de años y de gloria ha sido una esforzada y contínua lucha:—lucha contra el error por la verdad, contra la ignorancia en pró del alfabeto, contra el atraso en bien del progreso, y contra la tirania en favor de la libertad.

Con entera fé en el alma, y con grandiosa esperanza en el porvenir, innovador y revolucionario, ha podido escribir sobre los muros de su vivienda, lo que aquel otro anciano, orgullo de la Francia, sobre las paredes de su asilo en Jersey: *¡Fides spes labor!*

Sí, porque aquel hombre que ha llegado, como Lamartine, á las alturas del poder por la sola virtud de su esfuerzo y de su génio, nos ha enseñado á sufrir con esperanza, á luchar con fé y á vencer por el trabajo, siendo esta, despues de una tarea constante y fructífera, acaso, la primera hora de reposo de que disfruta.

Al devolver al amor y á la veneracion del gran pueblo argentino los restos mortales de su gran república, vengo á cumplir la honrosa pero triste mision de tributar en nombre del cuerpo diplomático residente en el Paraguay el postrer adios con que se sella esta final partida. Porque nosotros los que léjos de nuestro hogar hemos hallado hospitalario abrigo en esta heróica tierra, no podemos ménos que asociarnos á esta grandiosa manifestacion de duelo tributada por un pueblo generoso á quien, lejos de sus lares, halló aquí materno y cariñoso abrigo.

¡Cuán grande y cuán honrosa no es, en efecto, para los pueblos americanos esta solidaridad de sentimientos y relaciones fraternales! ¡Bien lo dicen los justos honores con que se ha rodeado la tumba del prócer que despues de una vida de incesantes creaciones, empleaba aun las últimas ya casi vagas vibraciones de su génio, en la investigacion y estudio de la verdad y la armonia!

¡Restos preciados del pensador ilustre, volved á reposar en la tierra en que habeis nacido! y al alejaros de estas playas para cruzar las ondas de ese grandioso rio cuyo franco paso á las banderas del mundo ayudó á conquistar el génio que os animaba, recibid como ofrenda á la grandeza de vuestras obras, en el fresco aliento de las brisas, el aliento aun más fresco de la civilizacion liberal y progresista de la América.

Señores: El general Sarmiento ha muerto entre los arrullos de su genio artista y creador, delirando con el ideal y extasiándose ante la armonia de las razas. ¡Que su espíritu luminoso al desprenderse del frágil barro que lo encerrara, sea recibido en la vision y en el goce de la suprema armonia y de la verdad suprema!

Doblemos la frente ante esta urna que encierra sus despojos y sembremos de flores la tumba de quien tantas derramó en vida sobre nuestras almas.

Hablaron en seguida los jóvenes argentinos Eliseo Ezquer y el Sr. Coria, en términos dignos del acto.

El féretro fué embarcado luego en el vapor Alto Paraná que se hallaba atracado á la playa.

El batallon militar hizo nuevas descargas de fusileria al verificarse el embarque, como lo habia hecho al final de cada oracion pronunciada.

La partida

A las 9.30 zarpaba el Alto Paraná.

La Nacion de la Asuncion, calcula en ocho mil el número de las personas que formaban el cortejo fúnebre.

Formando en extensa columna veíanse las fuerzas de línea, los miembros del gobierno nacional, los de las cámaras legislativas, el cuerpo diplomático y consular, la municipalidad, el poder judicial, el colegio nacional, las escuelas públicas, el seminario, las escuelas particulares, las sociedades de beneficencia, todas las extranjeras y varias artísticas.

Mayo numerosos grupos de personas pertenecientes á todas las clases sociales y gran parte de los colegios de ambos sexos, provinciales, municipales y particulares.

Concurrieron tambien los alumnos de las escuelas normales con el personal docente.

Cuando el Alvear estuvo á la vista se empezaron á hacer disparos de cañon á breves intervalos.

En seguida emprendió la marcha la columna por la calle de Córdoba, Puerto, General Urquiza y Bajada, en el órden siguiente: La banda de música y el batallon de gendarmes, el coche fúnebre tirado por ocho caballos con sus correspondientes palafreneros, el carruaje de duelo, la comision popular, las diversas sociedades y el pueblo.

En las aceras por donde pasaba la columna, que ocupaba muchas cuadras, formaban las escuelas.

Cuando la procesion llegó al Bajo ya estaba fondeado el Alvear, como á dos cuadras del muelle destinado para el desembarque.

Una comision popular se trasladó á bordo en un vaporcito, siendo recibida por el general Dónovan y la comision paraguaya. En seguida el Alvear levó anclas y atracó al muelle, no sin gran trabajo á causa del fuerte viento y marejada.

El cadáver de Sarmiento estaba depositado en un modesto ataud negro con agarraderas doradas y cubierto con una bandera argentina.

Fué conducido á tierra y puesto en el carro fúnebre para ser llevado á la plaza 25 de Mayo. El órden de la marcha fué el siguiente: Banda de música del 2° de línea; una compañía de la armada; los estudiantes del colegio nacional de Corrientes; las comisiones paraguaya, correntina y entreriana, en un solo grupo; el coche fúnebre con el féretro, del cual pendian cintas con los colores de las banderas argentina, paraguaya y chilena, que eran sostenidas por los miembros de la comision popular.

El convoy llegó á la plaza por las mismas calles que habia recorrido anteriormente.

Una vez que hubo llegado á la plaza 25 de Mayo, el féretro fué colocado sobre un túmulo levantado expresamente frente al monumento de la Libertad.

A ll!hicieron uso de la palabra el Dr. Jacinto Fernandez, en nombre del pueblo, pronunciando palabras adecuadas al acto; el Dr. Pedro Alcácer en nombre de las escuelas, leyendo un extenso y bien meditado discurso, y el Dr. Carrasco en nombre de la prensa rosarina.

Aun cuando en el programa no figuraban más que esos tres discursos, pronunció tambien unas breves y oportunas palabras el Dr. Candelon, distinguido médico que asistió á Sarmiento y que viene acompañando sus restos desde la Asuncion.

Despues de la oracion fúnebre, empezaron á desfilar los colegios por delante del ataud, depositando hermosas coronas en número suficiente para cubrir todo el pedestal del túmulo.

Habiéndose perdido mucho tiempo en esta ceremonia, trasladóse nuevamente el cadáver al carro fúnebre, siendo conducido hasta el muelle donde fué entregado nuevamente á la comision paraguaya, bajo cuya custodia estaba.

El pueblo del Rosario sin distincion de clases ha tributado un homenaje digno del ilustre muerto, concurriendo en número de unas seis mil personas, próximamente, á formar en procesion cívica. No se incluyen en ese número las personas paradas en las aceras ni las que en gran número ocupaban los balcones y azoteas por donde desfiló el convoy.

Las operaciones del comercio permanecieron completamente paralizadas y todos los bancos cerrados, así como la aduana y otras oficinas públicas.

El Alvear zarpó del Rosario á las 5 p.m.

EN SAN NICOLÁS

A las 12 de la noche el vapor fondeó en San Nicolás. Trasladáronse á bordo del Alvear una comision del pueblo y otra delegada por el cuerpo docente, depositándose una corona sobre el féretro y pronunciándose algunas sentidas palabras.

LOS ULTIMOS DIAS

DEL GENERAL SARMIENTO

Señor director de LA PRENSA ARGENTINA:

Considerando de oportunidad la publicacion de algunas de las últimas cartas escritas por el ilustre general Sarmiento, así como los datos exactos, trazados diariamente por mí, de la marcha de su enfermedad y los detalles de su fallecimiento,—me apresuro á poner á la disposicion de V. algunas páginas cortadas de mi libro de apuntes, así como un corto número de billetes que me dirigió pocos dias antes de su fallecimiento y que demuestran el vigor y el juvenil entusiasmo del espíritu del eminente estadista.

Cada uno de esos billetes necesitaria un largo comentario para darle todo el valor que tienen, pero me escuso de hacerlo por la brevedad del tiempo de que dispongo y por el mérito intrínseco que tiene todo lo que ha brotado de la pluma del hombre cuya desaparicion deplora en masa el pueblo de la república.

Hélas aquí:

Mi estimado amigo:—En vista del telegrama adjunto recibido hoy en la Cancha á las 3,40 p. m. sírvase hacer notar que ayer á las 7 de la noche le mostré los pliegos que llevaba escritos con el *programa* motivado por esas mismas fiestas de que habla el telegrama (1).

(1) Las fiestas del 9 de julio en San Juan.

Remito á V. la carta voluminosa que lo contiene, á fin de que valiéndose de los seguros conductos oficiales de la diplomacia, se sirva hacerlo entregar á D. Julio Belin Sarmiento, de la contaduria nacional, ó remitir al Dr. D. Angel Rojas, ministro de gobierno, en San Juan, para que lo ponga en manos de la Sra. de Navarro, Dª Victorina Lenoir, á quien va dirigida.

Como V. lo ve, el espíritu sanjuanino se entiende aun á lo lejos en espacio y tiempo.

Acompaño igualmente telegrama á San Juan, que recomiendo igualmente á su solicitud.

Si tiene deseo, lea la carta y corrija repeticiones y errores que no tengo tiempo de rever.

Tengo el honor de suscribirme de V. su afectísimo servidor y amigo.

D. F. SARMIENTO.

Cancha, Junio 18 de 1888.

Excmo. señor ministro:

Mi distinguido amigo: El domingo á las nueve mi familia y yo estaremos en la legacion, buscando pasaje á bordo del buque que tendrá el honor para V., la felicidad para nosotros de llevarnos á Lambaré. Será esta la primera escursion de las muchas que están ya en programa.

Hasta entonces sino antes, tengo el placer (el honor se sobreentiende) de suscribirme.

Su afmo.

D. F. SARMIENTO.

Julio 12 de 1888.—Mi estimado amigo: ¿Cómo está de salud?

Yo estoy en campaña para el *pick-nik* á fin de hacerlo digno del ministro argentino.

Todos los cónsules y ministros me han visitado; pero no parece propio que yo los invite. Podria V. hacerlo, como con-colega, previniéndoles que nada tiene de oficial sino simplemente de dar la bienvenida al infrascripto.

Estoy disponiéndolo todo lo mejor posible. Cada uno llevará su almuerzo; conviniendo ya con algunos de llevar un plato especial. La Sra. de Andrenssi llevará *rabioli*. Faustina, una mayonesa, el de Chile, un cordero asándose allí y una *cazuela*. No sigo adelante porque no se le haga agua la boca. Como no es posible que cada grupo haga té, café, etc., Andreussi pondrá un *bodegon* donde se servirá (vendido) cerveza, tazas de té, café, etc. Esto pone á todos de muy buen humor.

Pero el ministro que convida proveerá de champagne, el cual estará desde temprano, es decir las botellas, flanqueadas de vasos de champagne, que proporcionará Andreussi y el de la Recoleta, que es bueno convidar.

Salvo mejor parecer quedo su afectísimo.

D. F. SARMIENTO.

Agosto de 1888.

Algunos dias despues cayó un aguacero copioso y el general Sarmiento tuvo que ocuparse de plantíos y otros trabajos de su quinta, lo que dió motivo á la siguiente carta:

Mi estimado señor ministro: Creo indispensable suspender el *pick-nik*. Habrá demasiada humedad bajo la sombra para señoras; y la feliz lluvia reclama todas las fuerzas para el trasplante que solo aguardaba este aguacero. No debo pasar la ocasion; y como los pollos, faisanes, corderos, perdices, etc., no están muertos, ni los asados en la parrilla, poco será lo perdido. Sírvase hacer poner en los diarios que «á causa de una indigestion de la Patti, se suspenderá la funcion hasta su pronto restablecimiento».

No debemos vacilar.

Su afectísimo.—*D. F. Sarmiento.*

Agosto 15.

Mi estimado amigo:

Ayer vino á verme Von Gulich, y decirme que estaba á mis órdenes para ir á la colonia alemana.

El calor arrecia y la gente femenil se me arredraria más tarde, y quisiera aprovechar de un momento de *relache* en mis trabajos para darme este solaz.

Podemos, pues, escoger uno de estos cuatro dias siguientes para ir, pues hay que dormir allá esa noche, y combinar de antemano los medios *varios* de locomocion.

Gulich es hermano de un antiguo ministro prusiano, y es en recuerdo de esa amistad que me ofrece sus servicios. Otro amigo aleman pasó para Corumbá, me telegrafió, pero nada me dice de su vuelta. Estábamos convenidos en visitar juntos la colonia; pero el calor apura.

Deme su dia ó sus órdenes y quedará á su servicio su afmo. amigo.

D. F. SARMIENTO.

Las anteriores cartas que tomo al azar entre las muchas que conservo del general Sarmiento, muestran cuales eran las preocupaciones que lo dominaban en esta última parte de su existencia militante.

Saludo á los señores directores con mi alta consideracion y especial afecto.—*M. García Mérou.*

NOTAS DE MI DIARIO

Setiembre 6, 6 p. m.—Regreso de la «Cancha Sociedad» de visitar al general Sarmiento. Ayer, á la 1 p. m. llegó á casa, en medio de una lluvia torrencial, D. Sinforiano Alcorta. Queria avisarme que el nieto del general le habia visto para decirle que éste se encontraba seriamente indispuesto. A pesar del fuerte aguacero, nos dirigimos á la Cancha. No pude ver al general. Se me refirió que el dia anterior —que fué bellísimo — se encontró muy animado, proyectando trasladarse á su casita isotérmica en vias de terminacion. Ese dia fué señalado por un gran acontecimiento en la vida tranquila del estadista convertido en gentleman farmer: se encontró agua en un pozo que hacia cavar en la quinta, á unas 30 varas de profundidad. Su espíritu estaba alegre y luminoso. Lleno de júbilo por el hallazgo, enarboló dos banderas, una argentina y otra francesa—por su semejanza con la paraguaya—dijo:—Probablemente la excitacion nerviosa de ese dia, complicada con el ejercicio excesivo, lo predispuso para la fatiga que sufrió por la noche y el malestar general que señaló el comienzo de la enfermedad. Por la mañana, padeció un síncope que alarmó á su hija Faustina y á sus nietos Julio y Luisa. El Dr. Andreussi, llamado para asistirlo, pidió una consulta y lo examinó en compañia del Dr. Hassler (suizo). El diagnóstico de ambos, que coincidia, era de suma gravedad. Segun ellos el corazon funcionaba con trabajo; la circulacion se hacia con suma dificultad y era temible, que de un momento á otro, sobreviniera una parálisis necesariamente fatal.

El general reposaba en el cuartito de madera de la Cancha que le sirve de dormitorio, sin admitir visitas. Se me dijo que estaba muy mal. La tarde era nebulosa, lluviosa y triste. El espléndido paisaje que se extiende alrededor de la Cancha, se encontraba velado por una bruma de lágrimas. Pasé todo el dia con su nieto Julio Belin, y no pude volver de noche por impedírmelo el mal tiempo.

Hoy temprano fuí á ver al general. Se me introdujo en el cuarto que sirve de salita con su escenario conocido. Al frente una especie de canapé cubierto por una manta de viaje; á uno de sus lados una mesita de hierro con algunas flores, colocadas sobre un plato; enfrente, otra mesa igual cargada de libros, papeles, y una lámpara de cristal.

De las paredes colgados cuadros, retratos y otros objetos. En un rincon un mate labrado sobre unos piés de caña oscura.

Las pinturas firmadas casi todas por Eugenia Belin: una paleta con el busto de una japonesa, sosteniendo una sombrilla en la mano; una cabeza copiada de Chaplin: un espejo de marco pintado de flores; dos fotografías que representaban un hermoso paisaje y algunos retratos de marcos rústicos formados con ramas secas de árboles vetustos.

A través de la puerta de la salita, tapizada con una cortina de reps verde que estaba recogida en uno de los lados, se veia al general sentado en su sillon de lectura, con la cabeza apoyada en el respaldo, y los ojos entornados á medias, respirando con dificultad. A su lado la señora de Alcorta, le hacia aire con una pantalla chinesca; su nieta Luisa, arrodillada le descosia la camiseta de color café que le molestaba. Se me dijo que tenia el vientre hinchado; pero que su estado era mejor que el dia anterior.

Poco despues, el general manifestó el deseo de pasar á la salita y me retiré para dejarlo en libertad. Trasladado allí en la silla, se me introdujo para verlo. Estaba sentado como siempre, dando un lado á la puerta de entrada y á la ventana contigua á esta. Me extendió la mano izquierda que oprimí entre las mias. Estaba fria. No pronunció una palabra.—«He tenido un fuerte ataque que va pasando ya»—me dijo entonces con voz apagada. Un poco despues, con el mismo acento, añadió: «He impedido á los médicos que tomaran una mala via: la del pulmon.» Su respiracion fatigosa su mirada inerte, sus orejas descarnadas, lívidas y trasparentes, la aspiracion honda y dura de su respiracion fatigosa,—todo demostraba que su situacion era crítica en sumo grado. Tenia la barba blanca relativamente crecida, pues en el último tiempo de su permanencia en el Paraguay, habia dejado de afeitarse. Habia una pantallita pequeña sobre la mesa, con la cual me puse á hacerle viento. Al cabo de un instante me dijo:

—No se moleste V.; el médico me lo prohibe.

Le dieron un remedio que tomó con repugnancia, y dijo:

—En fin, el mal trago de este remedio, ha pasado. Quizá se referia al otro que temia. Luego: «Es admirable el mecanismo de esta silla, fíjese V.; salva los riñones que tanto padecen en la cama.» Despues, un largo silencio, una respiracion fatigosa, los párpados pesados que caen sobre la pupila vidriosa. Su hija Faustina se aproxima, introduce la mano debajo de las cobijas que lo abrigan y palpándole las piernas, le dice:

—Ya tienes las piernas un poco más calientes.

—Me alegro por tí, que tanto lo deseabas, contestóle el general. «Y por tí, tambien debes alegrarte», le replica su hija:

—Por mí no,—contesta el general sonriendo —mientras más frescas estén, mejor.

Otro largo silencio. Para apoyar la cabeza le ponen dos sábanas dobladas. Las palpa y exclama:

—Están bien.

Un momento despues me dice:

—Ya hace ménos calor.

—Sí, le contesto yo; viene el buen tiempo, el tiempo que va á mejorarlo; es necesario tener ánimo.

Entra Alcorta y se sienta al lado de su señora.—«Bravo, le dice con sorna el general» esbozando una sonrisa dolorosa—se coloca V. muy bien, con el pretesto de cuidar enfermos.

La señora se queda y nosotros partimos para regresar despues de la comida. Por no molestarlo, no me despido; pero al llegar al umbral de la puerta y darme vuelta para hacer una cortesía general, veo su mirada vaga, que se fija en mí, y su mano enflaquecida que diseña un adios amistoso y cae de nuevo sobre el brazo del sillon donde reposa.

Setiembre 8, 9 p. m.—Con pequeñas alternativas la enfermedad del general Sarmiento se mantiene en el mismo estado. Tengo frecuentes conferencias con los médicos Hassler, Candelon y Andreussi. Además de éstos, lo ha visto el Dr. Morra. Todos están de acuerdo. Se trata de una antigua afeccion que puede inesperadamente tener un desenlace fatal. Hablo con Julio Belin sobre esto. Lo encuentro muy abatido así como á su mama y su hermana. Las dos mujeres no se separan un momento del lado del enfermo. Están pálidas, desencajadas, llevan en el rostro la señal de las malas noches. Cada vez que hablo con Julio Belin me felicito más de su venida. ¡Que sería de estas mártires del amor filial, si no tuvieran á su lado un hombre que puede afrontar las terribles horas que presiento!

He pasado todo el dia en casa del general. La temperatura atmosférica es cada vez más elevada, y este calor parece darle fuerza y aliento. Sin embargo, su expresion está muy cambiada. He permanecido á la puerta de la habitacion en que se encuentra, con D. Sinforiano Alcorta, por no molestarlo. La mañana ha sido buena. A medio dia entré á saludarlo á su habitacion.

Reposaba en su sillon de estudio. La palidez del rostro se ha acentuado. Me parece más debil que nunca y encuentro su cara muy afilada.

Me dicen que ha tenido el capricho de hacerse recortar la barba y el cabello. La señora de Videla Dornas que lo vió poco despues de efectuada su toilette, le dijó. «¡Que buen mozo está, general.» Si, le replicó el general mirándola con sonrisa afectuosa,—los dos estamos muy buenos mozos.

Al penetrar en su cuarto, me mira fijamente y sin darme tiempo para saludarlo, me estiende la mano con un esfuerzo y me dice. «Ya voy mejor; gracias.» Nada revela que se dé cuenta de su estado. Le indico á Julio Belin la conveniencia de decirle que he recibido un telegrama del presidente de la república interesándose por su salud. Está visiblemente fatigado y es necesario dejarlo para más tarde. Cuando se le habla de esta atencion, se muestra satisfecho, y exclama. «Entónces ya saben allí que estoy enfermo.» La observacion deja cortado á su nieto que teme haber despertado los recelos del general sobre su estado real.

Unos minutos despues entra mi sirviente Juan.—Desde el principio de la enfermedad le he enviado para que atienda al paciente. Al mismo tiempo, le hago hacer un caldo especial, en mi casa, que él toma con dificultad. Este y alguna leche son sus únicos alimentos. A la llegada de Juancito que le trae un remedio, lo mira con cariño y dirigiéndose á mí, me dice testualmente:—«Ya ve V. que sus atenciones me van ayudando á vivir.»

Aquel cuadro me llena de tristeza. Veo apagarse lentamente la vida del grande hombre, y una vez más me estrello contra la impotencia científica que trata en vano de reanimar aquel organismo minado por el trabajo y el sufrimiento.

Setiembre 10—4 p. m.—Regreso desconsolado de ver al general Sarmiento.—Por la mañana muy temprano, me levanté con ánimo de dirigirme á casa de Molino Torres á quien un diario daba ayer por «gravemente enfermo.» Al esperar el tramway me encuentro á D. José Mascias, argentino establecido en la Asuncion donde tiene una botica.—Atiende al general Sarmiento con verdadero interés. Le manifiesto el rumbo que pensaba tomar; esperamos el tramway de Morra y en vista de la tardanza de este, me decido á tomar el Conductor Universal para ver á Sarmiento, dejando para más tarde la visita proyectada. En el coche suben el ministro oriental, y su secretario. Hablamos de Sarmiento.

Es la preocupacion de todos, y por la centésima vez tengo que referir el origen y la marcha de la enfermedad.—Me pregunta si es cierto que en Lambaré se encuentra una cañonera argentina esperando el desenlace temido para conducir en caso de fallecimiento, los restos del general. Le contesté que, á mi modo de ver, la noticia es inexacta.

Llegamos á la Cancha. Llamo á Julio Belin, quien asegura que el general está algo mejorado. Vienen el Dr. Hassler y el Dr. Andreussi y ambos son unánimes para manifestarme que el peligro es cada vez mayor. Extrañan, que haya podido resistir tanto. Hassler me manifiesta que, siguiendo mis indicaciones y de acuerdo con conversaciones anteriores, él y los médicos de cabecera del general, se ocupaban en describir, síntoma por síntoma, la marcha de la enfermedad, para dejar de ella una historia científica que satisfaciera á la posteridad y á los médicos argentinos. Apruebo esta conducta y le aconsejo perseverar en este útil é interesante trabajo.

Llega mi familia á saludar á la familia de Sarmiento. Su hija y su nieta están á su lado y no pueden salir á recibirla, pero le dicen que puede entrar al cuarto del enfermo. Comprendiendo la impresion que le causaría este espectáculo doloroso, la disuado de la visita. En cambio yo penetro en la habitacion. Sarmiento está sentado en su sillon de siempre.

Tiene la mirada empañada, su demacracion es excesiva, una de sus manos se apoya en el brazo del sillon, y el izquierdo en la tablilla que le sirve de escritorio. Me mira sin pronunciar una palabra y creo que no me reconoce. Un momento despues trata de levantar la mano izquierda. Comprendo que el esfuerzo lo fatiga y voy á su encuentro estrechándole el dorso de la mano que encuentro fria.

Permanezco de pié, en silencio, contemplando el cuadro terrible que se ofrece á mi vista. Sarmiento, con voz apagada, dirigiéndose á su nieta Maria Luisa, le dice: «La hora!» Miro el reloj y le contesto: «Las once.» La respuesta parece no satisfacerlo y repite: «La hora.» Se refiere á si ha llegado la hora de tomar el remedio. El Dr. Andreussi que escribe una receta, le contesta que no; el general cierra los ojos y cae en su atonia y otra vez el ruido de su respiracion anhelante interrumpe el silencio de la habitacion. Al salir de la pieza Julio Belin y los médicos me preguntan ansiosos:—¿Cómo lo encuentra V.?—Amigo mio— contesto al primero; es necesario tener el corazon bien puesto para estos momentos espantosos; para mi, el general está en el principio de su agonia.

Allí mismo, resolvemos hacer ese mismo dia, á las 2, una gran consulta con todos los médicos de la Asuncion. Al mismo tiempo hablo de algunos asuntos íntimos de la familia con Julio Belin.

A las dos tiene lugar la consulta compuesta de los Dres. Andreussi, Candelon, Hassler, Morra, Lofruscio, Hoskins, Vallory y Borrás. Despues de un exámen rápido del enfermo y de una discusion detenida, el Dr. Candelon pone en mis manos el boletin sanitario que conservo original y que trasmito inmediatamente por telégrafo al Dr. Juarez Celman. El diagnóstico es: *lesion orgánica del corazon*; el pronóstico, *gravísimo*. Un médico me dice que se trata de una *caquexia cardiaca*.

Setiembre 11. 12 de la noche. ¡Que dia horrible! Vuelvo derecho de la Cancha, hace un calor sofocante y las emociones atropelladas y continuas de estas horas fatales, me tienen destruido y azorado.

No importa! Quiero dejar consignados, aunque sea á grandes rasgos, todos los incidentes de esta fecha memorable.

Ayer 10, á la noche, el general parecia más tranquilo. Arreglamos con Andreussi que estableceríamos un servicio nocturno especial, y esa noche él se ofreció á permanecer al lado del paciente. En vista de esto, me retiré en el último tramway.

Empezaba á dormir cuando me despertó la campanilla del teléfono, y los gritos de los niños despavoridos ante aquel llamamiento repentino. Salto de la cama, hago encender las luces de la casa, dejo á los mios rezando y al salir á la calle encuentro á Mascias que llega á buscarme con el Sr. Alcorta en un tramway expreso en que nos trasladamos á la Cancha.

La noche es tranquila, algo húmeda.

No he salido suficientemente abrigado y siento un escalofrio.—En el trayecto, Mascias me refiere que se ha apartado del general Sarmiento poco despues que yo, á eso de las 11 de la noche y que, estando en el lecho, le han llamado por teléfono pidiéndole me avisara á mi y al Sr. Alcorta la gravedad del general. Al llegar á la Cancha nos precipitamos en la habitacion del enfermo, y una escena imponente se presenta á nuestros ojos. Sarmiento acaba de espirar. Su cuerpo reposa sobre un catrecito de hierro, encima de seis almohadas y almohadones. Tiene el rostro dado vuelta hacia la pared y una de sus manos extendida sobre su cuerpo á la altura del vientre. Sosteniendo esa mano helada, de rodillas junto al lecho, con la palidez del dolor en las mejillas y el pecho convulsionado por los sollozos profundos, está su nieta Maria Luisa. Al pié de la cama la hija de Sarmiento sostenida por la Sra. de Mármol y la Sra. de Jurado, que tratan en vano de encontrar palabras de consuelo para aquel inmenso infortunio; Julio Belin de pié, con los brazos cruzados sobre el pecho, deja correr sus lágrimas en silencio. Me aproximo al general, con el corazon conmovido. Su expresion es serena y majestuosa. Parece dormido despues de tantas luchas y fatigas. La almohada en que reposa un lado de su cara, está manchada de sangre. Son esos los esputos arrojados en el último extertor de la agonía.

Aquella muerte desolada, me llena de amargura. Siento que el corazon se me oprime como estrujado por una mano de hierro. Alguien que se encuentra presente, nota mi palidez y me obliga á salir de la habitacion. Alcorta pide para mí una taza de café hirviente y voy á tomarlo á la cocina. Apénas estoy allí, llega un sirviente que me busca por órden de Maria Luisa.

Al penetrar de nuevo en la habitacion mortuoria, la desgraciada niña continúa en la misma postura. Me aproximo á ella, y tomándome de la mano, en presencia de las nobles damas que la acompañan, con voz empapada en llanto me agradece delante del cadáver de su segundo padre (dice) todo el afecto que mi familia y yo le hemos demostrado. Aquel arranque de un corazon generoso, hace desbordar el sentimiento contenido. Y una vez más, me encuentro frente al enigma insondable, una vez más, me hiela el frio de la tumba, y mido la vanidad y la fragilidad de las grandezas humanas. Aun conservo en mi oido el éco acompasado de la respiracion del enfermo. Quedo solo un instante y me parece escuchar sus fatigosas aspiraciones. Un sacerdote francés entra á la habitacion y todos escuchamos prosternados las oraciones cristianas.

Despues de la fúnebre ceremonia logro apartar del lado del cadáver á la familia del general, y permanezco velándolo hasta que nacen las primeras claridades del dia. Aprovecho el primer tramway para trasladarme á la Asuncion acompañado de Mascias y llevando á una sirvienta de la Sra. de Mármol que no conoce el pueblo y va á comprar merino para el luto de las señoras. La dejamos eligiendo los géneros y pasamos más adelante para comprar el mejor cajon que existe en la Asuncion. A la vuelta, nos detuvimos en la tienda para recoger algunas varas de impermeable que sirva para el embalsamamiento. Son las cinco de la mañana, y el general ha muerto á las 2.15 minutos. Hemos llegado cuando acababa de espirar. Me traslado al telégrafo y hago numerosos despachos á Buenos Aires—Se me dice que la línea está espedita, lo que no sucedia en los dia anteriores.

Estoy con ropa clara, tomada al azar en el apuro de la levantada, y voy á mi casa á cambiar de traje—De paso veo al ministro Maciel á quien comunico el fallecimiento —Me dice que se asocia á mi pena y que el gobierno decretará honras fúnebres.—Voy á ver al fotógrafo San Martin, y lo despierto para que vaya á tomar fotografías del general en su lecho de muerte. Llego á mi casa, y me dispongo á tomar un baño tibio que calme mis nervios irritados, cuando me llaman por teléfono de la Cancha. El llamado es urgente. Acudo al instante. Se trata de sacar la fotografía y el Sr. San Martin exige mi presencia. Regreso con él, y juntos desarrollamos las placas. Algunas están perdidas por falta de luz, pero hay dos muy buenas que pueden aprovecharse.

En la Cancha, algunos celosos personajes de mostrador que, por lo visto, entienden más que yo de diplomacia; seres inferiores que viven del reflejo de los demás, muertos ó vivos, me hacen reproches porque á esa hora (las 11) no he pasado una circular al cuerpo diplomático y no he puesto la bandera á media asta. Contesto que en esas materias conozco mi obligacion y que no era correcto que yo—ministro y huésped del Paraguay—me apresurara á quitar al gobierno una iniciativa hospitalaria, máxime cuando me constaba que en esos mismos momentos se dictaba un decreto gubernativo fijando los honores que correspondian al general Sarmiento. En efecto, á las 12 tengo conocimiento de dicha resolucion y la legacion enarbola su bandera por los tres dias fijados, seguida poco despues por todas las otras legaciones y consulados.

Regreso á casa sin tiempo de almorzar, y contesto varios telegramas del general Fotheringham y otras personas que se interesan por la salud del ilustre finado.

No tengo sinó tiempo de vestirme de negro y me dirijo nuevamente á la Cancha. El calor ha sido sofocante y los médicos han creido prudente empezar el embalsamamiento. Se me invita á entrar; pero rehuso ver ese cruel espectáculo. Por uno de los vidrios de la sala en que se ejecuta la operacion, veo á los médicos, en mangas de camisa, con los brazos desnudos, y algunas manchas de sangre en los delantales blancos, que se afanan por terminar su lúgubre tarea. Entrada la noche regreso á casa donde puedo apenas probar unos bocados, para dirigirme de nuevo, acompañado de personas de mi familia, á acompañar á los deudos desconsolados. Se esperaba mi llegada para trasladar el cadáver de la camita de hierro en que reposaba, al cajon forrado de plomo que estaba sobre una mesa tapizada de paño negro.

Cuatro soldados paraguayos velan el cadáver en los cuatro ángulos de la cama. Me llama la atencion que uno de ellos sostiene el fusil con la mano izquierda.

Los médicos, por indicacion mia, hacen retirar á la concurrencia y juntos trasladamos el cuerpo al cajon. Antes se toma la precaucion de llenar el fondo de este con mirra y áloe. Se pone una sábana y encima de ellas se extiende al general Sarmiento. Cárlos Martinez de Hoz ayuda en la operacion. El movimiento del cadáver provoca una ligera hemorragia de la nariz que el Dr. Hassler contiene con algodon. Entónces contemplo el rostro de mi eminente amigo y desde el fondo de mi alma le doy el último adios sobre la tierra.

Está ligeramente hinchado y muy rojo; con las mejillas abotagadas y los labios amoratados. Me siento rendido de cansancio y demasiado abatido para continuar al lado del cadáver. Me despido de mi familia así como de los deudos del general, quienes nos entregan una tarjeta para sus nietas de Buenos Aires pidiéndonos les refiramos los angustiosos momentos de la enfermedad y de la muerte.

M. GARCIA MÉROU.

Las exequias en Buenos Aires

IMPONENTE DEMOSTRACION

No consiguió un tiempo pésimo, mezcla desagradable de frio, viento y lluvia, bajo un cielo sombrio, amenguar la merecida demostracion. Pudo quitarle brillo; tal vez alejó de sus filas á muchos que por su edad ú otras causas, no podian arrostrar los rigores del dia, pero con todo el acto revistió el caracter de solemnidad que era de esperarse.

Cien mil personas llenaban calles plazas, veredas, balcones, azoteas, puertas y ventanas, desde el muelle de pasajeros hasta el cementerio del norte, desafiando la inclemencia del tiempo, para cumplir el deber sagrado impuesto por la gratitud.

Los detalles de la magna demostracion incompletos como es natural, por la precipitacion con que ha habido que recojerlos y organizarlos, los hallará el lector en la crónica que va en seguida, y que se completará en el libro anunciado en otro lugar.

AL ENCUENTRO DE LOS RESTOS

Aun cuando en la noche del juéves el rio estaba muy agitado, la comision que de su seno nombró la Asociacion de la prensa, compuesta de los señores vice-presidente primero, vicepresidente segundo, pro-secretario y socios Ignacio Orzali, Mariano de Vedia, Juan Manuel Izaguirre y Raul Giraud, se embarcó á las doce de esa noche á bordo del vapor Lafayette con rumbo á Martin Garcia.

Esta comision, como se sabe, tenia encargo de representar á la Asociacion de la prensa y á la comision popular en la recepcion de los restos del general Sarmiento en nuestro puerto.

Despues de cinco horas de marcha, al amanecer el dia viérnes, el Lafayette y la Maipú se encontraron frente á la isla de Martin Garcia.

La Maipú hizo un saludo de dos disparos al Lafayette y este pequeño vapor izó una bandera blanca con franjas negras en cuyo centro se leia: *La Asociacion de la prensa.*

Los miembros de la comision, aun cuando se encontraban fuertemente mareados, subieron sobre cubierta y permanecieron con la cabeza descubierta mientras el buque conductor de los restos del general Sarmiento pasaba á su costado.

Se intentó hacer el trasbordo de la comision al Maipú, pero esto fué imposible á causa de la fuerte marejada, teniendo por consiguiente que permanecer esta á bordo del Lafayette y llegar á nuestro puerto escoltando de cerca al Maipú.

EL DESEMBARQUE

Los pocos buques mercantes anclados en valizas interiores que habian sufrido la tormenta sin buscar abrigo, mantenian sus banderas á media asta en señal de duelo, y desde á bordo la ciudad ofrecia un espectáculo imponente, pues por todas partes se veian grandes agrupaciones en contínuo movimiento y los edificios que dan frente al rio coronados de concurrencia.

Inmediatamente de echar anclas el Maipú desprendiéronse del muelle de pasajeros no ménos de catorce faluas pertenecientes á nuestros buques de guerra, dos lanchas á vapor y las tres de gala de la prefectura marítima, enlutadas todas, distribuyéndose las de guerra en dos alas, por el medio de las cuales debia pasar el féretro.

Las tres falúas de gala de nuestra prefectura atracaron al costado del Maipú y un momento despues una de las de este buque trasbordaba á los miembros de la comision de la prensa á fin de que esta se hallara en el acto del desembarque.

Una vez á bordo del Maipú el general Dónovan á quien fueron entregadas las credenciales, hizo la presentacion de la comision de la prensa de Bueños Aires, á las comisiones del Paraguay, Corrientes, Paraná y Rosario.

Todas las comisiones juntas, así como la oficialidad, con el más respetuoso silencio se agruparon en la capilla ardiente rodeando el féretro del ilustre ciudadano.

Sobre las paredes rigurosamente enlutadas de aquella capilla se veian las ofrendas de los pueblos del Paraguay, Corrientes, Paraná y Rosario, tributos todos de pueblos agradecidos al esclarecido estadista.

Cuatro alumnos del colegio nacional de Corrientes guardaban la capilla con sus armas á la funerala.

Despues de breves instantes de religiosa contemplacion á que se entregaron las diversas comisiones, el general Dónovan rompió el silencio ordenando el desembarque.

Los representantes de las diversas comisiones, el general Dónovan y el Sr. Augusto Belin Sarmiento, tomaron el féretro á pulso y con no poca dificultad pudieron hacer su trasbordo á la falúa que para el desembarque habia sido destinada. Otros cuatro alumnos del colegio nacional de Corrientes desembarcaron á ella para hacer al féretro la guardia de honor.

En otra falúa desembarcó el Sr. Belin Sarmiento con los miembros de la comision paraguaya y un representante de las demás comisiones para encabezar el duelo y remolcar á la conductora del féretro.

En la tercera, de luto, desembarcó el general Dónovan acompañado tambien por los representantes de las diversas comisiones y la oficialidad del buque, toda de rigurosa galá.

En esta disposicion se puso en movimiento el fúnebre convoy rompiendo la marcha la falúa que ocupaba el Sr. Belin Sarmiento, luego la que conducia el féretro, en seguida la tripulada por el general Dónovan, pasando por el medio de las alas formadas por las falúas de los buques de guerra, las que al pasar se replegaban para formar la línea.

En este órden se llegó á la punta del muelle de pasajeros donde esperaba soportando la lluvia, en representacion del gobierno nacional, la comision de generales.

LA GUARDIA DE HONOR

Telegramas y correspondencias han anunciado que veinticinco alumnos del colegio nacional de Corrientes venian haciendo la guardia de honor á los restos del esclardecido hombre público.

Consignamos en seguida los nombres de los á quienes ha cabido tan famosa mision.

Jefe del cuerpo: Justo Romero.

Oficiales, José N. Pereyra, Honorio Silgueira, Florencio Ortiz, Olegario Acevedo y Héctor Solari.

Alumnos: Nicanor Pujol, José Federico Fernandez, Nicolás Cámes, Martin Villordo, Primo Colodrero, Luciano Romero, Fernando Fernandez, Justo H. Alvarez, Jerónimo Vallejos, Pedro de la Fuente, Antonio Mora y Araujo, Edelmiro Camogli, Felipe Solari, Blas Lopez, Luis Maciel, Juan G. Maciel, Pedro Colodrero, Tomás Colodrero, Santiago Tantel, Castor Toledo, Manuel Mallorca, José Pinchetti, Eulogio Mendiondo, Benjamin Garay, Santiago Colodrero.

LA FORMACION

A las 9 1/2 a. m. las tropas se hallaban formadas en batalla á lo largo del Paseo de Julio, dando frente al rio y en el órden siguiente: á la derecha y apoyando este flanco, en la esquina de Rivadavia y Paseo de Julio un escuadron del regimiento 11° de caballeria, el cual tenia á su izquierda una parte del 1° de artilleria. Seguian luego la artilleria, la escuela naval, cadetes de Palermo, escuela de cabos y sargentos, batallones 1° de infanteria de línea, 5°, 6°, y 10°, cerrando el ala izquierda un escuadron de artilleria y otro de caballeria.

El golpe de vista que ofrecian las tropas en su correcta formacion era magnífico.

En los corredores del Paseo de Julio la gente se habia agolpado, no obstante lo temprano de la hora, atraida por las bandas del ejército, y la policia empezaba á tomar sus medidas para mantener despejado el trayecto que debia recorrer la comitiva oficial.

Los tramways que viajan á Catalinas interrumpieron su trayecto ordinario, por hallarse obstruida la via con los batallones que formaban la parada.

Aun no se avistaba desde la ribera al buque que conducia los restos del general Sarmiento, y ya el muelle estaba completamente lleno de gente, hasta el punto de hacerse imposible el tránsito, en el espacio que separa el resguardo de la primer escalera de desembarco.

A lo largo del murallon se extendia la multitud en filas compactas produciendo á lo lejos un efecto animadísimo, por lo abigarrado de los trajes, cuyos colores se mezclaban confusamente sobre el fondo gris del cielo.

El tren del Norte, entre tanto, yendo y viniendo interceptaba la circulacion establecida entre el muelle y el Paseo de Julio.

Felizmente, y no obstante el gentio que llenaba esos parajes, no hubo desgracia alguna que lamentar.

EL MUELLE

El muelle de pasajeros, lugar determinado para el desembarque del cadáver, estaba enlutado.

Los faroles, como todos los del trayecto que el convoy debia recorrer, estaban encendidos y cubiertos de crespon.

En la punta del muelle desde muy temprano se hallaba la comision popular del Paraguay y acompañada de algunos deudos del general Sarmiento que se anticipaban á las comisiones de recepcion.

Atracados al muelle y esperando órdenes, estaban once falúas de la capitania del puerto y algunos barcos de la armada, los que debian formar la comitiva de hon

su espíritu activo é iniciador no tardó en revelarse. El país necesitaba de sus servicios, é inmediatamente se hizo sentir su accion benéfica y fecunda: reforma de los programas y planes de enseñanza, fundacion de la biblioteca nacional, creacion de la superintendencia de escuelas, señaló nuevos rumbos al comercio y á la agricultura, prestigió nuevas industrias, ilustró con sus escritos la prensa asuncena: estas son las obras que deja en el Paraguay durante su corta existencia.

Allí vivirá Sarmiento por sus ideas, por sus obras y por el bien que hizo á cuatro repúblicas cuyas banderas envuelven el cadáver de tan ilustre ciudadano.

El Centro paraguayo dedica esta placa á su finado socio honorario, como un homenaje de respeto y de las simpatías de sus connacionales.

DISCURSO DEL Sr. AGUSTIN DE VEDIA

Por los residentes orientales

Señores:

Los ciudadanos uruguayos que residen en esta ciudad, constituyendo en ella un centro social bajo el nombre de Club oriental, y una sociedad de socorros mútuos, han tenido á bien designarme para que los represente en este acto. Debo reemplazar tambien á mi distinguido amigo y compatriota, el Dr. José Sienra y Carranza, que se ha separado enfermo del cortejo fúnebre, y que debia expresar aquí los votos de la prensa de Montevideo y los de la Sociedad de amigos de la educacion popular. Queremos asociar nuestra voz á este concierto universal alzado en honor de D. Domingo Faustino Sarmiento: ese atleta robusto del pensamiento, que aun se esforzaba por mantener la liza, cuando lo ha reclamado la naturaleza, única que podia apagar la llama de su poderoso espíritu.

¿Será necesario decir los títulos que tenia Sarmiento á la consideracion de los orientales? No son propiamente los del estadista, del político ó del gobernante, sometido casi siempre á las condiciones y leyes de la sociedad en que trabaja, y encerrado en el egoismo, á veces cruel, de las fronteras nacionales, donde acaban su accion y sus medios legales. Son, sí, los del pensador y del propagandista, cuya obra no ha reconocido límites, pues ha esparcido por todo el continente la semilla fecunda de la civilizacion.

Admiramos sobre todo en Sarmiento al educacionista, no porque él hubiese descubierto nuevas leyes ó creado métodos y procedimientos especiales en la enseñanza, sinó por haber dado á su propaganda una alma, un sentimiento y una pasion; por haber hecho de la educacion una obra viva y una arma de combate. El creó el tipo de la barbarie para atacarla con más eficacia, como si pensase que estos pueblos con más imaginacion que ciencia, necesitasen que el bien y el mal se les representasen así encarnados, para excitar el amor ó provocar el odio. Eso ha hecho Sarmiento, y acaso eso constituya la originalidad y la excelencia de su obra, considerada bajo ese aspecto.

Tienen los orientales otros motivos para honrar la memoria de Sarmiento. Si él no ha pasado en la república uruguaya una larga parte de su vida, como en Chile; si no ha ido á conciliar en ella su último sueño, como en el Paraguay, en cambio, le envió en uno de sus propios hijos un apóstol de su doctrina, que fué más adelante de las previsiones del maestro, y dió un impulso considerable á la educacion uruguaya, sacrificándole su reposo y hasta su vida.

Pero no es esto solo. Hay algo que puede explicar aun más este movimiento de simpatía de los orientales en torno de ese féretro: es ese «algo de comun y de profundamente simpático que ha sobrevivido á la division política de estos países, tan penosamente trabajada».

Sarmiento tuvo ocasion de advertirlo en un viaje que hizo á Montevideo, ya en el ocaso de su vida. «Ese mar dulce, como lo llamó Solís, decia entónces, léjos de separarnos tiende sus brazos á ambos lados de su lecho, para reunirnos por medio de los vapores que en horas nos hacen pasar sobre su blando y ondulado seno. Estas repúblicas que el Plata baña, fragmentos de un grande planeta roto, están compuestas de la misma materia cósmica, raza, religion, historia, lenguaje, tradiciones...» Todo eso tenemos en comun argentinos y orientales, y no es extraño, por lo mismo, que, del otro lado del Plata, se siga con avidez el desarrollo de la vida intelectual, y el vuelo soberano del genio en la república que un compatriota ilustre llamó «la patria grande».

Nos place representarnos á Sarmiento en un momento psicológico de su existencia: en aquel pedagogo fugitivo que escribia con carbon aquella fórmula misteriosa que no era sinó la sentencia de muerte de la tiranía y el anuncio de la redencion del pensamiento y de la libertad. Queremos ver al antiguo maestro de escuela en la personalidad que se encumbra hasta la más alta magistratura política de su patria. Ese encumbramiento es como la glorificacion de la causa á que consagró la mejor parte de su vida y que forma aun hoy su título más precioso á la gratitud de los pueblos. Ella es la mejor recompensa y la más hermosa corona que pueda colocarse sobre su sepulcro.

Y es tambien un símbolo de esa gratitud la modesta placa que en nombre de la prensa uruguaya deposito en su féretro.

DISCURSO DEL TENIENTE BETBEDER

Por el Centro Naval

Señores:

El Centro naval, representado por el más humilde de sus miembros, viene tambien en este momento de inolvidable y doloroso recuerdo para la nacion, á pagar el debido homenaje de gratitud y respeto á la memoria del preclaro argentino y benemérito ciudadano que, al terminar su larga y fecundísima carrera terrena, renace, coronado de bendiciones en el corazon de su pueblo á la vida imperecedera de los dioses del patriotismo nacional.

Como asociacion argentina estaria exenta de justificar su actitud en este solemne momento, porque así como otras muchas que rodean este féretro y como ella, que representa casi la totalidad del personal de nuestra armada y, más aun que su actualidad, personifica sus tendencias y sus destinos en el porvenir, todos los argentinos por delegacion expresa ó por los deseos de su corazon, están aquí congregados, para invocar el espíritu excelso del general Domingo Faustino Sarmiento, fortalecer su patriotismo con el ejemplo de su vida, y poner los destinos de la patria bajo los auspicios de su luminoso recuerdo.

Pero es que éste que fué eminente hombre de estado tiene para el Centro naval méritos y servicios del todo particulares, á los cuales tengo el honroso encargo de referirme, dejando á los talentos de mi país el estudio de las variadas fases de su vida, tan exuberante de labor, de iniciativas, tan íntegra, tan independiente y altiva, tan modesta y tan rica de profunda enseñanza.

Cabe al presidente Sarmiento, señores, la gloria de haber iniciado el primero la formacion de una verdadera marina de guerra en una época de completa decadencia marítima, en la que hasta el recuerdo de los dias de Brown se hallaba oscurecido, á causa sin duda del escaso aunque heróico concurso que, debido á la falta de material flotante, habia prestado nuestra marina en la guerra de la triple alianza, y más aun por el brillo enceguecedor de las victorias alcanzadas por nuestro valiente ejército. A la historia corresponde decidir si la carencia de una marina de guerra argentina fué ó no la principal causa de la duracion imprevista de aquella lucha tan complicada en su desarrollo, y en caso afirmativo deberemos considerar tal hecho como inspirador de aquella idea previsora de Sarmiento; porque su génio poderoso ha podido muy bien encontrar prontamente la causa que el historiador imparcial señale en el porvenir como razon de tantos sacrificios.

En todo caso, ha debido influir en el ánimo del gobernante para la creacion repentina de una armada, su vision del porvenir marítimo de nuestro país y el retardo en comenzar la árdua tarea de encaminarse á él.

Lo que habia sido tan oportuno en la concepcion debia ser acertado al poner por obra su pensamiento, suplendo la escasez de asesores técnicos en aquella época, con las reminiscencias en materias navales de sus viajes por Europa y Norte América.

Es así como en un momento de absoluto despego por la noble carrera de la marina, cuando su carácter eminentemente científico era desconocido ó puesto en duda hasta por la generalidad de los que en ella figuraban, se fundó la primera escuela naval técnica para servir de sólida base á la reorganizacion de nuestra marina militar, base inconmovible sobre la cual se va levantando digno y lucido el edificio de nuestra grandeza como potencia marítima.

Al cabo de quince años de escuela naval, su fundador ha querido entregar al Centro, es decir, á la obra y al espíritu de su escuela, la declaracion de los fines patrióticos que se propuso con una medida que bastaria á inmortalizarlo, si no hicieran eterna su memoria otras mil empresas de civilizacion á que dió cima feliz en su laboriosa existencia.

Pocos meses hace que el general Sarmiento, presidente honorario del Centro naval, decia cariñosamente á sus miembros: «Creed que guardo la seguridad de que con la escuela naval quedaba garantida la independencia que nos legaron nuestros padres y creado el vínculo que nos une á todas las otras naciones, por el cultivo de las ciencias y de las artes que dominan las fuerzas de la naturaleza, enfrenan las olas y contienen la injusticia.»

Creada con toda fortuna el alma, faltaba dar forma al cuerpo que debia animar, y en esto no fué ménos feliz ni ménos acreedor al reconocimiento argentino.

Para una nacion como la nuestra, alejada de los grandes centros de construccion, tan fácil es adquirir elementos navales dejando satisfechos con exceso intereses ajenos, como es difícil conseguirlos consultando las conveniencias del tesoro público y, lo que es más importante, los fines relacionados con la defensa de la patria.

El presidente Sarmiento, siempre escaso de asesores técnicos, nos dió sin embargo con economía una escuadra compuesta de buques excelentemente construidos y perfectamente adecuados á las exigencias de la época y aun del futuro; y todos ellos, trabajados por trece años de servicios, siguen constituyendo el fuerte de la defensa de nuestros rios.

Pero su tarea no terminó con la adopcion de medidas tan importantes en el órden material, sinó que cuidó tambien de la parte moral.

La energía y honradez de su carácter era la atmósfera que envolvia sus resoluciones, propiciando su acatamiento y asegurando el fiel cumplimiento en todas las jerarquías: es así como, en la organizacion embrionaria de nuestra marina, brilló la moralidad militar y se cimentó la disciplina y el espíritu de honor que hoy es el carácter de los que visten el noble uniforme de Brown, de Espora, de Py y de tantos otros que lo han ilustrado con sus hazañas y virtudes.

En la prudente reserva de nuestros gobernantes y diplomáticos del pasado, podria encontrarse, mejor que en los rumores públicos, cuantas veces la escuadra de Sarmiento dió nervio á las resoluciones supremas que salvaguardaron la dignidad de la nacion.

El benefactor de la armada en la presidencia de la república fué despues, desde el retiro de su hogar, un amigo de sus miembros, generoso en consejos y en conceptos: y al fundarse el Centro naval, unánimemente le nombró su presidente honorario vitalicio, por obra de sus méritos tan solo.

Al ocurrir su muerte, la asociacion que presidia, en homenaje á su memoria, ha dispuesto dar publicidad en su periódico, junto con el retrato del ilustre ciudadano, á todas las medidas de importancia relativas á la marina nacional que en su administracion se tomaron; ha resuelto iniciar una suscricion, entre el cuerpo general y tripulaciones de la armada, para mandar esculpir un busto en mármol representando al general Sarmiento que será guardado en el salon de honor de la sociedad; y por último, ha determinado colocar en su tumba una placa fundida en bronce con la siguiente inscripcion:

«El Centro naval dedica esta placa á la memoria de su presidente honorario, general «de division Domingo Faustino Sarmiento, «fundador de la escuela naval y reorganizador de la armada nacional.»

Hé aquí, señores, la modesta ofrenda que la marina de guerra argentina hace á los manes del prócer ilustre que le dió naves en las aguas y aseguró en el porvenir su honor, su ilustracion, su union, su disciplina, dándole una alma única y fecunda que fué el alma de todas las creaciones de Sarmiento: *la escuela*. Los presentes y futuros marinos de la república que lean esa placa, se esforzarán en conocer las calidades del fundador de nuestra armada, y por cierto que ellas pueden servir de espejo y modelo en la educacion de nuestros oficiales. Fué ilustrado, independiente, honrado y tuvo un profundo y consciente entusiasmo por todos los progresos que pudieran enaltecer su patria.

Pero no satisfechos aun con estos homenajes, pequeños en comparacion de tan preclaras virtudes, queremos permitirnos llamar la atencion del superior gobierno hácia un acto de justicia póstuma que depende de su autoridad.

Aunque el nombre que en estos momentos llena la república quedará por siempre grabado en el corazon de los argentinos y, más profundamente si es posible, en el de los miembros de la armada, cabe y sienta bien en la acerada coraza de una de las naves que le pertenecen.

En la escuadra de Sarmiento, señores, existe un buque, aun de larga vida, cuyos servicios y campañas son por demás eminentes; y en testimonio de esto último bastaráme decir que fué la nave de confianza, capitana de la escuadra que, en un momento de supremo peligro para la integridad nacional, fué arrojada de las tranquilas aguas del rio de la Plata, para donde fuera construida, á los desamparados mares australes, con la consigna de hacer respetar nuestros derechos á la Patagonia ó de sucumbir gloriosamente. Este buque es, pues, el acorazado Los Andes y la justicia reparadora reclama hoy que sea trasformado en acorazado Sarmiento. La categoría del nombre no se rebaja, antes bien se enaltece, cambiando el de un coloso de granito por el de un coloso de espíritu.

General Sarmiento: Parodiando la frase con que un dia entregásteis al Centro naval la verdadera definicion de los objetos de la armada nacional, os diremos, cuando bajeis al sepulcro: Con vuestro nacimiento á la vida pública quedó garantida la independencia que nos legaron nuestros padres y creado el vínculo que nos une á todas las otras naciones, por la educacion del pueblo que procurasteis empeñosamente con la propaganda, la accion, el mando, la virtud y el carácter; teniendo presente que la educacion pública domina las fuerzas de la naturaleza para ponerlas al servicio de la prosperidad nacional, enfrena las pasiones inculcando en los ciudadanos el respeto por la ley, y contiene las injusticias en el órden interno y en el órden internacional por la conciencia del propio derecho y la capacidad por hacerlo valer íntegramente ante quien osara desconocerlo.

General Sarmiento: El pueblo argentino responde de la paz de vuestros despojos y de la eternidad de vuestra memoria.

DISCURSO DEL Dr. MAGNASCO

Por el Centro jurídico

Señores:

Tenemos derecho de hablar ante esta gloria de setenta años, nosotros los de la tercera generacion! Tenemos derecho de despedirlo, á éste que es de un año épico, del año once, y á quien nosotros vimos y tratamos, nosotros que venimos medio siglo despues á la patria constituida y reconstruida por ellos!

El Centro jurídico, la asociacion de derecho cuya composicion conoceis, no podia faltar á esta apoteósis, porque no se combate doce lustros por la patria sin lidiar tambien por el afianzamiento del derecho que importa en definitiva el triunfo de la justicia y de la libertad.

Del año 11 he dicho y por eso parécemeque este coloso que aquí yace—y al que la imaginacion helénica habria consagrado hoy mismo uno de sus semidioses predilectos—paréceme que por su complexion lapidaria, por el vigor excepcional de su inteligencia siempre lozana, por su empuje irresistible, por su laboriosidad de batallador heróico infatigable, paréceme que personifica una época, que condensa, que llena todo un período histórico: el gran período de las fuerzas inteligentes en guerra abierta con el caos, la época fatal, la época ineludible, en una palabra, señores, la semana bíblica del génesis nacional en el que el mismo sublime terror de la desorganizacion hacia presentir la magna grandeza de la consolidacion en el futuro!...

Muy grande la patria ahora!... No seré yo solo, á buen seguro, entre los de mi generacion, el que en presencia de los destellos fulgurantes de este féretro glorioso, deje escapar condolido aquella frase de amargo desaliento del general romano ante la efigie inmortal del conquistador macedónico!...

Setenta y ocho años de existencia, de los cuales sesenta y cuatro, señores, consagrados á la tarea homérica de la organizacion y del perfeccionamiento del país! Sesenta y cuatro años, pero consagrados sin descanso, sin dar tregua á la abrumante labor, dia á dia, en todos sus momentos, no obstante el cansancio natural que fatalmente tenia que sobrevenir, no obstante la decepcion más ingrata, no obstante el contratiempo y el desastre alternativos que habrian paralizado á cualquier organizacion ménos resistente que esta; sesenta y cuatro años lidiando como él solo podia hacerlo, dado su temperamento agresivo, guerreador, tempestuoso, dadas sus aficiones nativas á la pelea encarnizada, su genial fogosidad, su vigorosa impetuosidad de inflexible atrida; sesenta y cuatro años, y siempre arrogante como tigre de selva americana, siempre enhiesto y siempre de piedra, desde su valerosa iniciacion como alférez allá por los años veinticinco y veintiseis hasta los enternecimientos altivos de sus últimos dias, dignos de veras por su espartana serenidad, de un Epaminondas ó de un Marco Aurelio!...

Como el sabio, señores, que apénas si tiene que raspar el suelo de las ciudades desbordantes de riqueza arqnológica para encontrar la vasta zona de las grandezas emocionantes de otro tiempo, así tambien nosotros podemos descubrir la inagotable riqueza histórica del ámplio trayecto recorrido por este cíclope del pensamiento y de la voluntad.

Pero no hay la oportunidad de reconocerlo—el hombre se doblega—porque hay la notoria imposibilidad de la tarea. ¿Qué podemos decir?... ¿Alinear en batalla, acaso, los cien puestos que ocupó? ¿Decir que fué diputado, convencional, —¡y de qué convencion, señores!—que fué ministro, gobernador, senador, presidente, representante de la soberania nacional en el extranjero?... ¿Hacer desfilar ante la inteligencia atónita sus obras y servicios?... ¿Repetir que fué polemista de acero, escritor de raza,—un verdadero, un arrogante Agamenon de la palabra escrita,—que fué periodista sin parecido en su género, que fué demoledor de tiranías y destructor de montoneros y del caudillaje más indómito y ensoberbecido?... ¿Recordar acaso que, desconocido, escribió allá en el extranjero, en medio de la fiebre creciente de cien preocupaciones patrióticas, una defensa vaciada en el molde de bronce de las defensas del orador de Atenas? ¿Recordar acaso que fustigó el despotismo con la misma elocuente impetuosidad con que fustigara la iniquidad aquel inolvidable Sheridan?... O decir que arrojó la semilla de su pensamiento fecundo por toda la vasta extension del continente americano? ¿ó recordar tal vez que, como Caton ó Washington, fué de humildísimo orígen: maestro de escuela ó sembrador, que es lo mismo?...

No, señores; de veras que eso me parece pálido, de veras que eso me parece incoloro, inexpresivo! Grandeza como esta es grandeza indecible! Es la grandeza sublime del contraste artístico que magnifica, del claro oscuro completo que contrapone, agigantándolas, á la aspereza nativa de su carácter altanero, las fulgurantes reverberaciones de su talento superior!...

Y, por desgracia, como siempre, señores, el molde se rompe, y esta vez ha saltado en mil fragmentos insoldables, porque en las múltiples modalidades de su génio original, este hombre era único y único como aquellos hombres de mármol arrancados por la mano convulsiva de Miguel Angel á las canteras de la montaña romana, único como todos aquellos colosos inmortales del genio del renacimiento!...

.....

En nombre del Centro jurídico que representa el derecho y que es juventud batalladora; en nombre del Centro jurídico que es como *gens* de patricios del sentimiento levantado—la ofrenda más grata!—en nombre de sus más nobles ambiciones y en el mio propio, adios!

Sí, dejémosle ahora que repose; dejemos ahora que descanse el viejo luchador de sesenta años—como el héroe de Ossian tiene derecho!—que descanse, allá junto á los manes queridos del hijo que tanto amó y, cuando se levante el monumento que ha de legar á la admiracion y á la gratitud póstumas los rasgos altivos de su austera efigie, hemos de venir más de una vez, con ansiedad patriótica, á confortarnos á la sombra de la vieja encina, hemos de venir más de una vez á pedirle fortaleza, á pedirle inspiracion, con el recogimiento legendario del romano ante la tumba de sus grandes muertos!

DISCURSO DEL DR. SIENRA CARRANZA

Nada más difícil, señores, que la expresion de las ideas ó de los sentimientos que agitan el ánimo ante los restos de un grande hombre como D. Domingo Faustino Sarmiento, en unas exequias que asumen las inmensas proporciones de la apoteósis á cuyo suceso, único en los antecedentes del Rio de la Plata, asistimos en este instante.

En presencia del féretro que encierra el más poderoso cerebro y el corazon más fuerte de las modernas generaciones argentinas, y en medio del pueblo innumerable que lo rodea, produciendo con su emocionada multitud el más majestuoso silencio que pudiera atravesar la voz humana, la oratoria se estrella en lo imposible de su objeto, resultando mezquinas las formas del discurso,—como si la augusta solemnidad de este silencio solo permitiera ser llenada con las robustas arengas del genio que ha enmudecido para siempre.

El que refiriéndose á la oracion de Avellaneda sobre la tumba de Velez Sarsfield, decia: «la selva era digna del cónsul», no hallará para su triunfo mortuorio, por grande que sea la elocuencia de sus panegiristas, el lienzo que reproduzca en toda su frondosidad el roble corpulento, ni el brazo que alcance con la corona de laurel hasta la frente de la soberbia estátua de dimensiones andinas.

Ha sido necesario que se congreguen los hombres, los gobiernos, los parlamentos, la universidad, las escuelas, los estados mayores de ejército y escuadra, los clubs, las sociedades, las instituciones de carácter público y privado,—todo lo que piensa, todo lo que trabaja, todo lo que impulsa la vida gigantesca de la República Argentina,—para que no faltase en su glorificacion nada de lo que recibió el influjo de sus ideas, nada de lo que dirigió con su autoridad, de lo que alentó con su consejo, de lo que iluminó con su palabra,—de lo que inició, creó, reformó, ú organizó, con las concepciones de su asombroso talento, con el inextinguible fuego de su entusiasmo, y con el nérvio maravilloso de su fecunda actividad.

Y todavia ¡que digo! no hay recinto en que cupiera la acumulacion de las muchedumbres tocadas por la accion regeneradora del educacionista, del propagador de principios y prácticas benéficas,—del autor de cartillas para los niños, y de libros para los estadistas,—del que bordó de palmeras las avenidas de Palermo, y plantó el mimbre en las márgenes del Paraguay,—del que tiende, en fin, los rieles y los alambres eléctricos para multiplicar ciudades á través de los desiertos, y con el observatorio de Córdoba atrae hácia el sol argentino los más remotos astros del firmamento del sud, al mismo tiempo que coloca ese sol de su bandera sobre naves de acero que publiquen su engrandecimiento en las vastas llanuras del océano!

¿Qué lengua personal condensaria el colosal murmullo de todas las voces arrancadas por su irreparable separacion del escenario que su presencia dominó constantemente? Ni ¿quién, por otra parte, aventuraria el esfuerzo de la exposicion en nombre propio, y de propia autoridad, de sus impresiones individuales, y de todos los hechos sobresalientes de la vida contemplativa, intelectual ó militante, de la labor íntima y del tesoro de las ternuras familiares,—ó de la accion batalladora y civilizadora, literaria, humanitaria, política y gubernamental del grande hombre cuyo rostro parecia enorme porque tenia lo que no se ha visto en otro busto, es decir, las facciones capitales de todos los otros grandes hombres, habiendo en su fisonomia, como en su corazon y su talento, rasgos de Sócrates y de Pericles, de Rousseau y de Voltaire, de Pitt y de Mirabeau, de Franklin y de Lincoln, de Armando Carrel y de Thiers, de Horacio Mann y de Darwin?

No habrá resonado por esto en sus exequias un discurso que corresponda al conjunto de su existencia, que no podria tampoco ser siquiera compendiada dentro de la presion que ejerce la impaciencia de las autoridades, los institutos, los cuerpos colectivos, cuyos oradores se suceden en la palabra trayendo cada uno el tributo del poder ó de la representacion política ó social que les invistieron con su encargo.

No hay, por consiguiente, plaza ni turno para las afecciones individuales en esta ocasion,—y yo rindo tributo al genio doblemente, sofocando en mi corazon los impulsos del cariño y del reconocimiento por una amistad que enaltecia tanto cuanto la lealtad era inseparable del carácter que la concedia,—yo rindo tributo al génio, no atreviéndome á mezclar mi voz en sus fúnebres encomios, sinó en cumplimiento de una fraternal mision, que comprueba que si hay fronteras de nacion á nacion en el estuario del Plata, el vínculo de las ideas mantiene la solidaridad originaria,—no existiendo barrera que impida la comunion del espíritu de los pueblos en las tribulaciones del dolor, como en las luchas por el progreso y en las hermosas espectativas del porvenir.

Es la sociedad Amigos de la educacion popular de Montevideo, que me encarga de representarla en este acto, de hablar en su nombre, y de poner una corona sobre el féretro del ilustre educacionista,—es la prensa de Montevideo, cuyos representantes debemos poner en su nombre sobre el sepulcro la placa de bronce que atestigüe su homenaje al viejo atleta que, segun las palabras que él mismo repetia, señalando el digno término de una vida noblemente desempeñada, ha conservado hasta el último con firme brazo *la rota espada que solo al destino vencedor debe entregarse con varonil entereza*.

Tomando participacion en estas demostraciones, la prensa de Montevideo tributa justicia al que honró la mision del periodismo, haciendo de la imprenta un ariete para la demolicion de los despotismos, y de la hoja volante del diario una antorcha para la difusion de la luz, de la verdad, de la libertad de los pueblos, y del fundamento de los gobiernos,—sosteniendo el decoro de su apostolado, sin un solo desfallecimiento, sin una sola claudicacion, sin una sola mancha, en el más extenso trayecto recorrido por un obrero de la civilizacion de Sud América.

La sociedad Amigos de la educacion popular es el semillero de los hombres activos é inteligentes que veinte años há, arremetieron contra el tremendo fantasma de la ignorancia y la rutina en la República Oriental,—levantando y manteniendo la bandera de las reformas escolares con tal brio que á su impulso, y en momento dado contra su propio intento, se hizo la pasion dominante del espíritu público, invadiendo el ánimo de los mismos tiranos que inclinaron la cabeza al yugo de aquel unánime entusiasmo hasta demandar el desagravio de sus culpas y la sancion de sus usurpaciones al mérito de la instruccion de la niñez organizada bajo sus férreos auspicios.

De ella salia armado con el legítimo prestigio de los ensayos que habian fortalecido su inteligencia y su fé, el hombre jóven que de remotas regiones volvió con el ardiente y contagioso pensamiento de la iniciativa de aquella misma sociedad,—y cuyo sectario fanatismo produjo, en amarga lucha con sus propios correligionarios, el advenimiento de la reforma oficial y la centuplicacion de las almas nutridas con el pan de la enseñanza en la República Oriental.

Pero ¿de dónde habia surgido,—ó con qué misteriosos sacerdotes del Ganges habia comunicado aquel apóstol, á quien los vecinos de su hogar paterno vieran poco antes ausentarse vacio de provisiones el saco de viaje, sin otra cosecha que la de las enfermizas decepciones de Musset y de Espronceda?

¿Qué nuevo espíritu lo habia tocado,—qué Bautista habia derramado el agua del maravilloso Jordan sobre su frente?

Ved aquí, señores, la clave del enigma.

El que al llegar de los Estados Unidos descubrió su ministro de instruccion en Avellaneda, habia en los Estados Unidos revelado su mision á José Pedro Varela.

La palabra avasalladora de Sarmiento arrojó á la accion á José Pedro Varela,—y es esta la filiacion de la sociedad Amigos de la educacion popular, y de las reformas escolares de la República Oriental.

Pero, aunque no se hallase por tan especial antecedente ligada á la influencia del genio de Sarmiento la sociedad Amigos de la educacion, ¿qué mayor vínculo que el de la homogeneidad de los móviles y de los resultados, entre el gran propagandista que inicia las nuevas bases de la instruccion en Chile y Buenos Aires, y la institucion que las plantea y continúa agitando su programa en la otra orilla del Plata? ¿Qué mayor vínculo que el del honor que él hacia á aquella misma sociedad mostrándola á su patria en 1881 como modelo cuya reproduccion corresponderia á sus más fervientes aspiraciones?

No habria sido posible que el sentimiento de la solidaridad y de la comunidad de los anhelos y de los esfuerzos dejase de hablar con las emociones del dolor en el seno de aquella sociedad, antejla infausta noticia de la caida del varon insigne, maestro de los maestros en la América española.

Por eso ha mandado el encargo de pronunciar delante de estos mortales restos su palabra sincera de calurosa simpatía, de profunda admiracion, y de perpétuo recuerdo para el ilustre innovador, con el testimonio de una adhesion ilimitada á los póstumos honores que se tributan á su genio y sus virtudes.

Este testimonio, esta palabra, hubieran debido ser más breves, y lo serían si la voluntad pudiese gobernar al pensamiento. Porque yo no he querido intentar la tarea de una apología, que seria temeraria, tratándose del prócer que por la magnitud de su figura histórica sale de las condiciones de un hombre de talla, siendo tal el espacio que ocupará en los fastos de su época que su altura misma no determinaria lo voluminoso de su personalidad,—y sobre cuya tumba no necesitará la posteridad encontrar al lado de los caracteres que digan: DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO—la inscripcion grabada por lord Nassau Clavering en la lápida de Maquiavelo: *Tanto nomini nullum par elogium*,—ya que la obra del que dió su existencia á la extirpacion de la ignorancia hará imposible que se ignore en tiempo alguno que *para tamaño nombre no hay elogio proporcionado*.

¡Manes de Sarmiento, del propagandista de las ideas elevadas y de la moral en accion, del austero político y del honrado gobernante;—manes del periodista y del educacionista, recibid los votos de los trabajadores de la prensa y de la educacion en la otra orilla del Plata;—manes del conspícuo maestro y del benévolo amigo, permitid que en el último instante os hablen tambien los votos del adicto admirador y del sincero amigo dolorido:—¡Manes de Sarmiento, el probo, el sabio, el grande: descansad en paz!

He dicho.

DISCURSO DEL Sr. GROUSSAC

Por la sociedad Amigos de la educacion de Córdoba.

Señores:

En nombre de la sociedad Amigos de la educacion, de Córdoba, vengo á decir adios al que personificó durante más de medio siglo la propaganda educacionista en Sud América; al apóstol infatigable que, despues de escribir una obra maestra llamada «Civilizacion y Barbarie» en que se planteaba el problema social argentino, emprendió heróicamente su resolucion práctica y con la espada ó la pluma, con el diario ó la escuela, enseñó cómo se amasan y transforman los elementos de la barbarie hasta convertirlos en sustancia de civilizacion.

Otros han dicho y dirán lo que representa esa figura original y grandiosa en el escenario político y literario de su país. Hoy me toca tan solo, como soldado del ejército escolar que le tuvo por jefe, proclamar una vez más la eficacia fecunda y duradera de su accion educacional. Sarmiento propagandista era la fuerza irresistible. Tenia la fé ardiente del apóstol y la férrea voluntad del conquistador: sí, la fé que transporta las montañas y la voluntad que pulveriza los obstáculos. En Chile, en Estados Unidos, en Lima ó Buenos Aires, se escuchó durante cincuenta años la voz persuasiva y autoritaria de ese Pedro el Ermitaño de la educacion, clamando por ciudades y desiertos, levantando á las muchedumbres para la conquista de la Jerusalem ideal, para la gran cruzada de la redencion popular. ¡Y el espectáculo era imponente!

Milicia ha sido su vida, hasta en su mision civilizadora y «evangélica». Gastaba energía de guerrero para su obra de concordia y pacificacion. Inauguraba una escuela como si fuera un baluarte—y lo era realmente en su espíritu. Llamaba á la escuela de artes y oficios de Lima, el «corolario de Ayacucho». Su discurso inaugural de nuestra Escuela modelo parece la proclama de un general antes de la batalla. Mezcla la persuasion con la invectiva, siempre elocuente y conmovedor cuando defiende su causa predilecta; y con motivo de doctrinas ó presupuestos escolares, parece que bajara de un Sinaí, envuelto en tempestades, trayendo las tablas del decálogo educacional.

Esa gloria de haber contribuido más que argentino alguno á la victoria definitiva de la civilizacion, no será por nadie desconocida ni amenguada. Es discutible bajo otros aspectos: bajo el de propagandista se impone á la plena admiracion. Su propaganda tenia el ímpetu prodigioso del torrente—y por causas idénticas: él tambien descendia de la montaña, y debia su fuerza irresistible á su elevacion sobre el nivel circunvecino. Háse dicho de él en son de crítica, que su espíritu era esencialmente dominador: sin duda alguna tenia que serlo, puesto que nos dominaba!

Esos caracteres dictatoriales son necesarios en ciertas horas de la historia: como el destino antiguo, el genio soberano cumple su mision entre los pueblos, conduciendo á los unos y arrastrando á los otros. Nosotros que somos ya la posteridad, seamos respetuosos para ser justos; y recordemos que para ciertos grandes hombres, primeras víctimas de su temperamento colosal, el genio es su conciencia secreta y su primera virtud.

Señores, la obra fecunda de Sarmiento no ha concluido con su vida. Habíase esparcido en estos últimos tiempos la creencia funesta de que la nacion argentina, arrastrada en la carrera de su prosperidad material, venia olvidando ya los altos y puros ideales. Hoy venimos á desmentir magníficamente esa calumnia y demostrar que el materialismo argentino puede ser una fiebre pasajera y superficial, pero que no están contaminadas las fibras íntimas del alma nacional. La gran metrópoli comercial no existe hoy sinó para la apoteósis de un apóstol de la idea: se agrupa toda entera al rededor del féretro de un hombre pobre, de un maestro de escuela, de un escritor! Pues bien, ya que habia de llegar este momento inevitable y fatal, ya que Sarmiento habia tocado al término de su prolongada y gloriosa existencia, bendita sea su primera hora de inmortalidad, puesto que rasga el velo de nuestros sofismas y muestra al sol de la verdad el alma desnuda de un gran pueblo. La apoteósis de Sarmiento nos ha devuelto nuestra verdadera actitud, es la vindicacion de nuestro buen nombre; y así puede decirse que despues de muerto ha ganado su más bella victoria este nuevo Campeador. Sarmiento vivo era grande, pero su mármol estatuario se levantará mucho más arriba de lo que alcanzara en sus años de lucha y triunfo, porque cada habitante de la república entera ha traido una piedra para su glorioso pedestal.

DISCURSO DEL SR. ACUSTIN E. MARTELLETI

Por la Sociedad Tipográfica Bonaerense

Señores:

En estos momentos solemnes de angustia suprema, en que el sentimiento público, se muestra uniforme en la faz dolorosa de miles de argentinos y extranjeros, deplorando la inmensa pérdida que experimenta la nacion, con la sensible muerte del eminente ciudadano general Domingo Faustino Sarmiento, dignísimo miembro honorario de la sociedad que represento; sentimiento, señores, expresado elocuentemente por las primeras ilustraciones del país y de naciones amigas, en sus diversas jerarquías y que forman un escogido é imponente auditorio; no puedo pretender cautivar la atencion con mi deslucida é incoherente palabra, pero si, manifestar con el alma acongojada, la pena que nos embarga al contemplar que yace inanimado el gran batallador de las *ideas!*

Ante el cuerpo inerte de este privilegiado organismo respetado por más de tres cuartos de siglo por el formidable huracan de los años;—ante la pena acerba é inconmensurable que se siente, al contemplar á lo que está reducida la culminante figura del primer gladiador argentino en las luchas del progreso;—de ese titan del pensamiento escrito que ha muerto como vivió, preocupado de hacer libros en pró de la civilizacion;—solo nos es dado dejar correr nuestras lágrimas más puras, y depositar en su sepulcro, esta placa fundida de tipos de imprenta,—de esos tipos que él supo hacer animar, abatiendo la barbarie y el caudillaje con las originales producciones de su portentoso génio inmortal!

Sea esta humildísima ofrenda testimonio genuino de sentimiento, de admiracion y de respeto al ilustre general Sarmiento, que como socio, la Sociedad tipográfica bonaerense dedica.

Y concédale Dios merecido reposo eterno á sus restos venerables, en tanto que sus conciudadanos y la posteridad le consagran gloria imperecible á su digna memoria.—He dicho.

DISCURSO DEL Sr. GIL

Señores:

Yo he pensado mucho en Sarmiento. En mi adolescencia yo veneraba su nombre y contemplaba su fama con esa noble ansiedad de modelos que es propia solo de la juventud primera.

No lo conocia; pero él era mi maestro y mi ideal en el arte de sentir y de expresar la belleza.

Qué hombre tan extraño, me decia, qué modo de sentir tan regular, qué violacion tan frecuente de las formas que estudiamos en las aulas, y sin embargo, qué superioridad en los resultados; ¿quién arranca al idioma sonidos más enérgicos, ni quien conmueve y apasiona más!

Yo no calificaba de sabio á Sarmiento, ni de mayor inteligencia que la de otros hombres, ni siquiera de hombre erudito; yo no podia juzgar sobre estas cosas, pero siempre me ha parecido Sarmiento un hombre que no era como los demás, un hombre extraño y singular que me deleitaba como ninguno con sus ideas originalísimas.

Despues lo he visto desplegar su compleja actividad en la inmensa órbita que ha recorrido su larga vida en provecho de la civilizacion, de la libertad y de la literatura americanas, y he podido admirarlo como inteligencia superior, como instruccion vastísima y como genio supremo.

Pero siempre dominaba mi juicio sobre Sarmiento el carácter con que se formó mi concepcion primera—su calidad de hombre singular, su diferencia de los demás hombres.

Sarmiento no ha tenido solamente una inteligencia superior; su inteligencia, su modo de sentir, su congenio son diferentes, es como debe decirse. Sarmiento no era mesurable con nosotros: estaba colocado en un plano distinto: Sarmiento era solo.

Ahora, despejada su personalidad de las brumas de la vida, esclarecido el criterio de sus jueces entre la diáfana severidad del sepulcro, ¿cuál es el juicio que debe hacerse de este hombre extraordinario?

Para mí, ese juicio está condensado en esta fórmula: Sarmiento es el civilizador de la América latina.

Sarmiento no ha pertenecido á ninguna escuela; Sarmiento no ha pertenecido á ninguna ciencia, y sin embargo y por lo mismo, Sarmiento ha sido el civilizador de América.

Civilizar no es instruir; civilizar es despreocupar, es combatir la supersticion, es destruir los resabios del pasado, es inspirar á la libertad la confianza en sí misma, es purificar el criterio intelectual de los pueblos, es, en una palabra, dignificar la inteligencia humana, y es esto precisamente lo que ha hecho Sarmiento en América.

Llamarle sabio seria empequeñecer

El debió tambien tener el mismo presentimiento. Cuando perdia ya de vista á Buenos Aires, dijo estas palabras: Pueblo feliz actual, asiento del progreso humano, *morituri te salutant.*

Estas palabras del circo romano, síntoma de la degradacion más abyecta de hombre en una civilizacion caduca, son en boca de Sarmiento la prueba de una alta cultura intelectual, indispensable para esa sublime resignacion ante la fatalidad de una ley de la que él se sentia su próxima víctima.

Ya la ley se cumplió. Sarmiento ha caido ya en esa catarata sin ruidos que forma el rio de la vida al precipitarse en la mansion del silencio y de las quietas ondas; y ya podemos contemplar las dimensiones colosales que asume su sombra al través del sepulcro.

Nosotros, los que vamos á morir, los que no entraremos en el templo de la gloria, los que no tenemos por patria un continente, los que no dejaremos más recuerdos que los del estrecho hogar, podemos esclamar con justicia:

Sarmiento: morituri te salutant

DISCURSO DEL Sr. JUAN SILVANO GODOY

Del Centro Paraguayo

Señores:

Un acontecimiento infausto y doloroso, que ha enmudecido el sentimiento argentino, envolviendo en luto la bandera de la patria—nos agrupa con el corazon quebrantado al rededor de este féretro, para dar el solemne y cariñoso adios al que en vida se llamó Domingo Faustino Sarmiento.

Ya no volveremos á escuchar la palabra elocuente del gran ciudadano, ni volveremos á leer los notables artículos ilustrados por el génio potente del atleta del periodismo.

El aliento vigosoro que cual trompa bélica resonaba en los gabinetes de estado, los parlamentos, los ministerios, los congresos internacionales, las academias y centros de educacion—difundiendo la instruccion, los sanos principios y las virtudes republicanas, acaba de extinguirse eternamente.

Ha muerto ausente del hogar, fuera del cariño de la familia argentina. No le ha cabido el consuelo como á Mirabeau de verse estrechado por tantos brazos queridos, de sentir el calor, la palpitacion de tantos corazones amigos, y de percibir el estremecimiento y la conmocion profunda de las muchedumbres apenadas, que llenarian las calles, los patios y los contornos de su casa y cuyas lágrimas y gemidos, alcanzarian hasta el pié de su lecho de muerte en sus postrimeros momentos.

Y sin embargo, señores, nadie con mayores títulos para exclamar con el tribuno francés á los que velaban su última hora: «sostened esta cabeza la más fuerte de mi patria, porque ella cimentó por siempre sobre el suelo argentino la instruccion y la libertad.»

Cincuenta años de servicios eminentes al país, la consagracion absoluta de sus mejores dias, dedicacion eficiente de sus aptitudes y talento privilegiado, unidos á una honradez acrisolada, un carácter viril una voluntad incontrastable y una fé jamás desmentida, le han merecido al general Sarmiento bien de la patria y la gratitud perdurable de sus conciudadanos.

El no ha visto el horizonte enrojecido á la luz de los incendios—las ciudades devastadas y reducidas á pavesa—las mieses de los campos con sus frutos calcinados por el acero y el fuego de la metralla. Sus ejércitos no han paseado por las arenas candentes de los trópicos, ni el paso de sus legiones ha ensordecido la tierra al cruzar las sábanas blanqueadas de huesos humanos—como Bolivar y San Martin.

Su gloria al menos no perteneció á este género. Aquellos habian nacido para nuestras revoluciones coloniales y fueron los fundadores de la independencia americana;—este vino á la vida en la aurora de la emancipacion, y fué el paladin de las revoluciones políticas y uno de los organizadores del sistema intitucional argentino.

Era empero antes que todo, hombre de pensamiento—su poder consistia en la idea y en su pluma. Y si bien concurrió alguna vez á los campos de batalla, fué en épocas de mengua para la dignidad del argentino—á objeto de salvar un principio comprometido—ó cuando ejerciendo la suprema magistratura, se veia obligado á proceder á nombre de la ley fundamental de la república.

Poseia en alto grado el instinto del genio—que ve las cosas á grande distancia, presiente la aproximacion de los acontecimientos históricos, y arranca por un esfuerzo de imaginacion los sucesos futuros á los arcanos del porvenir. Así fué que despues de haber herido de muerte la dictadura de Rosas con su inmortal *Facundo*, preparó con otras publicaciones de no menor influencia, el pronunciamiento del general Urquiza y la caida de la tirania el 3 de Febrero.

Sarmiento ocupa un puesto culminante en el vasto escenario de la era constitucional, desde 1852.

Su obra es de tales proyecciones y su accion tan múltiple y fundamental, que no me propondré pasaros en revista en la reducida proporcion de una breve oracion. Esa tarea ha de ser materia de un libro, y queda confiada al reconocimiento de la posteridad.

Pero si en mi anhelo de presentaros caracterizada en síntesis la imponente mision, cumplida por el hombre extraordinario cuya pérdida lloramos—me fuese permitido valerme de un ejemplo antiguo—yo evocaria un pasaje de la historia prodigiosa de Macedonia.

El hijo de Felipe llevó un dia la civilizacion griega con sus ciencias y sus artes desde los confines de Libia á las orillas del Ganges, y desde los valles del Iasarte hasta el Oceano Indico. Y, despues de haber delineado la dominacion más vasta, que la espada del conquistador haya fundado en la historia de los siglos, muere en la capital del imperio Asirio, reconstruido por él—y sus restos son conducidos durante dos años por entre ceremonias fúnebres y cánticos sagrados al monumento donde debia reposar.

Las conquistas realizadas por Sarmiento mediante la accion de su patriotismo, de sus libros, su propaganda y su palabra son más trascendentales, más fecundas, más útiles, y serán más duraderas por que tienen por objetivo la libertad, la justicia, el progreso, el respeto de la dignidad humana;—y tambien más vastas puesto que reconocen por teatro el mundo civilizado de dos hemisferios.

Como el héroe macedónico ha muerto lejos de la tierra que le vió nacer; y su cuerpo envuelto en tres banderas es trasportado con pompa marcial en buques de guerra de la armada nacional, para que reciba los honores de un triunfador romano, discernidos por el pueblo y gobierno de su patria, y descanse rodeado del respeto y de la gratitud de sus compatriotas.

Cuando en 1845 emprendia desde Chile, un viaje de estudios á Europa y Norte América, conoció en su paso por Montevideo á los representantes de aquel viejo partido unitario, que en las épocas del naufragio general, habia sido el salvador de las instituciones argentinas—cuyo depósito santo defendian con las armas en la mano—dentro de los muros de la nueva Troya.

Allí en medio de esa pléyade brillante distinguió el perspicaz viajero al jóven oficial Bartolomé Mitre, en cuya noble frente velada por las tristezas de la nostalgia, percibió claramente su privilegiado destino. Y ambos en un abrazo fraternal, poseidos de la embriaguez sagrada, juraron por su honor en presencia del Dios único, dedicar sus dias y sus oidos á la libertad y organizacion de la patria.

Hoy el general Sarmiento ha partido primero, despues de haber cumplido su juramento con medio siglo de servicios esclarecidos, excediéndose tal vez de lo que la madre cariñosa, única deidad de sus amores, debió legítimamente pedirle.

La historia nos dirá que como estadista fué más práctico que Rivadavia, como periodista más ilustrado que Moreno. Que como escritor tenia la originalidad novedosa de Disraeli y tambien su asombrosa fecundidad.

En su conjunto de hombre público reunió la intensa visual de Gladstone el carácter sencillo, emprendedor y comunicativo de Franklin, la laboriosidad administrativa, el espíritu de órden y la seguridad de planes de D. Manuel Montt. Pero, con quien principalmente tuvo analogias singulares, ha sido con D. Diego Portales, á quien conoció y trató en Chile.

Poseia su energia despiadada é inflexible, su rápido y certero golpe de vista, su instantaneidad pasmosa para concebir y ejecutar, su patriotismo levantado y fascinador, su altivez autoritaria y dictatorial, sus calidades y talento para iniciar, crear y dirigir.

Como Portales gobernó con mano fuerte á la luz del dia, desde la plaza pública, sin guardar misterio de sus actos—asumiendo resueltamente con lealtad, su responsabilidad ante la nacion que lo observaba, diciendo: SOY YO, ES MI ÓRDEN, YO MANDÉ.

Como aquel, enemigo implacable de la anarquia y las banderias, sin perdonar medios, persiguió, estrechó y abatió definitivamente el caudillaje en el territorio de la república.

El nombre de Domingo Faustino Sarmiento queda escrito donde quiera se dirija la vista. Las instituciones y la riqueza públicas, la acumulacion de inmensos recursos y empresas colosales, la cultura y el progreso actual, los grandes centros y establecimientos que atestiguan la civilizacion y el adelanto argentinos, llevan el grano de arena, si no la iniciativa del gran estadista.

Señores: al retirarnos de este recinto llevemos en el corazon angustiado, el consuelo al ménos, de que no será la última vez que nos congreguemos á rendir homenaje al ilustre patricio.

Pronto sonará otra hora, menos triste, no ya de luto y de dolor, sinó de cánticos triunfales, que nos reuna al pié del bronce esculpido al llamado de la justicia póstuma para librar su memoria á los resplandores eternos de la inmortalidad.

DISCURSO DEL Sr. MARTIN POSSE

Señores: En nombre del personal docente de la escuela normal de San Nicolás, séame permitido dirigirme á ese féretro que contiene los restos mortales de aquel ilustre varon que en vida se llamaba Domingo Faustino Sarmiento.

General Sarmiento.— Están aquí los representantes de una de vuestras escuelas, que vienen á daros el último adios, y para asociarse al sentimiento nacional.

Están aquí los que siguiendo vuestros consejos, continúan vuestra obra, la obra de regenerar la especie humana por medio de la educacion comun.

Están aquí en su carácter de directores de maestras norte americanas, de aquellas que tanto recomendabais, y que vienen á tributaros un homenaje de gratitud, con la misma uncion con que invocan los manes de Horacio Mann, vuestro amigo en la vida, vuestro amigo en la inmortalidad.

Tambien está aquí la juventud nicoleña, para deponer en las aras de vuestro ataud una ofrenda de su corazon, porque os considera el padre intelectual de las generaciones argentinas.

Dentro de poco estareis en la capital federal, donde veintiseis mil de aquellos niños que tanto cuidabais por que no cayera de sus manos el libro de la ciencia y del deber, vendrán á cubrir de flores vuestro sepulcro.

Compañeros: Como postrer despedida, coloquemos flores sobre esta tumba idolatrada, porque ella simboliza las glorias más puras de la patria.

DISCURSO DEL SR. ARTURO GARCIA APARICIO

Señores:

Séame permitido depositar en la tumba de Sarmiento esta humilde ofrenda, cuyo único significado es la admiracion y respeto de que el centro Estímulo literario se halla animado hácia el eminente ciudadano cuya muerte lamenta la república.

En estos momentos solemnes, las palabras no son hijas de la inteligencia; brotan espontáneas del corazon conmovido.

Esto se explica, señores, cuando vemos desaparecer del escenario de la vida esos hombres extraordinarios que se llaman genios y cuyas huellas luminosas son un reguero de luz perenne en el horizonte de la patria.

No cupo á nuestros dias la honra de regar con una lágrima la tumba de Moreno y Rivadavia; pero desde hoy en adelante podemos contar á la generacion venidera que el pueblo argentino, congregado en este recinto, se detiene consternado por el sentimiento ante el sepulcro abierto para guardar los restos del amigo de la juventud, del campeon de las libertades, del noble apóstol de la educacion de tres naciones americanas.

Y ¿cómo no hemos de tributar este homenaje póstumo á la memoria de una larga vida consagrada al servicio de su país y extinguida en medio de la pobreza, pero sin la más leve sombra que haga dudar de su patriotismo y de su honradez ni venga á eclipsar el brillo de sus rutilantes fulgores?

Muy pocas biografias harán destacar una figura como la de Sarmiento, y felices de nosotros cuando en el término final de la vida de un compatriota vengan oradores distinguidos como los que acaban de conmovernos, á hacer una apología tan grande como justa.

Inclinémonos ante los restos inanimados del que ha recorrido el camino de la existencia siempre con la frente altiva, la idea del bien y del progreso en la mente y el amor á la patria en el corazon.

Templemos nuestro espíritu en la energia viril que se refleja en las brillantes páginas que historian tantos años de luchas y de fatigas.

La juventud que constituye el centro que presido viene, señores, á rendir un homenaje, no solamente al gran ciudadano, sinó tambien al autor del «Facundo», ese gran monumento de las letras argentinas.

La individualidad de Sarmiento ligada á las evoluciones de la vida de una sociedad que pugna por organizarse, lo está igualmente al desarrollo de la literatura nacional.

Sus escritos reflejan el vuelo incansable de su robusta inteligencia; su elocuente palabra la magnitud de su génio, la agudeza de su espíritu.

Sus «Recuerdos de Provincia», con sus bellezas literarias, nos revelan en tintes suaves y delicados la ternura del que, tal vez sin saberlo, ha sido entre nosotros el primer artista. Quizá sus sentimientos se hubieran desbordado en cadenciosos cantos y armoniosas estrofas, si la época de su juventud, cuando debió sentir los sublimes arrobamientos del corazon, las fantasias de su imaginacion creadora, no hubiera sido tambien la época triste del caudillaje que le hizo esgrimir la pluma para combatir la tirania.

Ojalá que la semilla arrojada por Sarmiento en el campo de las letras no sea como la depositada en roca estéril, sinó como la que produce siempre fruto sazonado en robustas y doradas espigas.

¡Noble anciano! Heróico roble que desafiaste los huracanes más violentos de nuestra vida nacional, defendiendo con tus ramas á las víctimas del torbellino, has caido, tronchado por el viento inclemente de la vejez, pero tu figura se destacará gallarda al través de los siglos y vivirá inmortal como las páginas de tu «Facundo».

DISCURSO DEL Sr. RONCO

Por la Sociedad Cosmopolita de proteccion mutua

En representacion de la Sociedad Cosmopolita de proteccion mútua y en nombre de su instituto mercantil, hemos concurrido á rendir homenaje á la memoria del incansable educacionista popular, general Domingo F. Sarmiento, y postrados antes sus despojos colocamos en su morada eterna, un humilde bronce, que recuerde tambien eternamente la admiracion de nuestros alumnos hácia el apóstol abnegado de la instruccion.

¿Qué triste acontecimiento, que duelo nacional reune el pueblo argentino y extranjero en esta mansion del descanso sin fin?

No solamente el sentimiento patriótico de sus conciudadanos se asocia al duelo producido por la muerte del gran educacionista americano, del pensador y eminente estadista, del magistrado y honrado ciudadano, del patriota y progresista hombre de estado que contribuyó con su talento á consolidar la nacionalidad argentina; confunden tambien sus demostraciones de dolor y de angustias, los hijos de todos los pueblos cultos que habitan el suelo de esta querida patria, y que sienten por ella simpatia, y amor, anhelan su grandeza y prosperidad, como anhelaba el ilustre muerto que acaba de bajar al sepulcro, en medio de la devocion y el cariño de los pueblos americanos.

Ante el altar inmaculado el mausoléo silencioso que guardará por siempre los restos de un genio argentino, callan todas las pasiones, los críticos enmudecen, dando tregua á la sociedad conmovida y triste, por tan lamentable suceso.

Solo laten corazones, sorprendidos por una sola causa, por los mismos pesares, heridos por la flecha del destino, lanzada por la mano de una ley eterna, que en vertiginosa carrera atraviesa las edades arrastrando en pos de sí las generaciones que se suceden, y transformando las sociedades y los hombres.

El mundo tambien experimenta dolor, cuando un hombre superior, merecedor de la estima pública, desaparece, cuando un elemento poderoso de progreso cede á otros el puesto de combate y cae vencido por el trabajo diario, al pié del deber.

Las ciencias, las letras, se resienten se conmueven, cuando la pluma del publicista eminente, no traza ya sus inspiraciones sublimes, llenas de fé inquebrantable, cuando las creaciones de un génio admirable y altivo han depuesto los elementos de esa lucha fecunda que abre surcos luminosos al través de todos los conocimientos humanos y propaga las doctrinas de la democracia, haciendo temblar con su vigorosa palabra, á los verdugos de las libertades públicas.

En medio de esa lucha ardiente y vigorosa alimentada por la pasion de lo grande y noble que engendra los ideales del porvenir de la pátria, Sarmiento no abandonó un instante la propaganda de la educacion, porque veia en ella la solucion del gran problema social, la emancipacion del ciudadano para ejercer libremente sus derechos y cumplir estrictamente sus deberes: porque veia en ella la organizacion político-social de la república, el afianzamiento de su vida nacional y veia en fin las bases inconmovibles de su grandeza y de su porvenir.

Sarmiento ha podido gozar de sus triunfos, sus aspiraciones fueron traducidas en hechos, que constituyen la admiracion universal; ha colaborado de una manera eficaz con su iniciativa y su talento en la gran obra del progreso nacional de esta gran nacion americana, muriendo en medio de sus conquistas cubierto de gloria inmortal, como mueren los verdaderos patriotas que han consagrado su existencia y los dones preclaros de su inteligencia, al servicio de la causa comun, del progreso humano.

Sarmiento recibe hoy el premio que las naciones cultas y bien constituidas reservan para sus hijos predilectos, que supieron sacrificar la ambicion de la fortuna, por satisfacer la nobleza de su alma; que sacrificaron su bienestar, entregando la sabia de sus inspiraciones al servicio de la humanidad.

Sarmiento fué un ejemplo vivo de esos grandes titanes de la antigüedad que emprendian la guerra luchando heróicamente por la causa que armaba su brazo férreo, hasta caer vencidos ó salir triunfantes en la batalla.

Sarmiento se recordará siempre con respeto y veneracion, admirando en el porvenir la grandeza de su genio, la tenacidad de sus tendencias, y la abnegacion de sus proyectos! Cuando la nacion argentina y todos sus hijos hayan perfeccionado sus conocimientos en la escuela, enriquecido su memoria con los acontecimientos históricos de su patria, y recogido en las universidades los resultados de una vida consagrada á la educacion de los pueblos, alimentando su existencia, con las doctrinas esparcidas en las más apartadas aldeas de la república, por el pensador argentino; podrán medir entónces la magnitud de esa figura culminante que se levanta desde los Andes hasta las riberas del Plata, y domina con su propaganda, con su génio, con sus nuevas doctrinas, las viejas tradiciones, iluminando la senda de una nueva era de civilizacion y abriendo nuevos horizontes de progreso á la actividad humana.

Esa figura es Sarmiento, con la originalidad de su carácter, con la sinceridad de sus propósitos, con la expresion del patriotismo en los labios, con la severidad de sus actos, como gobernante, como militar, como ciudadano argentino, con el arsenal de sus libros de enseñanza, con sus obras escritas con mano maestra, con sus virtudes, con su amor á las ciencias, enseñando al mundo el camino de la inmortalidad.

DISCURSO DE LA Sta. EUFRASIA CABRAL

Señores:

En este inmenso dolor de un pueblo entero al ver apagarse la vida del primero de sus próceres, permitidme que mi corazon exprese su lamento en nombre de la mujer argentina.

El coloso ha caido; una humilde mujer quiere dejar oir su eco en el sagrado recinto de las tumbas como homenage de eterna gratitud al que la levantó entre nosotros hasta el hombre

El comprendió, señores, el papel elevado que debia tener la mujer en la humanidad, y entregado á las corrientes de la vida humana, donde quiera señaló su paso con un asilo donde ella fuese á desarrollar su inteligencia, á templar su espíritu para seguir en el áspero camino de la vida.

La escuela normal fué el templo de base de granito donde él levantó la encendida antorcha de su resurreccion intelectual.

Aquel silencio que la habia rodeado siempre dejó de ser, y desde la escuela normal ella siguió su marcha hasta las cátedras de la ciencia y de la sabiduria—y dentro de su corazon y encima de su cabeza resonaba la voz eterna del apóstol de su redencion que le repetia: ¡adelante!

La aurora de un nuevo dia asomó en el espacio de la patria mia, y de la América latina, porque Sarmiento, el maestro de la ciencia nueva, en noble y ardiente lucha la levantaba ante la humanidad entera, culta, ilustrada y consciente de su personalidad.

La civilizacion perdia su mancha oscura, la ignorancia de la mujer, porque el sabio educacionista conquistaba para ella la nobleza del saber y descubriendo los tesoros de su pensamiento, la halló su igual á su lado.

Espíritu creador y poderoso, apasiona la grandeza de sus hechos, subyugan y encadenan los corazones los prodigios de su genio. Recorre el mundo nuevo dispersando ideas inmortales, vincula su existencia al porvenir de cuatro repúblicas, reina sobre todos y organiza la forma superior de los estados con esta fórmula nueva: La constitucion arriba como un tablero, la escuela abajo para deletrearla;—rompe la forma antigua, y presintiendo el futuro clama y se agita ante la aparicion de un mundo nuevo surgiendo del caos de la ignorancia de las multitudes.

Al rumor de su nombre y de su gloria se congregan los libres de la tierra, desde el más eminente al más humilde, á rendir el tributo de gratitud al que pasó sesenta años sin reposo, buscando con afan el triunfo de la verdad y de la luz.

Y la luz de su antorcha bendecida brillará eternamente fecundando la gloria de la patria, disputando las tinieblas que la envuelvan, excitando al sentimiento de union indisoluble entre la gran familia americana.

El patricio inmortal amó á la humanidad, señores, hasta morir. Sobre su frente altiva llevaba el sello de los elegidos. El interés que excitó su vida entera, por el que traspone las montañas, atraviesa los desiertos, surca los mares desde desde el Plata al Mapocho, desde el Mapocho al Potomac, fué la educacion de los pueblos. Sobraronle infortunios, privilegio de los grandes caracteres, y en su aurora y en su ocaso, no domado como Prometeo, hace triunfar su idea—emancipar la humanidad de las garras de la ignorancia.

¿Habrá mayor grandeza que los trofeos de su gloria?: en vez de las águilas de oro de los conquistadores, el noble pensador trae el sublime cortejo de la infancia y la debilidad,—la mujer y el niño.

En torno del maestro de naciones, toda la grandeza intelectual de la patria viene á buscar aun á raudales la fuente de su luz.

Un jóven, un discípulo suyo pronuncia la oracion fúnebre de la patria y de la América, traza el carácter inmortal de sus hechos que fueron la piedra angular del edificio de nuestra sociabilidad. El ha narrado los inmensos bienes que derramó el ilustre prócer sobre el mundo; de su talento como estadista, escritor, literato, soldado y legislador; nos ha contado de su oratoria maravillosa que todo lo avasalla, que todo lo arrastra como el torrentes nos ha dicho que todo fué para él fuente de estudio que lo traia á la conciencia pública con el incesante afan del maestro que educa á los pueblos cuya masa informe ve agitarse el gigante del porvenir.

Yo, señores, solo me abismo ante la luz de su espíritu resuelto cuando abre de par en par las puertas del saber para que la mujer argentina, que en Norte-América siente que se llama ásí misma el hombre femenino y que la aclama ante la faz de los cielos y la tierra, el *hombre futuro*, y le tiende la mano y la ayuda que atraviese sus dinteles y rasgue el velo de Isis que ocultaba su porvenir.

Su causa fué siempre la causa de la razon—por eso será eterna—y ese titan caido, honor y gloria de la patria, de la América y de la humanidad que atravesó todas las asperezas de la vida en lucha eterna con los aventureros y los tirano fué el soldado de la idea en cuya mano poderosa tremolaba la enseña de la libertad cimentada en la educacion de las masas y la ilustracion de la mujer.

La posteridad abrirá sus libros para aprender en ellos las austeras costumbres republicanas; las generaciones futuras acudirán al santuario de su sepulcro á vigorizar sus concepciones con el inefable deleite del que escucha en el silencio el rumor de su acento.

Ante el coro universal que alzará á su memoria América, se sentirá tambien la voz de la mujer que regará con lágrimas y bendiciones la tumba del apóstol que rompió la cadena secular de su ignorancia.

El, siempre como ahora, se presentará ante ella con su risueño y plácido semblante, sin su armadura de hierro, firmando el evangelio de la mujer en el más alto pedestal de la tierra—la conciencia universal.

Mientras el corazon de la mujer argentina conserve su latido, prosternada en el polvo la cabeza vendrá á arrojar flores y lágrimas en la tumba del grande, porque á él le debe su resurreccion, á él que anticipándose á los siglos le inspiró la grandeza social de su destino.

Señores: Arrojemos sobre su sepulcro bendecido flores, lágrimas y bendiciones: lloremos la inmensa desventura de la patria al perder su hijo más esclarecido que le dió su vida entera; sus pensamientos inmortales respirarán siempre; fortalezcámonos en su ejemplo; la tumba encierra su talla humana, la inmortalidad su espíritu grandioso. He dicho.

DISCURSO DEL Dr. SECUNDINO J. NAVARRO

Señores:

Cumpliendo un deber sagrado, aproximome tambien á esta tumba rodeada del respeto y del duelo universal, dominado por el legítimo sentimiento que inspira la grandeza del hombre, la severa solemnidad de la muerte y la presencia de esta inmensa muchedumbre que pide á la palabra humana condense en fórmulas precisas el mundo de ideas y de sentimientos que hoy agitan y atormentan la mente y el corazon de todos los argentinos.

Un grupo de compatriotas aquí residentes y un centro de jóvenes constituido en San Juan me han honrado, designándome para hablar en nombre de la patria bien amada del general Sarmiento, de la provincia de San Juan, que al verse privada del mejor y más ilustre de sus hijos, recibe sobre su frente modesta los resplandores de la gloria que proyecta aquel nombre, aclamado grande por el voto unánime de las naciones que nos rodean y por la voz de millones de hombres, fraternizando en el comun dolor.

La provincia de San Juan que tan preclaros varones ha producido desde los albores de la independencia y que son honra y prez de todos los argentinos, debe al general Sarmiento un tributo extraordinario y especial de gratitud, no solo por haberla inmortalizado en el libro, en el panfleto, en la hoja volante, sinó tambien por el cúmulo de beneficios que le prodigó en todo tiempo, por haberla lanzado en las sendas de la instruccion y del progreso, y más que todo, por aquel amor entrañable que le profesó hasta la exageracion del fanatismo; que no se desmintió ni se extinguió, ni se debilitó siquiera, ni en la proscripcion, ni en ausencias prolongadas y lejanas, ni en las alturas del poder...¿por qué no decirlo? ni ante la ingratitud de sus compatriotas que alguna vez le volvieron la espalda, desconociéndolo, como aquel discípulo á Jesús, haciéndole apurar el amargo cáliz de la injusticia de los hombres que envenena la vida del patriota, que arranca á Scipion aquellas crueles palabras de la historia y que arroja á San Martin, á Rivadavia, á Alvear y á tantos próceres por los caminos tristes y solitarios del ostracismo.

En presencia de la muerte, señores, las reticencias son una profanacion y á veces un crímen, y debe hablarse el lenguaje austero de la verdad, sobre todo alrededor de esta tumba, porque el hombre venerable á quien lloramos hizo de ella el evangelio y el culto de su vida y la arrojó imperturbable al rostro de los tiranos, de los poderosos, de las colectividades, de pueblos enteros cuando delinquian ó se extraviaban, sin cuidarse de las consecuencias, despreciando la muerte y los peligros.

Ha llegado, pues, el momento de decir toda la verdad, honrando la memoria de este hombre recto, porque ha sonado tambien la hora de la reparacion, y es entónces tanto más justificada la mision que ejerzo por cuanto refleja la imágen del hijo abriéndose paso por entre la muchedumbre para abrazar por última vez el cadáver del padre y dar testimonio público de su dolor, de su gratitud y de aquel amor de la naturaleza que, al confesar el extravio de un momento, estalla en lágrimas de ternura y de reconocimiento.

Acaso, señores, aquellas desinteligencias y aquello que aparece como una cruel injusticia no fué sinó el efecto natural de un choque de caracteres igualmente altivos é indomables, porque ninguno como el general Sarmiento reflejó en más alto grado hasta las condiciones físicas de su país de orígen.

Majestuoso y soberbio como las altas cordilleras de su patria; impetuoso y desbordante como los torrentes que se despeñan de sus cumbres; inconmovible, resistente, áspero como las rompientes que bordan sus márgenes; ardiente, desordenado, como los huracanes que salen bramando por las estrechas quebradas, levantando tempestades que oscurecen la atmósfera; fecundo, exuberante, inagotable, como aquel suelo de sus amores; parece como que la montaña, el torrente, la roca, el huracan, la tierra misma se hubiesen aunado para producir aquel génio extraordinario.

A veces cruza por la mente la idea de que tan privilegiada organizacion hubiérase formado en el centro de los volcanes que se agitan en las entrañas de los Andes, para hacer surgir aquella luz resplandeciente é inextinguible que solo conducen los inmortales y que ascienden con Bolivar á las cumbres del Chimborazo, con San Martin á las del Aconcagua, para de allí marcar los rumbos, señalar los derroteros á los pueblos nacientes y empujarlos por sendas nuevas, abiertas al porvenir de un mundo.

Sarmiento por su accion y por su pensamiento ha dejado de ser el hijo de una ciudad mediterránea y aun el argentino, para transfigurarse, asumiendo proporciones colosales, en la personificacion del pueblo sudamericano que se debate contra sus tiranos y por emanciparse del caudillaje, que lucha con su propia ignorancia y con la miseria, rezagos de la colonia, y que en medio de reveses y victorias, de apostasias y de actos de heroismo, de luz y de tinieblas, con un mundo embrionario de ideas en el cerebro y un mundo de aspiraciones infinitas en el alma, vislúmbrase algo de absolutamente grande que hace presumir la perfeccion de la especie humana en el futuro, surgiendo de este nuevo mundo.

Abarcando el problema social y político de estos nuevos pueblos, salidos de improviso de la colonia á la vida independiente con la clarovidencia del profeta antiguo, Sarmiento se sintió llamado á ejercer una mision providencial y supo cumplirla, merced á su inteligencia privilegiada, puesta al servicio de un gran corazon, convirtiéndose en apóstol de la instruccion pública y en el porta-estandarte de aquella bandera de los principios fundamentales del gobierno libre que hizo flamear por fin en lo alto de la morada misma del tirano y que condujo despues á la victoria contra el espíritu revolucionario que venia de muy léjos minando la existencia de la república.

Sarmiento señaló, pues, la escuela como el santuario adonde debian acudir las nuevas generaciones para regenerarse del pecado original de la ignorancia que traian de sus progenitores, para formar ciudadanos aptos para la vida pública, y en cincuenta años de incesante propaganda, llenó la América con sus escritos, popularizó el libro y consiguió imponerse al pueblo con todos los atributos de su personalidad.

Por eso todos los argentinos de estos últimos tiempos hemos empezado á conocer el nombre y los altos hechos de Sarmiento al despertar á la vida, casi al lado mismo de la cuna, oyéndolo de los labios de nuestras madres enternecidas, que nos señalaban á Sarmiento como una especie de genio del bien, profector de la infancia, como el tipo del patriota austero, como un envidiable ejemplo de la mision de un hombre llenada con exceso en la tierra.

Por eso tambien hemos visto más de una vez á rústicos labriegos conmoverse hasta las lágrimas al conducir sus hijos á la escuela, recordando el nombre de Sarmiento, porque la palabra y el alma del apóstol han penetrado hasta el rancho apartado del gaucho y sacudido su alma ruda para mostrar ese un abismo en su ignorancia, horizontes de felicidad y bienestar en la educacion de sus hijos.

Lanzado en las corrientes de la vida pública desde la prensa, desde la tribuna de las arengas, desde el sillon del gobernante, habló á los pueblos con toda la autoridad de un reformador consciente, con todas las audacias ylas intemperancias de un iluminador, y quien recoriera diez años atrás solamente sus artículos de combate en que azotaba sin misericordia á hombres, á partidos, á gobiernos, á pueblos en masa, mostrándoles sus pasiones, sus deformidades, su carencia de principios, y el coro de invectivas y de murmuraciones que levantaba su valiente actitud y su propaganda, no se imaginaria tal vez que ese mismo hombre se veria hoy rodeado de la popularidad, del respeto y del dolor más sincero, más íntimo, más universal que haya producido jamás en la América del Sud la desaparicion de un hombre público.

La explicacion del aparente contraste está en todos los labios, está en todas las almas. El pueblo descubrió siempre en todos los actos de Sarmiento la honradez del propósito, la enseñanza saludable, las ideas luminosas y lo que todo lo vivifica y lo ennoblece: los sentimientos del alma sincera y ardiente del patriota que busca el bien comun, arrostrando por la patria, por la masa, por la humanidad, la impopularidad, el odio y hasta el desprecio de sus contemporáneos.

Señores:

Tarea superior al esfuerzo humano seria la de pretender bosquejar en un estrecho cuadro la vida múltiple y variada del general Sarmiento. Esa vida, en su asombrosa multiplicidad es la historia viviente de la República Argentina, desde medio siglo, confundida á intervalos con la de otros pueblos, debiendo sin duda extenderse su influencia á través del tiempo, sin límite reconocido ó asignable, porque tal es el raro privilegio del genio.

Puede afirmarse, acaso sin exageracion, que en la vida de Sarmiento se encuentra el poema, no escrito aun, de este nuevo mundo y que abarca por uno de sus extremos la época colonial y los preludios de la independencia, y por el otro todas las innovaciones y los progresos que vienen alterando la fisonomia de nuestra raza. En «Recuerdos de Provincia» y en el «Facundo» están esparcidos los temas de sus más sublimes cantos.

Bajo otros aspectos la vida de Sarmiento es una enseñanza, siempre renovada, de los austeros deberes que el patriotismo impone á todo corazon republicano y parece que el pueblo argentino se apresurara en estos momentos á recogerla al rendir esta apoteósis extraordinaria al gran ciudadano.

Señores: Que esa influencia benéfica ejercida en existencia y tan larga, tan bien llenada, se prolongue en la sucesion de los tiempos y que la sombra augusta del grande hombre presida desde la eternidad, como un génio protector, los destinos de la república, en toda la extension de la América, y al desenvolvimiento de estos pueblos hispano-americanos, en paz y en libertad, en marcha hácia la prosperidad y la grandeza, porque tal fué la suprema ambicion de su vida.

Entreguemos ahora á la tierra sus cenizas, su nombre á la gloria, su ejemplo á los presentes y venideros y que el monumento que consagre su inmortalidad sea esta tierra americana con sus altas montañas, sus grandes rios, sus planicies dilatadas, eternamente batida en sus flancos por las olas soberbias del Pacífico y del Atlántico, y el santuario de este nuevo culto el corazon de los buenos adonde quiera que sean conocidos su nombre y sus virtudes!

DISCURSO DEL Sr. MANUEL CABRAL

Por el consejo de educacion de Corrientes

Señores: Alcemos la frente para recibir los resplandores de esta gloria. Sol alejado para más no volver, envuelto en sus propias irradiaciones, se distancia de nosotros para mostrarse á las generaciones venideras como estrella de luz serena, inspirando ya únicamente sosegado cariño, librando al hombre de las ofuscaciones que trae la luz del medio dia, y despertando el amoroso recogimiento de las noches estrelladas, impregnado el espíritu del sabor del infinito. Así como estrella fulgurante es la inmortalidad.

Cuando fué su aurora, á todo un mundo llenaba el estridor de las batallas. Entónces no se bebia el miedo, porque las madres amamantaban en medio de espasmos que les producia el contagio de la libertad. Sobre la infancia de aquellos hombres se columpiaban las canciones de la patria, jurándose vivir coronados de gloria eterna ó morir con eterna gloria.

Su ocaso transitorio ya se ve: los pueblos de la tierra asociándose al duelo nacional; el Paraguay que le asiste, le acompaña en su última despedida; el litoral argentino parece agotar las flores de sus selvas sin medida, para cubrirle de guirnaldas á su paso; Corrientes que le contempla, le alza, le acaricia, y siente, como aquel romano, no tener una sola cabeza y dos brazos solos, para estrecharle en inmortal abrazo; Entre Rios, Santa Fé, Buenos Aires, el extranjero, vienen aquí para rendirle homenaje, para aprender de su vida, para vivir por su patria.

Y tambien le despiden esos seres cuyas voces suenan para los que sienten como las notas de los instrumentos eólicos; esos seres que gimen y que lloran cuando los pulsan otras manos, como las cuerdas del arpa, que gimen y que lloran porque saben, porque sienten que mucho los ha amado el que no vive. ¿Quereis mejor mármol para el prócer, que el cuadro perpétuo del muchacho deletreando en su cartilla?

Hombre era el que ha muerto, de aquello que por su probidad, por las múltiples manifestaciones de su inteligencia y por el sencillo afecto que manaba de su alma, llaman á sí á todos los párvulos. Hombre era el que ha muerto, de los que dejan su nombre como los dioses lares del antiguo, protectores del hogar y de la raza.

La civilizacion difundida ha suprimido el mito; el medio ambiente en que se desarrolla nuestra organizacion nacional, el reinado de la historia crítica y el imperio de los estudios sociológicos, troncharon los versos alados con que tejen los pueblos sus leyendas; pero propiciaron el advenimiento del Homero de nuestra reconstruccion nacional. Porque Iliada y Odisea son las obras de Sarmiento para el argentino. En ellas están retratados el suelo, la sociedad y los héroes; allí están los sufrimientos y las esperanzas nacionales; allí nuestros dioses y creencias. Aquello es poema; poema de la mitad del siglo XIX, nacido de un pueblo de gestacion extraña; niño y hombre, héroe y poeta, salvaje y culto; poema hecho para el pueblo que necesitaba oir cuentos como el niño, reflexionar como el hombre, nutrirse de hazañas como el héroe, cantar con el poeta, gritar como el salvaje y argumentar con los letrados.

Poeta era el hombre, ves con arranques de la poesia sublime que se revela el génio.

Trepaba los Andes, porque estaba insegura su vida. En el hueco de las peñas zumbaban los ecos triunfales de la edad pasada; habia fragor de ejércitos en las cumbres desoladas; rodaba viento de epopeya por aquella inmensidad.

Allí brilló la espada que separara los gobiernos de medio mundo del dorainio de los reyes, y escuchándose y sondeando que era un esclavo de sus preocupaciones el americano, con fé en la redencion humana, mirando hácia la patria con la agitacion del presente y las adivinaciones del porvenir, escribió en el desfiladero mudo: *No se matan las ideas!* tomando á Dios por testigo, la memoria de los héroes y las altas cordilleras.

Aquella generacion intrépida, como la que ya declinaba despues de su trayectoria luminosa, tuvieron virilidad suficiente, la segunda, para formar naciones

ros ríos que fueron y reposan todavia al otro lado de la mar. Llegó para partir con el espíritu que tambien endiosó la idea americana.

Cumplimos la mision que nos trajo de Corrientes. El consejo de educacion que me ha enviado seguirá las huellas del maestro insuperable y los estudiantes del colegio nacional, vestidos con los colores del estandarte de la patria, han jurado ante su tumba sagrada, han jurado consagrarse, como se consagró él á defender eternamente el honor de la bandera.

He dicho.

DISCURSO DEL SR. VICENTE R. D'OLIVEIRA

De la comision paraguya

Si bien es cierto, señores, que muchas veces se derraman elogios inmerecidos sobre la tumba de los muertos, pues parece que la muerte de suyo reclamara siempre nuestra indulgencia, nestro olvido y aun nuestro perdon, cierto es tambien que hoy no se necesita recurrir á ese triste privilegio, para hacer las más cumplidas apoteosis del abuegado maestro, del eminente publicista, del progresista hombre público, del ilustre general Domingo Faustino Sarmiento.

En toda la complexion de este adalid esforzado de la civilizacion mericana, adivinábase desde luego la mezcla felicísima de las más altas ideas con la firmeza de las más profundas convicciones de la inteligencia con la fuerza, del pensamiento regenerador con las resoluciones enérgicas.

¡Admirable prodigio de la naturaleza! Equilibrar en una sola persona la idea con el hecho, la actividad de la inteligencia con la actividad de la vida, es un don extraordinario que el Supremo hacedor prestó á Sarmiento, cuyo talento sabia volar con abiertas alas por el cielo y andar con paso resuelto y seguro por la tierra.

Por eso parecia siempre un gefe que ordenaba, y no un argumentador que discutia.

Nacido para el último combate y para el definitivo triunfo, á él se deben esas grandes reformas que no ha podido mános de respetar el tiempo; reformas que, semejantes á las gigantescas montañas que sobre el mar avanzan, han sentido el golpe de las olas sin quebrantarse, y solo han dejado oir, como el lamento indefinible de las playas, los écos bastardos de ingratas murmuraciones.

¡Y sin embargo, tanta vida, tanta actividad, tanta energia, han sido en un momento destruidas por la muerte, que sobre ellas reposa haciendo alarde de su triunfo! Un instante ha bastado para privarnos del maestro, para robarnos el amigo, para poner entre, y nosotros un mundo entero, y el mar sin límites de la eternidad.

Mas ya que es forzoso resignarnos ante esta ironía del destino, resignémonos. El triunfo de aquella deidad maléfica y fatal no existe, cuando se lega un nombre á la fama, cuando este nombre será proclamado por la historia, cuando queda grabado con carácteres imperecederos en el progreso de un pueblo, cuando á traves de las edades hará palpitar de gratitud y de ternura á las nuevas generaciones, y cuando puede servir eternamente de tema á lecciones sublimes de ábnegacion y de ciuismo; sublimes lecciones, si, porque no es frecuente, cual hoy sucede, trasladar á su ultima morada á un hombre, que despues de haber tenido en sus manos el poder y la fortuna, ha venido á morir pobre por haber vivido probo.

¡General Sarmiento! La imperceptible línea que á la vida separa de la muerte tú la pasaste en brazos de la inmortalidad y coronado por la gloria. Hé ahí por qué todos nos unimos y hermanamos para rendir justo tributo á tus méritos, méritos con que se distinguen los benefactores de la humanidad, méritos que no tienen país determinado y que imponen el yugo de su autoridad, de su ascendiente y de su prestigio á todos los corazones nobles y generosos.

Duerme en paz, seguro de que el pueblo paraguayo, que ha recogido tu último aliento, confundirá sus recuerdos y sus lágrimas por tu pérdida con los del noble pueblo argentino, que hoy recibe con profunda veneracion tus preciosos restos; duerme en paz, seguro de que las ideas que en ambos pueblos has sembrado, brotarán á millares los laureles que hagan sombra á tu sepulcro.

¡Venerable maestro! Recibe el adios postrero del pueblo paraguayo, que con cariñoso entusiasmo acoge en su seno, como á su propio hijo, á todo espíritu innovador y decidido apóstol de la civilizacion, y vela desde la mansion en que mores sobre los destinos de aquel país, que tanto te admira, y que tú tanto has distinguido y ayudado con tu sincero afecto y tus sábios consejos.

¡Adios, nuestro sabio consejero, adios!

DISCURSO DEL SR. JULIO DE STÉFANO

Por los maestros de San Isidro

Señores:

Yo no vengo á representar aquí, sobre la afortunada tumba que va á ser depositaria de tan preciosas reliquias, yo no vengo á representar aquí á una sociedad científica corporacion ni á una administrativa ó política.

Vengo á representar simplemente á una parte de los obreros más apreciados por el general Sarmiento, á sus hijos más queridos, para quienes dedicó toda su vida y á quienes ha dejado una herencia de muchos millones, incalculables.

Vengo á representar á mis colegas, los maestros de San Isidro, que han querido enviar una humilde corona al más ardiente protector de la educacion.

No os sorprenda, señores, mi atrevimiento. A ninguno más que á nosotros, los maestros de escuela, corresponde levantar bien alta la voz en el majestuoso coro, que americanos y extranjeros han entonado hoy al gran ciudadano, coro en que cada nota hiere como flecha y quema como el rayo.

Hiere y quema, destroza el corazon, ofusca la inteligencia, se estremece nuestro organismo, se rebela la razon, se aturden los sentidos.

A pesar de mi carácter de extrajero, no puedo dominar mi emocion en este acto, verdaderamente solemne, sublime, grandioso, en que un pueblo entero llora amargamente sobre una desastrosa catástrofe nacional.

Sí, señores: argentinos y extranjeros, hermanos siempre en el trabajo, se arrodillan hoy ante los restos gloriosos del gran ciudadano del general Sarmiento, porque la fraternidad humana y la ley de la civilizacion han hecho del hombre el ciudadano del mundo.

Cada escuela de la república es un monumento en que se destaca majestuosa la obra del general Sarmiento. Cada página de sus libros es un monumento del que brota un manantial eterno de sabiduria.

Cada edificio público es un monumento, en que repercute aun la voz del general Sarmiento.

Cada choza en la campaña es un monumento tambien, que recuerda la obra del general Sarmiento, que transformó en ella al paisano ignorante en ciudadano educado y culto.

Pero agregad, señores, á esos monumentos los de marmol, de granito y de bronce, ya que en el marmol, granito y bronce se perpetúa la memoria de los modernos *Cincinatos*, que sin cuidarse del extremo positivismo de nuestro siglo, en que todo se reduce al oro, en que se hace consistir en el oro la gloria, la felicidad, el saber, el poder y la virtud, se han consagrado al engrandecimiento de su patria y al progreso de la educacion.

El general Sarmiento no descubrió un mundo como Colon, en que se buscó la formacion de un nuevo Adan, que debió escapar al cataclismo que sumergió al primero en los abismos.

El general Sarmiento no inventó la imprenta como Guttemberg, ni la brújula como Gioia. Mas el general Sarmiento fué el propagador y el reformador de la educacion en América, como el inmortal Rivadavia.

Levantad, señores, á esos dos gigantes del progreso americano, levantadles un solo monumento, para indicar que vivieron de una misma vida, que los animó el mismo pensamiento y que la misma alma les infundió valor y energia para realizar su grandiosa obra.

Arrodillémonos, señores, ante los restos gloriosos del gran ciudadano y reconcentremos todas nuestras fuerzas para no apartarnos del sendero luminoso que nos trazó en su vida; y cuando las aves negras del infortunio llegasen á posarse sobre nuestras frentes, evoquemos la memoria del general Sarmiento, que como astro en noches de tormenta, nos enviará destellos de luz, que nos iluminarán en la peregrinacion de la vida.

Arodillémonos, señores, ante esos gloriosos restos, y bendigamos mil veces la memoria de ese profeta que si no anunció asumió la venida del Mesías, como en la época nefanda del reinado de Tiberio, anunció sin embargo la llegada de la estrella resplandeciente de la educacion, que desde el límpido cielo sud-americano, ha de iluminar á la generacion presente y á las venideras.

DISCURSO DEL SR. J. B. ASTIGUETA

Por la Sociedad Geográfica Argentina

La Sociedad geo gráfica argentina ha querido hacer pública manifestacion de sus sentimientos en este duelo que la nacion entera tributa á uno de sus más esclarecidos ciudadanos y me ha honrado designándome para que expresara en su nombre el homenaje que esta asociacion científica rinde á la memoria de su socio honorario, el que en vida fué D. Domingo F. Sarmiento.

La Sociedad geográfica pierde en el ilustre anciano un contingente poderoso que le hubiera servido en el porvenir para asegurar su fama y su prosperidad; porque Sarmiento llevaba el auxilio poderoso de sus luces á cualquier sociedad que ocupara su fecunda inteligencia ó necesitara de su potente actividad. Es esa precisamente una de sus glorias más preclaras que en este solemne momento me hago un honor en recordar, el haber contribuido en todas las esferas de la actividad humana al desarrollo de los conocimientos de sus conciudadanos.

En la sociedad que represento ocupaba un lugar culminante. Ella que tiene por principal objeto propender al mejor conocimiento de la geografia nacional, ostentaba, entre sus socios honorarios, con legítimo orgullo, al que habia dado pasos de gigante en esta esfera del saber. En sus obras y en sus viajes ha dado á conocer nuestro hermoso territorio y como hombre de estado mientras ha permanecido al frente del gobierno ha realizado obras que recordarán eternamente su memoria. Fué en su período de presidente, que el hilo eléctrico puso en contacto todos los pueblos de la república y que los rieles de los trenes empezaron á extenderse para llegar á formar más tarde, la red completa que ciñe y estrecha el territorio de la república. Fué él que organizó una oficina topográfica, que creó el censo, que nos dotó de un observatorio astronómico y él que realizó, en fin, muchísimas otras obras que tienen contacto directo con los propósitos que persigue la asociacion en cuyo nombre hablo.

La gloria de Sarmiento es, pues, grande, excelsa, porque sus esfuerzos se han dirigido á hacer prosperar la república, contribuyendo con todo el ardor de su alma virtuosa á su engrandecimiento y adelanto; es la obra del trabajador incansable y fecundo que se siente dominado por el bien y que se adelanta presuroso á trabajar por el engrandecimiento de la patria.

Habrá glorias tan grandes, si se quiere, pero nunca se mostrará en el cielo americano una antorcha de luz más clara y refulgente; gloria tan indiscutible que no hay hombre de un confin á otro de la república que no se haya sentido trasportado por la infausta noticia de su muerte y que no haya elevado un santuario en su propia conciencia para conservar un recuerdo imperecedero de la memoria de tan grande hombre.

La justicia póstuma no es tardía en este caso, porque el mérito es evidente, y muchos millares de ciudadanos de la grande nacion argentina se descubren para tributarla ámplia y generosa al que fué prodigio en la tierra americana de exuberancia de ideas, de potente inteligencia, de fecunda actividad.

Por doquiera que él se presentaba, sea en el patrio suelo ó en extranjeras playas, allí se hacia admirar como un génio que no tenia competencia. Su originalidad, que no era sinó la manifestacion de su talento bajo una forma especial, habia llegado á ser proverbial.

La peculiaridad con que expresaba las ideas que bullian en ese cerebro privilegiado y que conservó su vigor hasta los últimos momentos, daba á las frases de Sarmiento un sello especial, tan propio y tan exclusivo que no es fácil confundirlas con las de cualquier otro escritor. Por esta razon sus obras vivirán eternamente y serán leidas con cariño y admiracion por las generaciones futuras.

Sarmiento tenia que imponerse al recuerdo de la posteridad por sus trabajos en beneficio de su patria amada, trabajos que al través de su vida agitada y turbulenta de 77 años, aparecen, no como un producto de un solo hombre, sinó como el resultado del trabajo inteligente de dos generaciones; es que él encarnaba la constancia para la realizacion de una obra que consideraba benéfica para su país; es que él representaba el carácter encaminado al bien y á la virtud; es que él reflejaba en su frente augusta el pensamiento progresista de la generacion presente!

Señores:

La vida del esclarecido patricio tan unida á nuestra definitiva organizacion social y política como á nuestro progreso, no puede caber sinó en un libro monumental, de cuyo trabajo, más tarde, puede encargarse una inteligencia superior que alcance á comprender en todos sus detalles al que, hoy, conmovidos, damos el último adios, de esta vida pasajera donde nos habíamos acostumbrado á creer que el viejo luchador no sucumbiria tan pronto. ¡Tanta fé teníamos en que esa voluntad de hierro y esa inteligencia incansable, que habia sabido dominar todos los obstáculos, conseguiria tambien alejar la hora fatal, á fin de ser por más tiempo en su patria, la gloria viviente que todo argentino exhibiera con el legítimo orgullo de las satisfacciones íntimas!

No obstante, el ilustre prócer ha bajado á la tumba; pero ha bajado circundado por la aureola de gloria que supieron crear sus buenas obras!

¡Paz eterna en su sepulcro!

Gloria inmarcesible á su memoria.

DISCURSO DEL SR. ANGEL MENCHACA

Director de taquígrafos del congreso nacional

Señores:

Nada hay más imponente y enmudecedor, nada que absorba en una meditacion de más indefinida melancolia y haga ver de un modo más real lo contingente y efímero de nuestra existencia, que el cadáver de un grande hombre, ante la tumba abierta para recibirlo en su antro negro y misterioso, con su eterno problema.

La muerte de Sarmiento es solo comparable por la conmocion que ha producido en todas las capas sociales, á esos fenómenos geológicos internos, que se traducen por un terremoto: el desprendimiento y la caida de una mole enorme á los abismos ígneos de la tierra!

Sarmiento era un hombre verdaderamente, original, típico, extraordinario. Tenia tan desarrollado y era tan vivo el sentimiento de su individualidad, que jamás siguió modelo alguno; en nada imitó á nadie. Estudiaba la historia para encontrar la filosofia de los hechos pasados y la generacion de los presentes y futuros; pero nunca en busca de norma para sus acciones, pues siempre procedió guiado por la inspiracion natural de su inteligencia y los dictados sin apelacion de su voluntad de acero.

Sarmiento era un carácter y era á la vez un creador genial!

Tenia en su alma todas las altiveces y en su espíritu el gérmen de todas las iniciativas; todo lo tenia propio: modo de ser, estilo, lenguaje, forma, fondo!

Por eso su oratoria ejercia un dominio irresistible, una atraccion que á veces suspendia y encantaba.

Su elocuencia no residía en la vulgaridad de una frase florida, ni en los rígidos lineamientos de una retórica amanerada, sino en la novedad de sus pensamientos; en lo extraño de aquella forma exclusivamente suya: en lo inesperado y rápido de sus giros; en lo contundente de sus razonamientos; en sus calificativos clichés; en lo vasto y variado de su erudicion; en la savia intelectual, en fin, que vivificaba su discurso y ataba, como con un hilo de luz, aquellas frases entrecortadas, nerviosas y al parecer desaliñadas é incorrectas.

Como taquígrafo experimentado, me complazco en confesar que más de una vez aquella alocucion avasalladora, inmovilizó el lápiz en mi mano y tuve que esforzame para independizar mis nervios de aquel como mágico influjo de su palabra varonil!

Señores: es una gran verdad la que expresa este dicho popular: nunca se aprecia tanto un bien, como cuando se ha perdido!

En la vida agitada y laboriosa de Sarmiento, en los ardores de la lucha y de la polémica, mil veces le fueron desconocidas hasta sus más descollantes dotes; hasta sus obras más grandes y meritorias; pero hoy que ha desaparecido, hoy que nos sentimos oprimidos por el inmenso vacio que deja en pos de sí, la reaccion es tan violenta y expansiva, se levanta tan gigantesca su figura, iluminada por los destellos de su génio, que todos olvidan al hombre de pasiones, al combatiente rudo, que heria sin piedad á su adversario para honrar al notable estadista; al profundo pensador; al sagaz político; al admirirador honrado; al patriota lleno de nobles y elevadas ambiciones por la prosperidad y engrandecimiento de su país; al orador más original de su época; al autor del «Facundo», y sobre todo al incansable propagandista de la educacion; de la educacion, señores, que es la base de la verdadera libertad, la fuente de todos los progresos, la única palanca con que se han de echar por tierra todas las preocupaciones que, con el influjo de la tradicion y de usos consuetudinarios, traen todavia en servidumbre á la humanidad!

Señores: en la múltiple y colosal personalidad de Sarmiento, vinculada á todos los adelantos de la República Argentina y aun de la América, ya como iniciador ya como impulsor de energia y de aliento poderoso, es el educacionista convencido, el vehemente secundador de Rivadavia, al que más venero y admiro; y sus constantes y fecundos afanes por la educacion popular, serán en todo tiempo su mejor título á la gratitud nacional y los que producirán mayores y más duraderos beneficios en el porvenir. ¡Su apostolado de enseñanza, es la piedra más preciosa de la brillante diadema de sus obras!

Señores: los taquígrafos del Congreso Argentino, al depositar una modesta placa en el sepulcro de Sarmiento, satisfacen un movimiento íntimo y espontáneo de reconocimiento, al fundador de la primera clase de fonografia de la república y de esta parte del mundo, y al que patrocinó eficazmente la creacion del cuerpo de taquígrafos, comprendiendo los servicios que este habia de prestar al parlamento de la nacion, al recoger y conservar para la historia sus importantes deliberaciones; y al incorporarse como ciudadano de este magnífico cortejo de todo un pueblo á esta espléndida apoteósis de alabanza é inmortalidad, vienen tambien á inclinarse reverentes ante la memoria del eminente hombre de estado, y de uno de los más empeñosos, entusiastas é ilustrados pedagogos de la América del Sud!

He dicho.

DISCURSO DEL SR. PABLO LASCANO (HIJO)

Por la comision popular de La Plata

Señores:

No siento lastimado mi amor propio al confesar mi insuficiencia para cumplir la difícil mision de hablar ante los restos del esclarecido ciudadano que en vida llenó con el ruido de su nombre los ámbitos de este continente.

He buscado con empeñoso afan la nota digna del asunto que me ha sido confiado, para pronunciarla á la memoria del grande hombre que pierde la América latina, y declaro que he estado á punto de renunciar al inmerecido honor que se me ha dispensado. Empero, un sentimiento patriótico, vinculaciones que tenia con el extinto, me han decidido á afrontar la tarea.

Señores:

No hay un modelo utilizable en este caso, ni regla á la cual pueda el espíritu sujetar el cúmulo de ideas que surgen cuando se contempla exánime al que batalló con tanto denuedo y actividad.

No hay conceptos suficientemente gráficos que traduzcan este duelo nacional, esta pérdida de uno de los grandes americanos, como le llamó Laboulaye.

Todos quisiéramos encontrar acentos nunca oidos, palabras nunca proferidas por labios humanos, para hacerlas resonar como una exclamacion unánime de este continente que el extinto atravesara de parte á parte llevando en sus vigorosas manos la antorcha de la civilizacion.

Señores:

Con el ilustre estadista general Sarmiento se eclipsa un astro de primera magnitud en el cielo de las letras americanas; pero quedan sus obras incorporadas á una época que la historia señalará con el nombre que corresponde.

¡Qué mision tan fructuosamente llenada!

Fué el apóstol más abnegado de los tiempos que alcanzamos, y él mismo en ciertos actos de su vida, sentíase cumpliendo una tarea, inspirada por una sugestion anónima.

Todo en él era espontáneo, rápido, nuevo, cargado de frescura y lozania.

Grande, múltiple, soberano, las luces y cambiantes de su fisonomia intelectual producen algo como el vértigo.

Y qué valor y perseverancia, señores, tenia aquella alma libre, aquel corazon patriota, aquel organismo de gigante!

Habia nacido para la vida pública y ninguno supo ejercerla con más dignidad y grandeza. Diríase que era la atmósfera en que con más éxito actuaba.

Hacer el bien, promover el progreso, iluminar las mentes, engrandecer la patria,—fué la fórmula dentro de la cual giraba el pensamiento luminoso de aquel espíritu extraordinario, el mejor ejemplar que la América contemporánea puede ofrecer al mundo.

Asistimos á la hora de una solemne apoteósis y debe permitirse á los que representamos la posteridad formular una declaracion: el general Sarmiento es una fecunda enseñanza para los que le sobrevivimos. Su amor á la verdad lo condujo á límites á que ninguno osó llegar. Desafió las multitudes; combatió sin tregua á las preocupaciones; hizo abstraccion absoluta de todo propósito personal; creyó en los principios, antes que en los errores prevalentes; pueblos, partidos políticos, gobiernos, todos le salian al paso y á todos oponia la muralla inexpugnable de sus convicciones, quedando muchas veces solo, pero jamás vencido.

Sin embargo, vosotros lo veis, su muerte es una glorificacion completa, espléndida y grandiosa.

Pocos varones inspiran estos inmediatos reconocimientos póstumos, estos salarios devengados por el ilustre soldado que en el campo de las ideas mantuvo bien alto la bandera de su fé política.

Es que pocos tambien llenaron con más amplitud su destino como propagandista incansable de las buenas causas, ora en la tribuna parlamentaria donde siempre fué fulgurante, ora en los consejos de gobierno, ora en la agitada cátedra de la prensa y ora en fin en el vasto escenario en que actuó con poderoso aliento.

Señores:

Este anciano glorioso gastó su vida en servicio de la patria y hubiera sido injusto que no quedara grabado en la memoria de las gentes el recuerdo de sus virtudes y sacrificios. Por eso todas las clases sociales, todas las agrupaciones nacionales y extranjeras, pueblo y gobierno, ancianos y jóvenes se acercan con religioso respeto á rendir el último homenaje al más noble y raro ingenio que haya producido la América latina, pidiendo paz para sus cenizas é inmortalidad para su nombre.

DISCURSO DEL SR. JOSE MARIA TORRES

Señores:

Los colegios y las 'escuelas' normales de la república me han honrado con el encargo de representarlos en esta grandiosa ceremonia de duelo nacional; y yo, con profundo respeto y con dolor, inclino mi frente ante los restos mortales que en vida obedecieron al espíritu más activo, más infatigable y más fecundo que he conocido.

La historia de un hombre cuya mente ha manifestado poderes trascendentales, siempre será interesante. Si la conducta y la gloria de su vida han atraido admiracion extraordinaria, habrá en las generaciones venideras un natural deseo de conocer la historia de tal vida, que es importantísima para la juventud que, ahora recibe la educacion que ha de guiarla. Si ciertos estudios le condujeron al buen éxito de los difíciles trabajos que emprendia, lógico será inferir que semejantes estudios podrán ejercer una correspondiente influencia en los trabajos de otros hombres. Si su vida fué empleada en muchas y excelentes obras patrióticas, bueno será que otros la imiten. Si su educacion le cultivó la mente para que floreciese con vigor aun en la ancianidad, provechoso será inquerir cómo se educó. Cuando un hombre se ha elevado, de una modesta posicion social, á una carrera tan brillante como la del insigne americano D. Domingo Faustino Sarmiento, la fuerza de su ejemplo habla con voz que impone atencion universal.

El vulgo se inclina á creer que todo perfeccionamiento del esfuerzo humano es producido por el genio, y que el genio y el trabajo son incompatibles; pero no puede haber creencia más fatal que esta para los títulos de la verdadera grandeza, y en ningun período de la vida es tan dañoso ese error como en la juventud. Escribir una breve y auténtica relacion de los hábitos de estudio de los hombres más ilustres, seria obra por todo extremo provechosa; pues no solo mostraria que los grandes hombres son superiores á los demás porque han hecho más importantes trabajos, sinó que añadiria otras pruebas á las muchas que ya existen de que la verdadera gloria del hombre es el trabajo.

Las poderosas facultades con que al cielo place dotar á ciertos séres humanos, se debilitarian, inevitablemente, bajo la influencia de la pereza; mientras que el trabajo duplica los talentos, y asegura los hábitos de accion mental que son absolutamente indispensables para el progreso del humano entendimiento.

Ningun jóven que desprecie el trabajo conquistará renombre, por muy sobresaliente que sea su talento. Los músculos y los tendones más vigorosos se atrofian en la inaccion; pero el herrero, á la luz de su fuliginosa fragua, muestra brazos robustos y tendones como el acero con que trabaja. Las facultades mentales más poderosas se debilitan, y los mejores propósitos vacilan, cuando el ocio se hace habitual; pero la mente sana que se acostumbra á inclinarse á sus trabajos, adquiere vigor para proseguirlos con firmeza y con perseverancia.

Las múltiples manifestaciones de la vida del eminente ciudadano Sarmiento han sido lecciones que la juventud debe aprender. Durante más de medio siglo trabajó con energia y con éxitos felices, ora como maestro, y maestro de maestros, y como escritor propagandista de la educacion popular,—ora como soldado literato, defendiendo con su espada y con su pluma la libertad y la civilizacion, y venciendo despotismos y anarquias,—ora como publicista, y como orador, y como estadista, promoviendo el adelanto político, moral, intelectual y material de la patria que tiene la gloria de contarle entre sus más ilustres varones extintos.

Señores:

En nombre de la escuela normal nacional del Paraná y del colegio y escuelas normales de Catamarca, tengo el honor de poner esta corona en la tumba del preclaro educacionista.

Descanse en paz el alma del ínclito patricio que, aun en los últimos dias de su vida, fué incansable promotor del progreso de la civilizacion argentina.

DISCURSO DEL Sr. ANDRES FERREYRA

Por los maestros de la capital

Hubo un hombre, señores, en América, hijo predilecto de la democracia argentina, Demóstenes de sus parlamentos, Pestalozzi de sus escuelas, génio múltiple que sin dejar de su diestra la espada de Marte, blandiera en todas direcciones con bravura la espada de acero de la palabra: contra las tiranias por el pueblo, contra las tradiciones por el derecho, contra los conservadores por la reforma, contra las pasiones por los principios, contra todo lo que no respondia á sus luminosas intenciones.

Ese hombre ha triunfado, dejando en la guerra y en la paz, en el estado y en el pueblo, en las ciencias y en las letras, el sello indeleble de su potencia creadora. Debia morir para triunfar y ha muerto, agobiado por los años, no por la lucha, porque su espíritu se ha retirado jóven de su cuerpo. El mundo sabe quien fué, porque no es posible confundirlo. Sarmiento se define al nombrarlo y si mañana oimos narrar la apoteósis de un gigante de la tierra diremos maquinalmente: *Sarmiento*.

Pálido boceto de su historia se haria, buscándole términos de comparacion en la tierra: como el cometa de espléndida y brillante cabellera que ha llegado á su apogeo, al punto más lejano de la tierra, escapa á nuestras miradas, á nuestros estudios, á nuestros juicios.

Su perigeo ha sido hermosísimo, continuo, puede decirse que ha tocado un solo punto, que ha tenido una sola fase en su inmensa evolucion y que antes de perderse y enfriarse en los espacios infinitos ha caldeado para siempre con las irradiaciones de su genio la tierra de Mayo.

Ha salvado majestuosamente su órbita, haciendo desviar á su paso colosales escollos que se oponian á sus inspirados instintos en su vasto escenar o, ó produciendo choques violentos sin comprometer en nada la armonia y engranaje del sistema social.

¡No en vano se le ha llamado el canciller de hierro de la América latina!

Ya le veis alejado de nosotros en la region desconocida, frio, inanimado, remontada su parábola....

Pero vengamos á la tierra; que ni el vuelo de las águilas podria seguirle á los espacios donde va.

Su sombra colosal enluta allende las Misiones, el Plata, las cordilleras y el estrecho, porque Sarmiento proyecta la sombra del genio.

¡Sí! del génio, porque solo los génios reforman, regeneran, animan y conmueven la vida social, y al extinguirse como los soles ardientes en el espacio, dejan las irradiaciones de su calor que se transforma en luz para las generaciones reconocidas.

Sarmiento es un génio porque incandesce en sus obras despues de la muerte y solamente los soles incandescen.

Morir pero vivir es la paradoja del génio; Sarmiento ha muerto pero vive.

.....

Y este argentino excepcional, llegó á verter lágrimas de emulacion sobre los restos de Rivadavia, dudando de que sus conciudadanos le creyéramos digno al morir de una manifestacion infantil semejante á la que hacia las exequias de aquel gran patricio.

¡Qué mezcla misteriosa de sencillez y grandeza!

Hoy se colman las nobles ambiciones de su alma: niños, conciudadanos, magistrados y naciones, todos tienen deberes que llenar ante sus restos mortales.

Hé aquí porque al concurrir á este torneo de duelo, en representacion del magisterio de la capital, no sé quien tiene más derechos á lamentar su pérdida, no sé á quien dar el pésame. ¡Son tan numerosos los deudos de D. Domingo F. Sarmiento!

Ante su tumba nadie puede alegar mejores derechos; todos se inclinan con respeto y hasta las pasiones políticas vienen á deponer sus enconos. Es que la muerte agiganta la falta de los hombres grandes al presentarlos á la posteridad despojados del ambiente viciado que empañaba sus virtudes.

Señores: En nombre de los maestros de la capital, tengo que asociarme al sentimiento humano porque en Sarmiento se encarnaban las pasiones grandes, las sublimes instituciones, la voluntad inquebrantable; me asocio al sentimiento nacional que despierta el extinto benemérito de la patria en cuyas aras ofreció el holocausto de su hermosa vida cívica; comparto el duelo de la literatura que cultivó con rasgos originales de un espíritu audaz, innovador y sublime; me asocio al luto del periodismo argentino que ha visto desaparecer de sus columnas la palabra del viejo luchador; me lamento con la democracia que ha perdido el atleta de sus parlamentos, á un ex-presidente en quien se ensayó más libre la soberania popular, al heróico enemigo de la tiranía, al fiel apóstol de los principios constitucionales; me asocio al reconocimiento de los pueblos americanos para quienes consagró el principio que la *victoria no da derechos*, y como maestro me asocio al duelo de la instruccion popular á la cual dedicó como sabio, como autoridad y hasta como rudo operario, la labor más constante, eficaz y notable de su vida.

He dicho.

Incidentes

La columna habia acabado de desfilar por la esquina de Rivadavia y Florida, y cerraban su marcha un comisario de policia y varios vigilantes.

Allí se habia formado un grupo de muchachos vendedores de diarios, en número como de ochenta. Se organizaron por filas, y pretendieron seguir por Florida, la marcha que llevaba el cortejo; pero algunos policianos se lo impidieron.

Entonces, el comisario ó empleado superior que iba á caballo, volvió atras, y ordenó se dejase pasar á los muchachos, diciendo:

—Han sido los que han ayudado la obra de Sarmiento, difundiendo sus escritos al vender los diarios en que escribia. Tienen derecho á acompañarle á la tumba.

La pequeña columna siguió la marcha, y llegó hasta el cementerio con el cortejo.

Cuando la columna desfilaba por delante de la casa del Sr. Manuel Ocampo, esquina de Temple y Florida, cayó sobre el féretro de Sarmiento una verdadera lluvia de flores, que cubrió materialmente todo el espacio ocupado por el espléndido carro y los caballos.

Allí estaba el distinguido anciano, rodeado de su familia, tributando aquel último homenaje al que fué su amigo de largos años.

En el momento en que el grupo formado por la comision central, pasaba delante de su puerta, el Sr. Ocampo, acompañado por uno de sus hijos, se incorporó á la comision. La lluvia caia á torrentes, y varios caballeros rodearon al anciano, empeñándose en que no siguiese.

Todo fué inútil. El Sr. Ocampo siguió á pié por media calle, y acompañó los restos hasta el Retiro, desde donde se le obligó á regresar, acompañado por algunos amigos.

Las dos aceras de la plaza del Retiro, estaban ocupadas por algunas escuelas de niños y de niñas, que, á pesar de la órden dada por el Dr. Zorrilla, para que se retirasen si llegaba á llover, habian permanecido allí, hasta que llegó la comision central, en cuyo grupo iba el presidente de la comision de educacion, junto con los oradores que debian hacer los primeros discursos en el cementerio.

Al ordenarse á los maestros que hiciesen retirar los niños á sus hogares, para que la lluvia no les hiciese mal, una niña, como de diez años, dijo:

—La lluvia no nos hará nada, señor. Es mejor que haya llovido, porque siquiera habremos hecho un pequeño sacrificio en honor de aquel que tantos hizo por nosotros.

Bien! Hé ahí la madre de futuros ciudadanos útiles.

La lluvia no cesó un momento desde que el cadáver salió del muelle, hasta que llegó al cementerio.

A pesar de ella, mucha parte del pueblo, siguió por media calle, sin abrir sus paraguas, y algunas personas de frac y sin sobretodo.

Distinguiéronse, entre otros, los grupos formados por la comision central, por la Asociacion de la Prensa y el Club de gimnasia y esgrima.

A la llegada al cementerio, la lluvia aumentó su fuerza, y entónces era un espectáculo extraño é imponente el que ofrecia la columna, marchando á pié por la calle Larga. Los paraguas abiertos en gran número, ocultando las caras de los que los llevaban, daban un carácter especial á la procesion cívica.

Las calles que ha recorrido la procesion cívica ofrecian un aspecto espléndido, á pesar del mal tiempo. Todos los balcones, las azoteas y ventanas, estaban coronadas de damas que arrojaban flores al paso del féretro.

Pueden calcularse en ocho mil las señoras que han salido de sus casas con motivo de la manifestacion cívica á Sarmiento.

Familias ha habido que han pagado hasta cien pesos por alquiler de los balcones que han ocupado.

El discurso de Sarmiento

Todo hombre de accion ó de pensamiento tiene en su vida un discurso ó una palabra, que resume su vida y cuyo éco repite la posteridad. El discurso de Sarmiento, por excelencia, es el que pronunció en la convencion de Buenos Aires en 1860, en medio de opiniones disidentes que olian á pólvora, al dia siguiente de una batalla.

Con ese discurso él hizo borrar de la constitucion el nombre de *Confederacion Argentina*, triunfante por las armas, haciendo estampar en ella el glorioso nombre de «Provincias Unidas del Rio de la Plata», juntamente con los históricos nombres de República Argentina y Nacion Argentina de la tradicion liberal, que han prevalecido.

Sr. SARMIENTO—No agregaré sinó unas pocas palabras á las hermosísimas que ha escuchado la convencion, como para poner fin á este largo debate, resumiéndolo en un pensamiento sintético. Tomado aun como bandera de conciliacion y de paz, el nombre ilustre de Provincias Unidas seria un bálsamo para las pasiones que dividen la República Argentina.

Una de las cosas más hábiles que pudiera hacer el génio de los hombres, seria transformar el campo de la lucha de los partidos, cambiando la cuestion por medio de palabras nobles que no afecten á los intereses del momento de unos y de otros. Si despues de haber luchado treinta años el partido federal con el unitario, no hubiera existido una palabra que pudiera reunirlos sin mengua de sus creencias, habria sido preciso inventarla con ese solo objeto.

La convencion de Buenos Aires, señor presidente, está destinada acaso á abrir una nueva faz en nuestra historia. Las décadas de la República Argentina son capítulos de una historia, gloriosa á veces, manchadas sus páginas de sangre otras; y el año 10, el año 20, el año 30, el año 40, el año 50, y el año en que estamos, cada uno de ellos ha sido escogido por la Providencia para marcar un progreso nuevo, una faz nueva de nuestra existencia. Pongamos, pues, un nuevo nombre al nuevo capítulo de nuestra historia, que ya comienza en 1860, y ese nombre sea la continuacion de la obra de nuestros padres, desde donde las pasiones que destruyeron el congreso del año 16 la extraviaron las divagaciones. Esa seria una bandera de paz y de confraternidad para todos los partidos. Como nosotros, los Estados Unidos fueron nueve años confederacion, sin poder arribar á resultado ninguno. Como nosotros, encontraron una palabra que los salvó. Llamáronse *Estados Unidos de Norte América*. Nosotros tambien despues de los nueve años de vacilaciones, de lucha, de guerra, somos ahora ó seremos, las Provincias Unidas del Rio de la Plata! Estas circunstancias y esta comparacion me parecen muy oportunas.

Otra consideracion creo que ha de obrar mucho más para hacer aceptar esta reforma con entusiasmo en la república toda.

Yo digo, señor; el general Urquiza necesita una absolucion histórica que borre el recuerdo de sus actos como hombre de partido, en presencia de sus servicios á la nacion; necesita absolverse á sí mismo, y para retirarse tranquilo de la escena pública, necesita un campo neutral para unirse á los partidos que combatió. El general Urquiza ha usado una palabra que era buena indudablemente, en el fondo del pensamiento que envolvia; fusion. Ese era un sentimiento vago de su espíritu, era una aspiracion noble, en fin; pero es que no se podia hacer fusion verdadera, porque los hombres no se dan sinceramente las manos sobre los charcos de sangre de sus correligionarios.

Al general Urquiza, pues, haremos un señalado servicio con este cambio de escena: *Las Provincias Unidas del Rio de la Plata*, que ningun reproche le puede hacer.

Nosotros queremos poner el nombre de Provincias Unidas del Rio de la Plata á nuestra patria comun, que es el nombre que nos legaron en la historia nuestros padres, los que hicieron el acta de la independencia del año 1816.

Ocúrreme algo más, señor; el nombre de *Provincias Unidas del Rio de la Plata* será aceptado con entusiasmo por las provincias, no tan solo porque nos liga á la historia de nuestros tiempos gloriosos, sinó porque recuerdan este acto solemne de la reunion de Buenos Aires.

¿Por qué no ha de quedar escrito al frente de la constitucion como un monumento imperecedero, el acto de Buenos Aires sacrificándolo todo en aras de la union de los argentinos Todavia una consideracion más. Las palabras *Provincias Unidas del Rio de la Plata* por nombre y título, son un código ellas mismas, la jurisprudencia toda de la constitucion. Ahí está lo que la constitucion contiene y proclama. Ponemos ese magnífico recuerdo en lugar de la palabra *Confederacion*, como bien se ha dicho, que expresa un escándalo que perturba la mente de los hombres que quieren aplicarla á la presente constitucion. Pero, para que esta esponja, diré así, que va á borrar todo los pecados del pueblo y abrir una nueva era con un nombre glorioso y significativo, pueda obrar sobre los espíritus en las actuales circunstancias, y reunir todos los ánimos en un centro comun y hasta olvidar las disensiones de los partidos, poniendo fuera del camino todos los hechos aciagos y los recuerdos que puedan estorbar nuestra marcha de progreso y de union, seria preciso que Buenos Aires pudiera elevar un grito unánime, universal, diciendo á todas sus hermanas: pongo las palabras *Provincias Unidas del Rio de la Plata* al frente de la constitucion, para reunirme á los que fue